

N.º 1 en ventas en *The New York Times*

«La experiencia cercana a la muerte del doctor Eben Alexander es la más asombrosa que he oído en más de cuatro décadas de investigación. [Él] es la prueba viviente de que existe otra vida.»

DOCTOR RAYMOND A. MOODY,
autor de *Vida después de la vida*



La PRUEBA *del* CIELO

*El viaje de un neurocirujano
a la vida
después de la vida*

DOCTOR
EBEN ALEXANDER



«El 8 de noviembre de 2008 me desperté con un terrible dolor de cabeza que en apenas dos horas desembocó en un derrame cerebral. Caí en un coma profundo, y durante siete días permanecí en ese estado, durante el cual viví una experiencia increíble y fuera de este mundo. El lugar en el que estuve es un sitio maravilloso, reconfortante y lleno de amor. No tengo miedo a morir porque ahora sé que no es el final». Doctor Eben Alexander

La lógica científica del doctor Alexander jamás había dado crédito a las experiencias cercanas a la muerte. Sin embargo, después de haber pasado por esto sabe que no son meras fantasías: Dios y el alma existen realmente, y la muerte no es el final de la existencia personal, sino una mera transición.



Eben Alexander

La prueba del cielo

**El viaje de un neurocirujano a la vida
después de la vida**

ePUB v1.0

Edusav 02.08.13

más libros en epubgratis.net

Título original: *Proof of Heaven*

Eben Alexander, 2012

Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano, 2013

Diseño/retoque portada: Christopher Lin

Editor original: Edusav (v1.0)

ePub base v2.1

*Este libro está dedicado a mi querida familia,
con infinita gratitud*

PRÓLOGO

«Un hombre debe buscar lo que es y no lo que cree que debería ser».

ALBERT EINSTEIN (1879-1955)

Cuando era niño, muchas noches soñaba que volaba. La mayoría de las veces me veía en el jardín. Era de noche y estaba mirando las estrellas cuando de repente comenzaba a levitar. Los primeros centímetros me elevaba de manera automática. Pero pronto comenzaba a darme cuenta de que cuanto más ascendía, más dependían de mí mis progresos, de lo que hacía. Si me emocionaba demasiado, si me dejaba llevar por la experiencia, volvía a caer al suelo... en picado. Pero si me lo tomaba con calma, si aceptaba la cosa tal cual era, me elevaba y me elevaba, cada vez más de prisa, hacia el cielo estrellado.

Puede que estos sueños contribuyan a explicar por qué, al crecer, me convertí en un enamorado de los aviones y los cohetes, de cualquier cosa que pudiera llevarme allá arriba, al mundo que hay sobre éste.

Cuando mi familia tomaba un avión, yo me pasaba el vuelo entero, desde el despegue al aterrizaje, con la cara pegada a la ventanilla de mi asiento.

En verano de 1968, cuando tenía catorce años, me gasté todo el dinero que había ganado cortando céspedes en unas clases de vuelo con un tipo llamado Gus Street en Strawberry Hill, un «aeropuerto» (o más bien una pequeña franja alargada de terreno cubierto de hierba) al oeste de Winston-Salem, la ciudad de Carolina del Norte en la que crecí. Aún recuerdo cómo me latía el corazón la primera vez que pulsé el gran botón rojo que soltaba la soga que me mantenía unido al aparato de remolque e incliné el planeador en dirección a la pista. Era la primera vez que me sentía realmente solo y libre. La mayoría de mis amigos obtenía esa misma sensación en sus coches, pero apostarí algo a que la emoción de estar en un planeador a 1000 pies de altitud es cien veces más intensa.

En los años setenta, me uní al club de paracaidismo deportivo de la Universidad de Carolina del Norte. Era como una hermandad secreta, un grupo de gente que se dedicaba a algo especial y mágico. Mi primer salto fue aterrador y el segundo más aún, pero ya para el duodécimo, cuando crucé la compuerta y me dejé caer más de 1000 pies antes de abrir el paracaídas (mi primera «espera de diez segundos»), sabía que aquello era lo mío. Hice un total de 365 saltos en la universidad y pasé más

de tres horas y media en caída libre, sobre todo en formaciones, con hasta veinticinco paracaidistas más. Aunque dejé de saltar en 1976, seguí teniendo sueños sobre la experiencia, unos sueños que, además de vívidos, siempre eran agradables.

Los mejores saltos se daban a última hora de la tarde, cuando el sol empezaba a ocultarse detrás del horizonte. Cuesta describir la sensación que experimentaba en ese tipo de saltos: era como estar cerca de algo a lo que nunca alcanzaba a poner nombre, pero que sabía que necesitaba. No era exactamente soledad, porque en realidad nuestra forma de saltar no tenía nada de solitaria. Solíamos saltar en grupos de cuatro, cinco, diez o doce personas a la vez, para hacer toda clase de formaciones en caída libre. Cuanto más grandes y complicadas, mejor.

En 1975, un hermoso sábado de otoño, todos los paracaidistas de la Universidad de Carolina del Norte (UNC) nos juntamos con algunos de nuestros amigos del club de paracaidismo del este del estado para hacer unas cuantas formaciones. En nuestro penúltimo salto del día, nos lanzamos desde un D18 Beechcraft a 10.500 pies de altitud para hacer un copo de nieve de diez personas. Logramos completar la formación antes de atravesar los 7000 pies y así pudimos disfrutar de dieciocho segundos

de vuelo completos en formación, por un claro abierto entre dos gigantescos cúmulos, antes de separarnos a los 3500 pies y apartarnos para abrir los paracaídas.

Cuando llegamos al suelo, estaba haciéndose de noche. Pero corrimos a otro avión, despegamos rápidamente y logramos ascender de nuevo con los últimos rayos del sol para hacer un segundo salto en medio del anochecer. En este caso, dos de los miembros más jóvenes del grupo probaban por primera vez a entrar en formación, es decir, unirse a ella desde el exterior en lugar de ocupar uno de los puestos de la base (lo que es más fácil porque, esencialmente, tu trabajo consiste en mantenerte estático en la caída mientras los demás maniobran hacia ti). Era una ocasión muy emocionante para ellos, pero también para los más veteranos, porque de aquel modo contribuíamos a construir el equipo y ayudábamos a ganar experiencia a saltadores que más adelante podrían ayudarnos a realizar formaciones aún más grandes.

Yo tenía que ser el que cerrase una formación de estrella de seis hombres sobre las pistas del pequeño aeropuerto de Roanoke Rapids. El tipo que estaba frente a mí se llamaba Chuck. Tenía bastante experiencia en «trabajo relativo» (que es como se llama a la construcción

de formaciones en el aire). A los 7500 pies los rayos del sol aún incidían sobre nosotros, pero abajo ya se habían encendido las farolas de la ciudad. Los saltos en el crepúsculo siempre son experiencias sublimes y estaba claro que aquél iba a ser realmente hermoso.

Aunque yo saldría sólo un segundo detrás de Chuck, tendría que moverme rápidamente para alcanzar a los demás. Caería a plomo, como un verdadero cohete, durante los siete primeros segundos, aproximadamente. Tenía que descender casi 150 kilómetros por hora más de prisa que mis amigos para poder llegar a su lado poco después de que hubieran completado la formación inicial.

El procedimiento normal para los saltos de este tipo es que todos los saltadores se separan a los 3500 pies y se alejan todo lo posible unos de otros. A continuación, cada uno de ellos agita los brazos (para anunciar que se dispone a abrir el paracaídas), mira hacia arriba para asegurarse de que no tiene ningún compañero por encima y luego tira de la cuerda.

—Tres, dos, uno... ¡Ya!

Los cuatro primeros saltadores salieron del avión y luego los seguimos Chuck y yo. Estaba cabeza abajo, aproximándome a la velocidad terminal, pero sonreí igualmente al contemplar la puesta de sol por segunda vez

en el día. Mi plan consistía en frenar la caída abriendo los brazos una vez que alcanzase a los demás (para lo que teníamos unas alas de tela que iban de las muñecas a las caderas y que ofrecían una enorme resistencia al viento cuando se inflaban a máxima velocidad) y extender las mangas y las perneras en forma de campana del mono en la dirección de mi avance.

Pero no tuve la ocasión de hacerlo.

Mientras me acercaba como una flecha a la formación, vi que uno de los chicos jóvenes había acelerado demasiado. Puede que la rápida caída entre las nubes lo hubiera amilanado un poco, al recordarle que estaba moviéndose a más de setenta metros por segundo hacia un enorme planeta, parcialmente envuelto en la oscuridad. En lugar de aproximarse con lentitud al borde de la formación, la había embestido y había obligado a todos los demás a soltarse. Y ahora los otros cinco saltadores caían dando vueltas, sin control.

Estaban demasiado cerca. Los paracaidistas dejan tras de sí una estela de turbulencias de baja presión extremadamente violenta. Si otro paracaidista se mete dentro, su caída acelera al instante y puede chocar contra el que hay debajo de él. Por su parte, esto puede provocar que los dos saltadores aceleren y embistan a cualquiera

que se encuentre por debajo de ellos. En pocas palabras, un desastre seguro.

Doblé el cuerpo y me escoré para no entrar en contacto con aquella masa de cuerpos giratorios. Maniobré hasta colocarme justo encima del «objetivo», el punto del suelo sobre el que debíamos abrir los paracaídas para disfrutar de un apacible descenso de dos minutos.

Me volví y comprobé con alivio que mis desorientados compañeros habían logrado deshacer aquella letal maraña de cuerpos y estaban separándose.

Chuck estaba entre ellos. Para mi sorpresa, se dirigía en línea recta hacia mi posición. Se detuvo justo debajo de mí. Debido a lo que había sucedido, el grupo estaba cruzando la línea de los 2000 pies de altitud más de prisa de lo que Chuck esperaba.

Puede que se fiase demasiado de su suerte y pensase que no necesitaba seguir las normas a rajatabla.

Supongo que no me había visto. La idea me pasó durante un breve instante por la cabeza y entonces el paracaídas multicolor de Chuck brotó de su mochila como una flor que se abre. El paracaídas guía se hinchó en la corriente de aire que ascendía a su alrededor a más de doscientos kilómetros por hora y salió como una bala

hacia mí, seguida por la masa del paracaídas principal.

Desde el instante en que vi salir el paracaídas guía, apenas tuve una fracción de segundo para actuar. Tardaría menos de un segundo en atravesar los paracaídas y — literalmente— embestir al propio Chuck. A esa velocidad, si lo alcanzaba en un brazo o una pierna, se los arrancaría y yo me mataría. Y si chocaba directamente con él, nuestros cuerpos reventarían.

La gente dice que el tiempo se ralentiza en situaciones así y es cierto. Mi mente asistió a la acción de los siguientes microsegundos como si estuviera viendo una película a cámara lenta.

En el mismo instante en que vi el paracaídas guía, pegué los brazos a los costados y enderecé el cuerpo para caer en picado, con una ligera inclinación de las caderas. La verticalidad me proporcionó mayor velocidad y la inclinación de las caderas permitió a mi cuerpo desplazarse en horizontal, primero lentamente y luego, al cabo de un instante, mucho más de prisa. En esencia, me convertí en un ala perfecta y logré pasar por delante del paracaídas de Chuck justo antes de que se abriera.

Lo adelanté a más de doscientos kilómetros por hora, es decir, 220 pies por segundo. A esa velocidad, dudo que pudiera ver la expresión de mi cara. Pero si hubiera

podido, imagino que habría visto una mueca de total estupefacción.

De algún modo, había logrado reaccionar en centésimas de segundo a una situación que, de haberme parado a evaluarla racionalmente, habría encontrado imposible de analizar por su extremada complejidad.

Y, sin embargo... había logrado resolverla, con el resultado de que los dos logramos llegar a tierra sanos y salvos. Era como si mi cerebro, enfrentado a una situación que requería una capacidad de respuesta superior a la habitual, hubiera multiplicado por un momento su potencia.

¿Cómo lo había hecho? A lo largo de los más de veinte años que he trabajado en el ámbito de la neurocirugía académica —estudiando el cerebro, observando cómo funciona y trabajando con él— he tenido la oportunidad de meditar a fondo sobre esta pregunta. Y finalmente he llegado a la conclusión de que el cerebro es un órgano realmente extraordinario, mucho más de lo que alcanzamos a imaginar.

Ahora me doy cuenta de que la respuesta a esta pregunta es mucho más profunda. Pero para vislumbrar esta verdad, mi vida y mi visión del mundo han tenido que experimentar una metamorfosis completa. Este libro trata

sobre los sucesos que cambiaron mi manera de pensar sobre este tema. Esos sucesos me convencieron de que, por maravilloso que sea el cerebro, no fue este órgano el que me salvó la vida aquel día. No. Lo que se activó en las milésimas de segundo de que dispuse desde que comenzó a abrirse el paracaídas de Chuck fue otra parte de mí, una parte mucho más profunda. Una parte que podía trabajar así de rápido porque no estaba anclada en el tiempo, como el cerebro y el cuerpo.

Era, de hecho, la misma parte de mí que me hacía sentir fascinación por el firmamento cuando era niño. Y no es sólo la parte más inteligente de nosotros, sino también la más profunda. Pero a pesar de ello, durante la mayor parte de mi vida adulta he sido incapaz de creer en ella.

Pero ahora sí creo y en las siguientes páginas te contaré por qué.

Soy neurocirujano.

En 1976 me gradué en Ciencias Químicas por la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill. E título de Medicina lo obtuve en la Universidad de Duke en 1980. Durante los once años de residencia y especialización que pasé en ella, en el hospital general de Massachusetts y en Harvard, me especialicé en

neuroendocrinología (el estudio de las interacciones entre el sistema nervioso y el endocrino, formado por las glándulas que segregan las hormonas responsables de dirigir la mayoría de las actividades de nuestro organismo). También me pasé dos de esos once años investigando por qué los vasos sanguíneos de una zona del cerebro, cuando reciben el torrente procedente de un aneurisma, reaccionan de manera patológica, un síndrome llamado vasoespasmo cerebral.

Tras completar una beca en neurocirugía cerebrovascular en la localidad británica de Newcastle-UponTyne, pasé quince años en la Facultad de Medicina de Harvard como profesor asociado de cirugía, con una especialización en neurocirugía.

Durante aquellos años operé a incontables pacientes, muchos de ellos aquejados de graves lesiones cerebrales que ponían en peligro su vida.

Buena parte de mi trabajo de investigación se centraba en el desarrollo de procedimientos técnicos avanzados, como la radiocirugía estereostática (una técnica que permite al cirujano dirigir con precisión haces de radiación sobre objetivos específicos situados en el interior del cerebro sin afectar a las zonas adyacentes). También colaboré en el desarrollo de técnicas de

imágenes por resonancia magnética, una serie de terapias neuroquirúrgicas guiadas de gran importancia para el tratamiento de afecciones cerebrales complicadas, como los tumores y los desórdenes vasculares.

Además, durante aquellos años escribí, solo o en colaboración con otros, más de ciento cincuenta artículos para revistas especializadas y presenté mis hallazgos en más de doscientos congresos médicos celebrados por todo el mundo.

En resumen, que me consagré a la práctica de la ciencia. Usar las herramientas de la medicina moderna para ayudar y curar a la gente y aprender cada día más sobre el funcionamiento del cerebro y el cuerpo humano era el objetivo de mi vida, mi vocación. Y me sentía inconmensurablemente afortunado por haberla encontrado. Y por encima de todo esto tenía una esposa preciosa y dos niños maravillosos y, aunque en algunos aspectos estaba casado con mi profesión, intentaba no descuidar a mi familia, a la que consideraba la otra gran bendición de mi existencia. Por multitud de razones, podía considerarme un hombre muy afortunado.

Sin embargo, el 10 de noviembre de 2008, a la edad de cuarenta y cuatro años, mi suerte pareció agotarse. Aquejado de manera fulminante por una enfermedad muy

rara, caí en coma durante siete días. En este tiempo, la totalidad de mi neocórtex —la superficie exterior del cerebro, la parte del mismo que nos convierte en humanos — estuvo desconectado. Inoperativo. En esencia, ausente.

Cuando tu cerebro se ausenta, tú también lo haces. Como neurocirujano, durante años había oído numerosos relatos sobre gente que había tenido experiencias extrañas (por lo general, después de sufrir algún episodio de infarto cardíaco), en las que viajaban a lugares misteriosos y extraordinarios, hablaban con parientes muertos e incluso con el mismísimo Dios.

Cosas maravillosas, sin duda. Pero todas ellas, en mi opinión, producto de la fantasía. ¿Qué provocaba este tipo de experiencias ultraterrenas que la gente relataba con tanta frecuencia? No tenía la pretensión de saberlo, pero lo que sí sabía era que el responsable de crearlas era el cerebro. Como todo lo que tiene que ver con la conciencia. Si no tienes un cerebro funcional, no puedes tener conciencia.

Esto se debe a que, para empezar, el cerebro es la máquina que produce la conciencia. Cuando esta máquina se avería, la conciencia se para. A pesar de la inmensa complejidad y el misterio de los procesos cerebrales, en esencia la cuestión es tan sencilla como ésta. Si

desenchufas la televisión, se apaga. El programa se termina, por mucho que lo estuvieras disfrutando.

O, al menos, es lo que yo creía antes de que mi cerebro dejara de funcionar.

Durante el coma, no es que mi cerebro funcionase de manera incorrecta... es que directamente no funcionaba. Ahora creo que es posible que ésta fuese la causa de la profundidad e intensidad de la experiencia cercana a la muerte (ECM) que viví durante aquel tiempo. La mayoría de las ECM registradas se producen cuando el corazón de una persona ha permanecido parado durante un rato. En tales casos, el neocórtex se desactiva temporalmente, pero no suele sufrir demasiados daños (siempre que se restaure el flujo de sangre oxigenada por medio de una resucitación cardiopulmonar o de una reactivación de la función cardíaca en menos de cuatro minutos, aproximadamente). Pero en mi caso, el neocórtex se había desconectado del todo. Entré en la realidad de un mundo de conciencia que era completamente ajeno a las limitaciones de mi cerebro físico.

Podría decirse que la mía fue la experiencia cercana a la muerte perfecta. Como neurocirujano con varias décadas de experiencia tanto en investigación como en cirugía, estaba en una posición privilegiada para juzgar,

no sólo la veracidad de lo que me estaba sucediendo, sino también todas sus implicaciones.

Eran unas implicaciones de una magnitud indescriptible. Lo que me reveló mi experiencia es que la muerte del cuerpo y del cerebro no supone el fin de la conciencia, que la experiencia humana continúa más allá de la muerte. Y lo que es más importante, lo hace bajo la mirada de un Dios que nos ama a todos y hacia el que acaban confluyendo el universo y todos los seres que lo pueblan.

El lugar al que fui era real. Real hasta tal punto que, a su lado, la vida que llevamos en este mundo y en este tiempo parece un simple sueño.

Pero esto no quiere decir que no valore la vida que llevo en la actualidad. De hecho, ahora la valoro más que antes, porque la veo en su auténtico contexto.

La vida no carece de sentido. Pero éste es un hecho que no podemos ver desde donde estamos, al menos por lo general. Lo que me sucedió mientras estaba en coma es, sin ninguna duda, la historia más extraordinaria que jamás podré contar. Pero es una historia complicada de relatar, porque es completamente ajena al racionalismo convencional. No es algo que pueda dedicarme a airear a los cuatro vientos. Pero al mismo tiempo, mis

conclusiones se basan en el análisis médico de mi propia experiencia y en mi profundo conocimiento de los conceptos más avanzados de las ciencias cerebrales y de los estudios más modernos sobre la conciencia. Una vez que me di cuenta de que mi viaje había sido real, supe que tenía que relatarlo. Y hacerlo de una manera adecuada se ha convertido en el principal objetivo de mi vida.

Esto no quiere decir que haya abandonado mi trabajo como médico y mi vida como neurocirujano. Pero ahora que he tenido el privilegio de constatar que nuestra vida no termina con la muerte del cuerpo o del cerebro, creo que es mi deber, y también mi vocación, contarle a la gente lo que vi más allá de mi propio cuerpo y más allá de esta tierra. Estoy especialmente impaciente por relatar esta historia a gente que haya podido oír otras similares y no haya podido terminar de darles crédito a pesar de su deseo de hacerlo.

Es esa gente, más que ninguna otra, la destinataria de este libro y el mensaje que contiene. Lo que tengo que contaros es lo más importante que podréis oír nunca y además de ello, es verdad.

EL DOLOR

Lynchburg, Virginia, 10 de noviembre de 2008

Mis ojos se abrieron de pronto. En la oscuridad de nuestro dormitorio, me fijé en la luz roja del reloj de la mesilla de noche: las cuatro y media de la madrugada. Una hora antes de lo que solía despertarme para hacer mi trayecto de setenta minutos de duración entre nuestra casa de Lynchburg, Virginia, y la fundación Focused Ultrasound Surgery de Charlottesville, donde trabajaba. Mi esposa Holley seguía profundamente dormida a mi lado.

Tras casi veinte años como profesional de la neurocirugía académica en la zona de Boston, dos primaveras antes, en 2006, me había mudado con ella y el resto de la familia a las colinas de Virginia. Holley y yo nos conocimos en 1977, dos años antes de terminar la universidad. Ella estudiaba bellas artes y yo, medicina. Había salido un par de veces con mi compañero de habitación, Vic. Un día la trajo para presentármela, seguramente con la intención de alardear. Cuando se

marchaban, le dije a Holley que volviese cuando quisiera y a continuación añadí que no hacía falta que lo hiciera con Vic.

En nuestra primera cita de verdad fuimos a una fiesta en Charlotte, Carolina del Norte. Tuvimos que hacer dos horas y media de ida y otras tantas de vuelta. Holley tenía laringitis, así que fui yo el que habló el 99 por ciento del tiempo. No me costó demasiado. Nos casamos en junio de 1980, en la iglesia episcopaliana de Windsor y al poco tiempo nos trasladamos a los apartamentos Royal Oaks en Durham, donde yo ejercía como residente en Duke. No era lo que se dice un palacio real y tampoco recuerdo que hubiese ningún roble. Apenas teníamos dinero, pero estábamos tan atareados y tan felices que tampoco nos importaba. Una de nuestras primeras vacaciones consistieron en un recorrido con tienda de campaña por las playas de Carolina del Norte. En este estado, la primavera es temporada de purrajas (unos bichos que pican) y nuestra tienda de campaña no ofrecía demasiada protección frente a ellas. Pero, aun así, nos lo pasamos en grande. Una tarde, mientras nadaba en Ocracoke, se me ocurrió un modo de pescar los cangrejos azules que nadaban entre mis pies. Llevamos un gran cubo de ellos al motel Pony Island, donde se alojaban unos amigos, y los

preparamos a la parrilla. Había de sobra para todos.

A pesar de nuestra prudencia, al cabo de poco tiempo nos encontramos con que nuestras reservas de efectivo se habían reducido preocupantemente. Estábamos alojados en casa de nuestros amigos Bill y Patty Wilson y una noche nos dio por acompañarlos al bingo. Hacía diez años que él iba al bingo todos los martes de verano y no había ganado ni una sola vez. En cambio, Holley no había ido nunca. Llámalo suerte del principiante o intervención divina, pero el caso es que aquella noche ganó doscientos dólares... que a nosotros nos supieron como si fuesen cinco mil. El dinero nos permitió prolongar el viaje y disfrutarlo de manera mucho más relajada.

Me licencié en Medicina en 1980, el mismo año en que Holley se graduaba y empezaba a trabajar como artista y maestra. Realicé mi primera intervención quirúrgica en solitario en 1981, en Duke. Nuestro primer hijo, Eben IV, nació en 1987 en la maternidad Princess Mary de Newcastle-Upon-Tyne, al norte de Inglaterra, donde yo estaba estudiando el sistema cerebro-vascular con una beca, y nuestro segundo hijo, Bond, nació en el hospital Brigham & Women's de Boston en 1998.

Los quince años que pasé trabajando en la Facultad de Medicina de Harvard y en el hospital Brigham &

Women's fueron maravillosos. Nuestra familia guarda un recuerdo fabuloso del período que vivimos en la zona de Boston. Pero en 2005, Holley y yo decidimos que era hora del volver al sur. Queríamos estar más cerca de nuestras familias y lo vimos como una oportunidad de tener más autonomía que en Harvard. Así que en la primavera de 2006 empezamos de nuevo en la ciudad de Lynchburg, en las colinas de Virginia. Y no tardamos demasiado en acomodarnos al tipo de vida más relajado que ambos habíamos conocido durante nuestra juventud en el sur.

Por un momento permanecí allí inmóvil, tratando de determinar qué era lo que me había despertado. El día anterior —un domingo— había sido despejado, soleado y un poco fresco, el clásico tiempo de finales de otoño en Virginia. Holley, Bond (que tenía diez años por entonces) y yo habíamos ido a una barbacoa en casa de un vecino. Por la tarde hablamos por teléfono con nuestro hijo Eben IV, que en ese momento contaba veinte años y estudiaba en la Universidad de Delaware. La única sombra del día había sido el pequeño virus respiratorio que Holley, Bond y yo arrastrábamos desde la semana anterior. Poco antes de meterme en la cama había empezado a dolerme la espalda, así que me había dado un baño caliente, que pareció aplacar mi sufrimiento. Me pregunté si me habría

despertado tan temprano porque el virus seguía acechando dentro de mi cuerpo.

Me moví ligeramente en la cama y una punzada de dolor recorrió mi columna vertebral de arriba abajo. Era mucho más intenso que la noche antes. Estaba claro que la gripe seguía allí, sólo que con fuerzas redobladas. Cuanto más despertaba, más empeoraba el suplicio. Como no podía volverme a dormir y sólo me faltaba una hora para empezar la jornada, decidí darme otro baño caliente. Me incorporé en la cama, puse los pies en el suelo y me levanté.

Al instante, el dolor subió otro peldaño en la escala de la agonía: ahora era una palpitación sorda y penetrante, alojada profundamente en la base de la columna. Sin despertar a Holley, me dirigí con paso delicado hacia el baño principal del piso de arriba.

Llené un poco la bañera y me metí en ella, convencido de que el agua caliente me aliviaría al instante. No fue así. Al cabo de un rato, cuando la bañera ya estaba medio llena, me di cuenta de que había cometido un error. Además de que el dolor estaba agravándose por momentos, era tan intenso que temía tener que despertar a Holley a voces para que me ayudase a salir de allí.

Me sentía completamente ridículo en aquella

situación, así que alargué los brazos y me agarré a una toalla que colgaba de un toallero, justo encima de mí. La llevé hasta el borde para que el toallero no corriera tanto riesgo de romperse bajo mi peso y, con delicadeza, comencé a tirar de ella para levantarme.

Otra punzada de dolor me atravesó la espalda, esta vez tan intensa que se me escapó un gemido. Definitivamente, no se trataba de la gripe. Pero ¿qué otra cosa podía ser? Tras salir con gran trabajo de la bañera y ponerme el albornoz de felpa morado, regresé lentamente al dormitorio y volví a tenderme sobre la cama. Una película de sudor frío me cubría el cuerpo.

Holley despertó y se volvió hacia mí.

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es?

—No lo sé —dije—. Me duele muchísimo la espalda.

Holley comenzó a darme un suave masaje. Para mi sorpresa, eso me hizo sentir un poco mejor. En términos generales, los médicos no son buenos pacientes y yo no soy una excepción. Por un momento pensé que el dolor — y lo que quiera que lo provocaba— iba a comenzar a remitir. Pero a las seis y media de la mañana, hora a la que solía marcharme a trabajar, seguía prácticamente paralizado por el dolor.

Bond entró en el dormitorio una hora más tarde,

intrigado por mi presencia en casa.

—¿Qué sucede?

—Tu padre no se encuentra bien, cariño —contestó Holley.

Yo seguía tumbado en la cama, con la cabeza apoyada en la almohada. Bond se me acercó y comenzó a acariciarme suavemente las sienes.

Su contacto provocó algo parecido a un relámpago en mi cabeza, el peor que había experimentado hasta entonces. Chillé. Sorprendido por mi reacción, mi hijo retrocedió de un salto.

—No pasa nada —lo tranquilizó Holley, a pesar de que estaba claro que pensaba lo contrario—. No has sido tú. Es que papá tiene un dolor de cabeza espantoso. —Y entonces añadió en voz baja, más como una reflexión para sí misma que como una pregunta para mí—: No sé si llamar a una ambulancia...

Si hay algo que los médicos detestan más que estar enfermos, es visitar Urgencias en calidad de pacientes. Me imaginé la casa llena de enfermeros, las preguntas preceptivas, el traslado al hospital, el papeleo... Pensé que en algún momento empezaría a sentirme mejor y lamentaría haber llamado a la ambulancia.

—No, no pasa nada —repuse—. Me duele, pero en

seguida se me pasará. Ayúdalo tú a prepararse para ir al colegio.

—Eben, en serio, creo que...

—Me pondré bien —la interrumpí, con la cara aún enterrada en la almohada. Seguía literalmente paralizado por el dolor—. De verdad, no hace falta llamar a Urgencias. No estoy tan enfermo. Sólo es un espasmo muscular en la parte baja de la espalda y un poco de dolor de cabeza.

A regañadientes, Holley se llevó a Bond al piso de abajo y le dio de desayunar antes de llevárselo a casa de unos vecinos para que cogiese desde allí el autocar del colegio. Mientras mi hijo salía por la puerta principal, se me ocurrió que si lo que me estaba pasando era algo serio y al final terminaba en el hospital, quizá no pudiese verlo aquella tarde después de sus clases. Así que, sacando fuerzas de flaqueza, exclamé con voz cascada:

—Que lo pases bien en el cole, Bond.

Cuando regresó Holley, yo ya estaba perdiendo la conciencia. Mi mujer creyó que sólo estaba quedándome dormido, así que me dejó descansar y bajó a llamar a algunos de mis colegas para recabar su opinión sobre mi estado.

Dos horas después, considerando que ya había

descansado bastante, subió para comprobar cómo estaba. Al abrir la puerta del dormitorio me vio allí tendido sobre la cama, como antes. Pero entonces me examinó mejor y se dio cuenta de que mi cuerpo no estaba relajado, sino rígido como una tabla de madera. Encendió la luz y pudo ver que me convulsionaba violentamente. La mandíbula inferior sobresalía de manera antinatural y mis ojos, abiertos como platos, daban vueltas alrededor de las órbitas.

—¡Eben, dime algo! —chilló.

Al ver que no respondía, llamó al teléfono de Urgencias. La ambulancia tardó menos de diez minutos en llegar y los enfermeros me subieron a ella y me trasladaron al hospital general de Lynchburg.

De haber estado consciente, podría haberle dicho a Holley qué era exactamente lo que estaba sucediendo en la cama durante los aterradores momentos que pasó esperando la ambulancia: un ataque en toda regla, provocado sin duda por algún *shock* extremadamente grave sufrido por mi cerebro.

Pero, lógicamente, no pude hacerlo.

Durante los siete días siguientes, sólo estaría presente con Holley y el resto de mi familia en mi forma corporal. No recuerdo nada de lo que sucedió en este mundo

durante aquella semana y he tenido que recurrir a los demás para conocer la parte de esta historia que transcurrió allí mientras yo estaba inconsciente.

Mi mente, mi espíritu —como queráis llamarlo, la parte central y humana de mí, en cualquier caso— se había perdido en otra parte.

EL HOSPITAL

El servicio de Urgencias del hospital general de Lynchburg es el segundo más concurrido del estado de Virginia y, por lo general, un día laborable a las nueve y media de la mañana está hasta los topes. Aquel lunes era así. Aunque yo pasaba la mayor parte de mi jornada laboral en Charlottesville, había realizado innumerables operaciones en ese hospital y conocía a casi todo el personal. Laura Potter, una médica de Urgencias a la que conocía y con la que había trabajado estrechamente durante dos años, recibió una llamada desde una ambulancia en la que se le informaba de que un varón caucásico de cuarenta y cuatro años, en estado epiléptico, estaba a punto de llegar al centro. Mientras se acercaba a la entrada de las ambulancias, repasó mentalmente la lista de las posibles causas del estado de su paciente. Era la misma lista que habría elaborado yo de haber estado en su piel: síndrome de abstinencia de alcohol; sobredosis de drogas; hiponatremia (un nivel de sodio en sangre anormalmente bajo); infarto; tumor cerebral primario o

metastático; hemorragia intraparenquimal (derrame de sangre en la sustancia cerebral); absceso cerebral... y meningitis.

Cuando los enfermeros me llevaron hasta la Sala 1 de Urgencias, seguía convulsionándome violentamente, entre gemidos intermitentes y temblores de los brazos y las piernas. Nada más verme, la doctora Laura Potter, mi conocida, se percató de que mi cerebro estaba sufriendo un ataque grave. Una enfermera trajo un carrito de parada, otra me extrajo sangre y una tercera cambió la primera bolsa intravenosa, en esos momentos ya vacía, que los enfermeros me habían puesto en casa antes de subirme a la ambulancia. Mientras ellos trabajaban, yo me sacudía como un pez de metro setenta recién sacado del agua. De mi boca surgía una sucesión de gorgoritos carentes de todo sentido y gritos animales. Pero tanto como los ataques, a Laura le preocupaba que mi cuerpo parecía mostrar una asimetría en su control motor. Esto podía significar, no sólo que mi cerebro estaba sufriendo un ataque muy serio, sino que podía haber daños encefálicos graves y posiblemente irreversibles.

Hace falta experiencia para acostumbrarse a la visión de un paciente en semejante estado, pero ella ya había presenciado muchas circunstancias similares en los años

que llevaba trabajando en ese servicio. En cambio, lo que no había visto nunca era a uno de sus colegas en aquel estado y al mirar al paciente convulso y vociferante que había sobre la camilla dijo, casi para sí:

—Eben.

Y entonces, alzando la voz para alertar a los demás médicos y enfermeros de la zona, añadió:

—Es Eben Alexander.

Todos los miembros del personal que la habían oído se agolparon alrededor de la camilla.

Holley, que había ido detrás de la ambulancia, se reunió con ellos mientras Laura iba desgranando la preceptiva sucesión de preguntas sobre las causas más probables de la condición en la que me encontraba. ¿Sufría síndrome de abstinencia de alcohol? ¿Había tomado recientemente drogas alucinógenas adquiridas en la calle? Una vez cubierto este trámite, pudo concentrarse en detener mis ataques.

Durante los últimos meses, Eben IV me había obligado a someterme a un agotador plan de entrenamientos para que lo acompañara en el ascenso al monte Cotopaxi, un volcán ecuatoriano de 5987 metros de altitud que él ya había escalado hacía unos meses. El plan había aumentado considerablemente mis fuerzas, por lo que a los celadores

les costó contenerme mucho más de lo normal. Cinco minutos y 15 miligramos de diazepam intravenoso más tarde, seguía presa del delirio y tratando de quitarme de encima a todo el mundo, pero para alivio de la doctora Potter, al menos en esos momentos peleaba con las dos mitades del cuerpo. Holley le había contado a Laura que antes de sufrir el ataque había padecido un fuerte dolor de cabeza, lo que la llevó a pedir una punción lumbar, un procedimiento en el que se extrae una pequeña cantidad de fluido cefalorraquídeo de la base de la columna vertebral.

El fluido cefalorraquídeo es una sustancia acuosa y transparente que circula por la superficie de la médula espinal y recubre el cerebro para protegerlo de los impactos. Un organismo humano normal y en buen estado de salud produce aproximadamente medio litro al día y cualquier disminución de su transparencia indica que se ha producido una infección o una hemorragia en el cerebro.

A este tipo de infecciones se las llama meningitis: es la inflamación de las meninges, las membranas que tapizan la parte interior de la médula espinal y el cráneo y se encuentran en contacto directo con el fluido cefalorraquídeo. Cuatro de cada cinco veces, el causante

de la meningitis es un virus. La meningitis viral es bastante grave, pero sólo resulta fatal en un uno por ciento de los casos, aproximadamente. Cuando esta inflamación no está producida por un virus, es bacteriana. Las bacterias, como son más primitivas que los virus, pueden ser más peligrosas. Este tipo de meningitis resulta indefectiblemente fatal si no se trata con un método adecuado. E incluso si se contrarresta de manera rápida con los antibióticos apropiados, tiene un índice de mortalidad que oscila entre el 15 y el 40 por ciento.

Uno de los responsables menos frecuentes de la meningitis bacteriana en los adultos es una bacteria muy antigua y muy resistente llamada *Escherichia coli*, más conocida como *E. coli*. Nadie conoce su antigüedad exacta, pero se calcula que oscila entre los tres y cuatro mil millones de años. Se trata de un organismo sin núcleo que se reproduce por el primitivo pero sumamente eficiente método conocido como fisión binaria asexual (es decir, dividiéndose en dos). Imaginémosnos una célula, llena en esencia de ADN y capaz de absorber nutrientes (por lo general, procedentes de otras células a las que ataca y absorbe) directamente a través de su pared celular. Ahora imaginemos que es capaz de copiar de modo simultáneo varias cadenas de ADN y dividirse en

dos cada veinte minutos, aproximadamente. En una hora se ha convertido en ocho. En doce horas, en 69.000 millones. Al cabo de quince horas, hay 35 billones. Este crecimiento exponencial sólo remite cuando comienza a acabársele el alimento.

Además, el *E. coli* es sumamente promiscuo. Puede intercambiar sus genes con otras especies de bacterias por medio de un proceso llamado conjugación bacteriana, que le permite adoptar rápidamente otros rasgos (como la resistencia a los nuevos antibióticos) cuando los necesita. Su sencilla eficiencia le ha permitido perdurar en el planeta desde los primeros tiempos de la vida unicelular. Los seres humanos llevamos *E. coli* en nuestro interior, generalmente en el tracto gastrointestinal. En condiciones normales, esto no supone una amenaza. Pero cuando alguna variedad de esta bacteria, que se ha vuelto especialmente agresiva por la absorción de cadenas de ADN ajenas, invade el fluido cefalorraquídeo que envuelve la médula espinal y el cerebro, esta primitiva célula comienza a devorar la glucosa del fluido y cualquier otra cosa que pueda encontrar, incluido el propio cerebro.

A esas alturas, nadie en la sala de Urgencias sospechaba que yo estuviera sufriendo una meningitis por *E. coli*. No tenían razones para ello. Es una enfermedad

rarísima en los adultos. Sus víctimas más frecuentes son los recién nacidos, pero el porcentaje de casos entre los niños de más de tres meses se va reduciendo progresivamente a medida que aumenta la edad. Cada año, menos de uno de cada diez millones de adultos la contrae de manera espontánea.

En este tipo de meningitis, las bacterias atacan primero la capa exterior del cerebro, llamada corteza. La palabra «corteza» viene del latín *corticea*, que significa «cáscara» o «corteza» de árbol. Si pensamos en una naranja, la cáscara vendría a ser el equivalente de la corteza que, en el caso del cerebro, rodea sus partes más primitivas. Alberga las funciones relacionadas con la memoria, el lenguaje, las emociones, la percepción visual y auditiva y los procesos lógicos. Así que cuando un organismo como el *E. coli* ataca el cerebro, se ven afectadas las funciones más relevantes de la condición humana.

Muchas víctimas de meningitis bacteriana mueren durante los primeros días de la enfermedad. De las que llegan a Urgencias con una acelerada merma de las funciones neurológicas, como me sucedió a mí, sólo el diez por ciento tiene la suerte de poder contarla. Aunque en este caso se trata de una suerte relativa, puesto que

muchos de ellos pasan en estado vegetativo el resto de sus vidas.

Aunque la doctora Potter no pensaba aún en una meningitis bacteriana, sospechaba que podía padecer alguna forma de infección cerebral, razón por la que había decidido pedir una punción lumbar. Justo cuando estaba diciéndole a una de las enfermeras que le trajese la bandeja con el instrumental y me preparara para el procedimiento, mi cuerpo sufrió un violento espasmo como si, de repente, hubieran electrificado la camilla. Con una energía renovada, proferí un prolongado gemido de agonía, arqueé la espalda y comencé a agitar los brazos en el aire. Tenía toda la cara roja y las venas del cuello hinchadas. Laura gritó pidiendo ayuda y acudieron los celadores. Primero dos, luego cuatro y finalmente seis, quienes trataron de sujetarme mientras ella procedía con la punción.

Obligaron a mi cuerpo a adoptar una posición fetal mientras Laura me administraba más sedante. Y, finalmente, entre todos consiguieron que me estuviera lo bastante quieto para que la aguja pudiera penetrar por la base de mi columna vertebral.

Cuando las bacterias atacan el organismo, éste entra automáticamente en modo defensivo y envía a sus tropas

de choque, los glóbulos blancos, desde sus barracones del bazo y la médula espinal, para repeler a los invasores. Son las primeras bajas en la colosal guerra celular que se desencadena cada vez que un agente biológico externo invade el cuerpo, y la doctora Potter sabía que si mi fluido cefalorraquídeo no era transparente, sería por la presencia de glóbulos blancos.

Se inclinó hacia delante y enfocó la mirada sobre el manómetro, el tubo transparente y vertical por el que saldría el fluido cefalorraquídeo. Lo primero que la sorprendió fue que, en lugar de salir gota a gota, lo hizo en forma de chorro, debido a una presión peligrosamente elevada.

A continuación se fijó en la apariencia del fluido. La mayor o menor opacidad indicaría la gravedad de mi estado. El líquido que apareció en el manómetro era viscoso y blanco, con un leve tinte verdoso.

Mi fluido cefalorraquídeo estaba lleno de pus.

SALIDO DE LA NADA

La doctora Potter llamó al doctor Robert Brennan, uno de sus colegas en el hospital general de Lynchburg y especialista en enfermedades infecciosas. Mientras esperaban a los resultados de las pruebas que habían pedido al laboratorio del centro, consideraron las distintas posibilidades diagnósticas y opciones terapéuticas.

Durante esos momentos, yo seguía gimiendo y debatiéndome contra las correas de mi camilla. La realidad que estaba saliendo a la luz era cada vez más pavorosa. Los resultados de la tinción de gram (una prueba química bautizada en honor al médico danés que la inventó y que permite a los médicos clasificar las bacterias entre gram positivas y gram negativas) indicaban una cepa gram negativa, lo que resulta extremadamente inusual. Al mismo tiempo, una tomografía computarizada (TC) de mi cabeza revelaba que el revestimiento de las meninges de mi cerebro estaba peligrosamente hinchado e inflamado. Me introdujeron un respirador por la tráquea

para que un ventilador pudiera ocuparse por mí de la tarea de respirar —veinte veces por minuto, para ser exactos— y desplegaron una batería de monitores alrededor de mi cama para registrar hasta el último movimiento de mi cuerpo y de mi casi totalmente inerte cerebro.

Entre los escasos adultos que cada año contraen meningitis espontánea por *E. coli* (es decir, la que se produce sin mediar previamente un procedimiento quirúrgico cerebral o un traumatismo craneal con penetración), la mayoría lo hace por alguna causa tangible, como una deficiencia del sistema inmunológico (provocada muchas veces por VIH o Sida). Pero yo no estaba dentro de ese grupo de riesgo. Hay otras bacterias que pueden provocar meningitis invadiendo el cerebro desde las fosas nasales o el oído medio, pero no la *E. coli*. El espacio cefalorraquídeo está demasiado bien aislado con respecto al resto del cerebro para que pasen organismos como éstos. Sencillamente, salvo que la médula o el cráneo sufran una perforación (a causa de un estimulador cerebral profundo o una derivación, colocados por un neurocirujano y contaminados, por ejemplo), las bacterias que, como la mencionada, suelen residir en los intestinos, no tienen acceso a esa zona. Yo mismo había insertado centenares de derivaciones y

estimuladores en los cerebros de mis pacientes y, de haber tenido la oportunidad de estudiar el caso con mis perplejos colegas, habría convenido con ellos en que, por expresarlo de manera sencilla, había contraído una enfermedad que era prácticamente imposible de contraer.

Los dos médicos, incapaces aún de aceptar la evidencia a la que apuntaban los resultados de las pruebas, llamaron a varios expertos en enfermedades infecciosas de importantes hospitales universitarios. Todos se mostraron de acuerdo en que los resultados sólo señalaban un diagnóstico posible.

Que me diagnosticaran un caso rarísimo de meningitis bacteriana por *E. coli* no fue lo único extraordinario de mi primer día de estancia en el hospital. En los momentos previos a mi salida del servicio de Urgencias, tras dos horas de gemidos y aullidos animales, quedé en completo silencio. Y entonces, como salido de la nada, lancé un grito formado por dos palabras. Dos palabras tan perfectamente articuladas que todos los médicos y enfermeros presentes, así como Holley, que se encontraba al otro lado de la cortina, a pocos pasos de distancia, las oyeron con nitidez:

—¡Dios, ayúdame!

Todos corrieron a la camilla. Pero cuando llegaron a

mi lado, estaba totalmente inconsciente.

No recuerdo nada sobre mi estancia en Urgencias, incluido aquel grito de auxilio. Pero fue lo último que dije en siete días.

EBEN IV

Una vez en la Sala 1 de Cuidados Intensivos, mi estado continuó deteriorándose. El nivel de glucosa en el fluido cefalorraquídeo de una persona sana es de unos 80 miligramos por decilitro. Una persona aquejada por una meningitis bacteriana sumamente grave y amenazada de muerte puede tener unos niveles próximos a los 20 miligramos por decilitro. El mío era de un miligramo. En la escala de coma de Glasgow me encontraba en el nivel 8 (de quince posibles) lo que significaba una afección cerebral grave. Por si fuera poco, mi condición fue agravándose en los días siguientes. Mi evaluación APACHE II (acrónimo en inglés de *Acute Physiology and Chronic Evaluation II*, «evaluación II de fisiología aguda y salud crónica») en Urgencias era de 18 puntos sobre un máximo de 71, lo que significaba que las probabilidades de fallecimiento durante aquella hospitalización eran próximas al 30 por ciento. Pero, en realidad, debido a un problema diagnosticado de meningitis bacteriana aguda

gram negativa con grave deterioro neurológico, cuando ingresé en el hospital sólo tenía, en el mejor de los casos, un diez por ciento de probabilidades de sobrevivir. Y si los antibióticos no hacían efecto, el riesgo de muerte iría ascendiendo inexorablemente durante los días siguientes hasta llegar a un innegociable ciento por ciento.

Los médicos anegaron mi cuerpo con tres potentes antibióticos intravenosos antes de enviarme a mi nuevo hogar: una habitación privada de gran tamaño, la número 10, de la Unidad de Cuidados Intensivos, en la planta superior de Urgencias.

Yo había estado muchas veces en aquella UCI, pero sólo como cirujano. Es el sitio donde se aloja a los enfermos más graves, personas que están a un paso de la muerte, para que el personal médico pueda trabajar con ellos de manera simultánea y sin interrupciones. Un equipo así, luchando en completa coordinación para mantener a un paciente con vida cuando todas las probabilidades están en su contra, conforma una imagen impresionante. En aquellas salas había vivido momentos tanto de enorme orgullo como de inmensa decepción, dependiendo de si la vida del paciente que luchábamos por salvar seguía adelante o se nos escurría entre los dedos.

El doctor Brennan y el resto del equipo trataron de mostrarse tan positivos con Holley como pudieron, dadas las circunstancias, lo que no quiere decir que fuesen demasiado optimistas. La verdad es que las probabilidades de que falleciese en cualquier momento eran muy elevadas. Y aunque no falleciese, cabía la posibilidad de que el ataque de las bacterias contra la corteza de mi cerebro imposibilitase para siempre las actividades cerebrales superiores. Cuanto más se prolongara mi coma, más aumentarían las probabilidades de que me pasase el resto de mi vida en un estado vegetativo.

Por suerte, no sólo el personal del hospital general de Lynchburg, sino también otras personas estaban movilizándose ya en mi auxilio. Michael Sullivan, vecino nuestro y rector de la Iglesia episcopaliana, llegó a Urgencias una hora después de mi esposa, aproximadamente. En el preciso momento en que ésta cruzaba corriendo la puerta de casa para seguir a la ambulancia, su teléfono móvil había empezado a sonar. Era su amiga de toda la vida, Sylvia White, quien siempre había tenido la sorprendente capacidad de aparecer justamente cuando sucedía alguna cosa importante. Holley estaba convencida de que poseía poderes. (Yo, por mi

parte, prefería la explicación más segura y racional de que, simplemente, era una persona con gran intuición). Ella la puso al corriente de lo sucedido y entre las dos se encargaron de llamar a mis familiares más cercanos: mi hermana pequeña Betsy, que vivía cerca; mi otra hermana Phyllis, que a sus cuarenta y ocho años era la más joven de todos nosotros y vivía en Boston; y Jean, la mayor.

Aquella mañana de lunes, Jean cruzaba Virginia en dirección sur desde su casa de Delaware. Por pura casualidad, se dirigía a casa de nuestra madre, que vivía en Winston-Salem. Su móvil comenzó a sonar. Era su marido, David.

—¿Has llegado ya a Richmond? —le preguntó.

—No —dijo Jean—. Estoy al norte, en la I-95.

—Pues coge la ruta 60 en dirección oeste y luego la 24 hasta Lynchburg. Me acaba de llamar Holley. Eben está en el hospital, en Urgencias. Ha tenido un ataque esta mañana y, de momento, no responde.

—¡Oh, Dios mío! ¿Y saben qué ha sido?

—No están seguros, pero parece meningitis.

Jean dio la vuelta y siguió la sinuosa carretera 60 hacia el oeste, bajo densos nubarrones negros y veloces, en dirección a la ruta 24 y a Lynchburg.

Phyllis fue la que, a las tres de la tarde del mismo día

del ataque, llamó a Eben^{IV} a su apartamento de la Universidad de Delaware. Él estaba en el porche, haciendo unas prácticas de Ciencias (mi padre había sido neurocirujano y parecía que a él también le interesaba la carrera) cuando sonó su teléfono. Mi hermana lo puso rápidamente al corriente de la situación y le dijo que no se preocupara, que los médicos lo tenían todo bajo control.

—¿Tienen idea de lo que puede ser? —preguntó mi hijo.

—Bueno, han dicho algo sobre bacterias gram negativas y meningitis.

—Tengo dos exámenes en los próximos días, voy a avisar a mis profesores —decidió él.

Eben me contaría posteriormente que, en un primer momento, le costó creer que estuviese en un peligro tan grave como el que había insinuado su tía, puesto que Holley y ella «siempre exageraban un poco» y, además, yo no me ponía enfermo nunca. Pero cuando, una hora más tarde, lo llamó Michael Sullivan, se dio cuenta de que tenía que acudir de inmediato.

Mientras circulaba hacia Virginia comenzó a caer una llovizna helada. Phyllis había salido de Boston a las seis en punto y mientras Eben se acercaba al puente de la I-495 para cruzar el Potomac y entrar en Virginia, ella conducía

bajo la lluvia. Llegó a Richmond, alquiló un coche y salió a la ruta 60.

Cuando Eben se encontraba a pocos kilómetros de Lynchburg, llamó a su madre.

—¿Cómo está Bond? —preguntó.

—Dormido —respondió ésta.

—En ese caso voy directamente al hospital —decidió Eben.

—¿Seguro que no quieres pasar antes por casa?

—No —dijo él—. Sólo quiero ver a papá.

Llegó a la Unidad de Cuidados Intensivos a las once y cuarto. Cuando entró en la luminosa sala de recepción del hospital, no había más que una enfermera. Ella lo acompañó hasta mi cama.

Para entonces, todos los visitantes se habían marchado ya a casa. Lo único que se oía en mi amplia y escasamente iluminada habitación eran los pitidos y siseos casi imperceptibles de las máquinas que mantenían mi cuerpo con vida.

Eben se quedó paralizado en el umbral de la puerta al verme. En sus veinte años de vida, nunca me había visto contraer nada más grave que un resfriado. Pero en aquel momento, a pesar del esfuerzo de las máquinas por aparentar otra cosa, lo que contemplaron sus ojos era, en

esencia, un cadáver. Mi cuerpo físico estaba allí, frente a él, pero el padre que conocía ya no.

O quizá sería más apropiado decir que, simplemente, estaba en otro sitio.

EL INFRAMUNDO

Oscuridad, pero una oscuridad visible, como si estuvieras sumergido en barro y, aun así, fueses capaz de ver. O en una especie de gelatina sucia. Transparente, pero de un modo borroso, claustrofóbico y asfixiante.

Conciencia, pero sin memoria ni identidad, como un sueño en el que ves lo que está pasando a tu alrededor, pero no sabes realmente quién eres o lo que eres.

Y sonido, también: un palpitar profundo y rítmico, lejano pero fuerte, me atravesaba de parte a parte. ¿Como el de un corazón? Tal vez, aunque más lúgubre, más maquinal, como un choque metálico, como si un gigantesco herrero subterráneo estuviera golpeando con un enorme martillo una pieza sobre un yunque en la distancia, con tanta fuerza que el estruendo del impacto atravesase la Tierra, el lodo o lo que quiera que me rodease.

No tenía cuerpo, al menos no un cuerpo del que fuese consciente. Simplemente... estaba allí, en aquel lugar de palpitante y sonora oscuridad. Ahora, con el paso del tiempo, podría llamarla «primordial». Pero por aquel

entonces no conocía esa palabra. De hecho no conocía ninguna. Las palabras que utilizo aquí llegaron mucho más tarde, ya en el mundo, al poner por escrito mis recuerdos.

Idioma, emociones, lógica: todo ello había desaparecido, como si hubiera sufrido una regresión a un estado del ser propio del principio de los tiempos, tan lejano quizá como la primitiva bacteria que, sin que yo lo supiera, había invadido mi cerebro y lo había obligado a apagarse.

¿Cuánto tiempo pasé en ese mundo? No tengo ni la menor idea. Cuando vas a un sitio en el que no percibes el tiempo como lo experimentamos en el mundo normal, describir su transcurrir es prácticamente imposible. Mientras todo sucedía, mientras estaba allí, me sentía como si yo (lo que quiera que fuese ese «yo») hubiese estado en aquel lugar desde siempre y fuera a seguir allí eternamente.

Y, al menos en un primer momento, tampoco es que me importase. ¿Por qué iba a hacerlo? A fin de cuentas, aquel estado del ser era el único que conocía. Como no albergaba recuerdo alguno sobre nada mejor, no me inquietaba especialmente el lugar en el que me encontraba. Sí que recuerdo haberme preguntado si sobreviviría o no, pero la indiferencia que sentía ante una

respuesta u otra me inspiró una clara sensación de invulnerabilidad. Ignoraba por completo las leyes que gobernaban el mundo en el que me encontraba, pero tampoco tenía la menor prisa por descubrirlas. A fin de cuentas, ¿para qué?

No sabría decir cuándo sucedió exactamente, pero en un momento determinado comencé a ser consciente de unos objetos que me rodeaban. Su aspecto era algo similar al de las raíces y un poco como el que habrían tenido unos enormes vasos sanguíneos en un vasto y cenagoso útero.

Emitían un fulgor rojizo y umbrío y se extendían tanto por arriba como por abajo. En retrospectiva, recuerdo que verlas era como ser un topo o un gusano, una criatura enterrada en la tierra pero, a pesar de ello, capaz de ver la enmarañada matriz de raíces y árboles que la rodea.

Por eso, al acordarme más adelante de aquel lugar, lo bauticé como el «reino de la perspectiva del gusano». Durante algún tiempo sospeché que podía tratarse de una especie de recuerdo de lo que experimentó mi cerebro cuando las bacterias empezaron a invadirlo.

Pero cuanto más pensaba en ello (de nuevo, mucho, mucho más tarde), menos sentido le encontraba a esta explicación. Porque —por mucho que le cueste imaginar esto a alguien que no haya estado allí— mi conciencia no

estaba nublada ni distorsionada. Sólo era... limitada. En aquel lugar no era humano. Ni siquiera animal. Era algo anterior y más reducido. Sólo era un punto de conciencia en medio de un mar entre rojizo y marrón, ajeno al paso del tiempo.

Cuanto más permanecía en aquel lugar, menos cómodo me sentía. Al principio estaba tan profundamente sumergido en él que no había diferencia entre el «yo» y el espacio medio aterrador y medio familiar que me rodeaba. Pero poco a poco, aquella sensación de profunda, eterna e ilimitada inmersión fue dando paso a otra: la de que en realidad yo no formaba parte de aquel mundo subterráneo, sino que estaba atrapado en él.

Unos rostros grotescos de animal brotaban del lodo, emitían un gemido o un aullido y volvían a desaparecer. De tanto en tanto oía un rugido sordo. A veces, dichos rugidos se transformaban en cánticos tenues y rítmicos, que resultaban a un tiempo aterradores y extrañamente familiares, como si en algún momento yo mismo los hubiera emitido también.

Como no guardaba recuerdo alguno sobre existencias anteriores, el tiempo que pasé en aquel reino se prolongó sin que me percatara de ello. ¿Fueron meses? ¿Años? ¿Toda la eternidad? Sea cual sea la respuesta, el caso es

que al final acabé llegando a un punto en el que la sensación de inquietud sobrepasó a la de familiaridad. Cuanto más crecía mi sentido del yo —un yo separado de la oscuridad fría y húmeda que me rodeaba—, más desagradables y amenazantes se tornaban las caras que brotaban de la negrura. Los rítmicos latidos en la distancia se intensificaron también y se hicieron más claros y fuertes, como si alguien estuviera marcándole el ritmo de trabajo a un ejército de obreros subterráneos similares a trolls, entregados a una tarea interminable y de brutal monotonía. A mi alrededor, los movimientos se volvieron menos visuales y más táctiles, como si unas criaturas parecidas a reptiles o a gusanos correteasen en tropel junto a mí y me rozaran accidentalmente con sus pieles suaves o espinosas al pasar.

Entonces empecé a captar un olor: un poco como a heces, un poco como a sangre y un poco como a vómito. Un olor de naturaleza biológica, en otras palabras, pero de muerte biológica, no de vida. A medida que mi conciencia iba afirmándose con mayor fuerza, sentí que el pánico empezaba a apoderarse de mí. Fuera quien fuese o fuera lo que fuese, yo no pertenecía a aquel lugar. Tenía que salir de allí.

Pero ¿adónde iba a ir?

Mientras me formulaba esta pregunta, algo nuevo surgió de la oscuridad, sobre mí: algo que no estaba frío, muerto ni sumido en las tinieblas, sino todo lo contrario. Creo que aunque lo intentase durante todo lo que me queda de vida, jamás llegaría a hacerle justicia a la entidad que se me estaba aproximando en aquel momento y no podría describir ni un triste esbozo de su auténtica belleza.

Pero voy a intentarlo.

UN ANCLA A LA VIDA

Phyllis llegó al aparcamiento del hospital sólo dos horas después que Eben IV, a eso de la una de la mañana. Al entrar en la habitación de la UCI, se encontró a mi hijo sentado junto a mi cama, aferrado a una sábana del hospital para no quedarse dormido.

—Mamá está en casa con Bond —informó Eben en un tono que expresaba cansancio, tensión y alegría por la llegada de ella, todo al mismo tiempo.

Phyllis le dijo que tenía que irse a casa, que si se quedaba despierto toda la noche, después de haber conducido desde Delaware, al día siguiente no le serviría de nada a nadie, ni siquiera a su padre. Llamó a Holley y a Jean a nuestra casa y les dijo que el chico volvería en seguida, pero que ella iba a quedarse conmigo a pasar la noche.

—Vete a casa con tu madre, tu tía y tu hermano —le dijo a Eben IV después de colgar—. Te necesitan. Tu padre y yo seguiremos aquí mañana, cuando vengas.

Él dirigió los ojos hacia mi cuerpo: hacia el respirador transparente que desaparecía en el interior de mi nariz en dirección a mi tráquea; hacia mis finos labios, ya medio agrietados; hacia mis cerrados ojos y mis flácidos músculos faciales.

Phyllis le leyó la mente.

—Vete a casa, Eben. Intenta no angustiarte. Tu padre sigue con nosotros. Y no voy a dejar que se marche.

Se acercó a mi cama, me cogió la mano y comenzó a darle un masaje. Con la única compañía de las máquinas y la enfermera del turno de noche, que acudía cada hora a revisar mis constantes vitales, se pasó allí sentada el resto de la noche, sujetándome la mano, tratando de mantener una conexión que sabía vital para que yo pudiese sobrevivir.

La importancia que tiene la familia para la gente del sur puede parecer un tópico pero, como la mayoría de éstos, contiene una buena parte de verdad. Cuando en 1988 me marché a Harvard, una de las primeras cosas de la gente del norte que llamó mi atención era lo mucho que les costaba expresar un hecho que en el sur damos por sentado: tu familia define tu identidad.

A lo largo de toda mi vida, mi relación con mi familia —con mis padres y hermanas y luego con Holley, Eben IV

y Bond— ha sido siempre una fuente de fuerza y estabilidad, pero sobre todo durante los últimos años. La familia era a donde recurría para recibir apoyo incondicional, en un mundo —lo mismo en el norte que en el sur— que carece de él con demasiada frecuencia.

De vez en cuando acudía a la Iglesia episcopaliana con Holley y los niños. Pero la verdad es que durante años había sido poco más que uno de esos parroquianos que sólo cruzan la puerta del templo en Navidad y en Semana Santa. Animaba a nuestros hijos a rezar de noche, pero no era, ni de lejos, el líder espiritual en mi hogar. Nunca había logrado desprenderme por completo de mis dudas. Por mucho que de niño hubiese querido creer en Dios, en el Cielo y en la otra vida, lo cierto es que las décadas que había pasado en el riguroso mundo científico de la neurocirugía académica me habían hecho engendrar serias dudas sobre la posibilidad de que tales cosas pudieran existir. Las neurociencias de nuestros días afirman que es el cerebro el que genera la conciencia —la mente, el alma, el espíritu, llámesele como se quiera, esa parte invisible e intangible de nosotros mismos que nos convierte en quienes somos en realidad— y, en esencia, yo lo creía también.

Como la mayoría de los profesionales sanitarios que

tratan directamente con personas agonizantes y sus familias, a lo largo de los años había oído —e incluso presenciado— muchas cosas de difícil explicación. Archivaba aquellos casos dentro de la categoría de «desconocido» y los dejaba allí sin darles más vueltas, convencido de que en su interior se ocultaba alguna explicación racional.

Y no es que tuviese nada en contra de la fe en lo sobrenatural. Como profesional de la medicina que se encontraba a diario con gente que tenía que arrostrar increíbles sufrimientos físicos y emocionales de manera constante, lo último que habría querido era negarle a nadie el consuelo y la esperanza de la fe. Es más, ojalá hubiera podido disfrutar de ella yo mismo.

Pero cuanto mayor me hacía, más improbable me parecía. Como el mar que va erosionando la playa, con el paso de los años mi visión científica del mundo había ido, lenta pero inexorablemente, socavando mi fe en una realidad superior. La ciencia parecía estar generando una sucesión incesante de pruebas que reducían nuestra importancia en el seno del universo a la práctica nulidad. Habría sido magnífico poder creer. Pero a la ciencia no le importa lo magnífico. Le importa lo que es.

Yo soy una de esas personas que aprenden mediante la

acción. Si hay algo que no puedo tocar o sentir, me cuesta interesarme por ello. Fue ese deseo de alargar las manos hacia el objeto de mi interés, unido al anhelo de ser como mi padre, lo que me llevó hasta la neurocirugía. El cerebro humano es un órgano complejo y misterioso, pero también increíblemente concreto. Cuando era un estudiante de Medicina en Duke, nada me gustaba más que contemplar al microscopio las alargadas y delicadas neuronas cuyas conexiones sinápticas dan origen a la conciencia. Me encantaba la combinación de conocimiento abstracto y concreción física que representaba la neurocirugía. Para acceder al cerebro, hay que apartar primero las capas de piel y tejido que lo cubren y luego aplicar un instrumento neumático de gran velocidad llamado taladro Midas Rex. Es sumamente sofisticado y cuesta miles de dólares. Y, no obstante, a la hora de utilizarlo, no es más que... un simple taladro.

Del mismo modo, las reparaciones quirúrgicas del cerebro, aunque de una extraordinaria complejidad, no difieren de las que pueden realizarse con cualquier maquinaria eléctrica de enorme delicadeza. Porque esto, creía yo en aquel entonces, era precisamente el cerebro: una máquina capaz de generar el fenómeno de la conciencia. Sí, los científicos no habían descubierto aún

cómo lograban obrar este milagro las neuronas, pero sólo era cuestión de tiempo. Era algo que se demostraba cada día en la mesa de operaciones. Un paciente entra al quirófano con jaquecas y problemas de conciencia. Obtienes una IRM (imagen por resonancia magnética) de su cerebro y descubres un tumor. Le administras anestesia general, extraes dicho tumor y a las pocas horas está despierto y funcionando plenamente. Desaparecen las jaquecas. Desaparecen los problemas de conciencia. Aparentemente, es algo muy sencillo.

Yo adoraba esa sencillez: la absoluta honradez y limpieza de la ciencia. El hecho de que no dejara margen alguno a la fantasía ni a las explicaciones poco rigurosas me inspiraba respeto. Si un hecho podía establecerse de manera tangible y con pruebas fiables, se aceptaba. Si no, se rechazaba.

Era un enfoque que dejaba muy poco margen para el alma y el espíritu, para la pervivencia de la personalidad después de que se hubiese detenido la actividad del cerebro que la sustentaba. Y mucho menos para unas palabras que, a lo largo de mi vida, había oído una y otra vez en la iglesia: «vida eterna».

Precisamente por esta razón dependía tanto de mi familia, de Holley y nuestros hijos, de mis tres hermanas

y, lógicamente, de mi padre y de mi madre. Estoy totalmente convencido de que nunca habría sido capaz de ejercer mi profesión —realizar, día tras día, las acciones que realizaba y ver las cosas que veía— sin los sólidos cimientos de cariño y comprensión que ellos me brindaban.

Y por eso, Phyllis (tras consultar a Betsy por teléfono) decidió aquella noche hacerme una promesa en nombre de toda nuestra familia. Mientras yo permanecía allí, con mi mano flácida y casi sin vida entre las suyas, me prometió que, pasara lo que pasase de allí en adelante, siempre habría alguien a mi lado para cogerme la mano.

—No vamos a dejar que te vayas, Eben —dijo—. Necesitas un ancla que te mantenga aquí, en este mundo, donde te necesitamos. Y te la vamos a proporcionar.

No sabía lo importante que sería esta ancla en los días siguientes.

LA MELODÍA GIRATORIA Y EL PORTAL

Algo había aparecido en medio de la oscuridad. Giraba lentamente e irradiaba unos delicados filamentos de luz blanca y dorada que comenzaron a agrietar y disolver la oscuridad que me rodeaba.

Entonces oí algo nuevo: un sonido viviente, como la pieza musical con más matices, más compleja y más hermosa que hayas escuchado nunca. Fue cobrando mayor fuerza a medida que descendía una luz pura y blanca, y su llegada aniquiló aquel monótono pálpito mecánico que hasta entonces, y aparentemente durante eones, había sido mi única compañía.

La luz se fue acercando más y más, girando y girando, con unos filamentos de luz blanca y pura que, pude ver en aquel momento, estaba teñida aquí y allá de matices dorados.

Entonces, en el centro mismo de la luz apareció algo. Enfoqué mi percepción sobre ella, tratando de adivinar lo

que era.

Una puerta. Ya no estaba mirando la luz giratoria, sino a través de ella.

En cuanto lo comprendí, comencé a ascender. Rápidamente. Hubo un ruido similar a una racha de viento y, con un destello repentino, atravesé la puerta y me encontré en un mundo totalmente nuevo. El más extraño y hermoso que jamás hubiera contemplado. Brillante, extático, asombroso... Podría utilizar un montón de adjetivos para describir el aspecto y las sensaciones que transmitían aquel mundo, pero me quedaría corto. Me sentí como si estuviera naciendo. No renaciendo ni volviendo a nacer. Sólo... naciendo.

A mis pies se extendía un paisaje. Era verde, frondoso, parecido al de la Tierra. Era la Tierra... pero al mismo tiempo no. Era como cuando tus padres te llevan de nuevo a un sitio en el que pasaste algunos años cuando eras un niño pequeño. No lo conoces. O al menos crees que no lo conoces. Pero cuando miras a tu alrededor, algo despierta en tu interior y te das cuenta de que una parte de ti —una parte que está muy, muy adentro— sí lo recuerda y se alegra de volver a estar en él.

Volaba sobre aquel lugar, por encima de árboles y campos, arroyos y cascadas y, de vez en cuando,

personas. Y también niños, niños que reían y jugaban. La gente cantaba y bailaba en círculos y, puntualmente, veía también algún que otro perro que corría y saltaba entre la multitud, tan feliz como todos ellos. Vestían ropa sencilla pero hermosa y me dio la sensación de que sus colores transmitían la misma calidez viva que los árboles y las flores que crecían y crecían por todo el entorno.

Un mundo de ensueño increíblemente hermoso...

Sólo que no era un sueño. Aunque no sabía dónde estaba ni lo que era yo mismo, había algo de lo que sí me sentía del todo seguro: el lugar al que había llegado de repente era absolutamente real.

La palabra «real» expresa algo abstracto y resulta frustrantemente inadecuada para transmitir la idea que intento describir. Imagina que eres un niño y vas al cine un día de verano. Imagina que es una buena película y has disfrutado viéndola. Pero entonces termina y, junto con los demás espectadores, sales en fila del cine a la intensa, viva y acogedora calidez de la tarde estival. Y al respirar el aire de la calle y sentir los rayos del sol sobre ti, te preguntas por qué demonios decidiste desaprovechar un día tan hermoso sentado en el oscuro interior de una sala de cine.

Multiplica esa sensación por mil y seguirás sin

acercarte a la que me inspiró a mí aquel lugar.

Seguí volando, no sé exactamente por cuánto tiempo (porque el tiempo en aquel lugar no era como la sencilla experiencia lineal que conocemos en la Tierra; de hecho, resulta tan difícil de describir como todos sus demás aspectos). Pero en un momento dado me percaté de que ya no estaba solo.

Había alguien a mi lado: una chica preciosa de pómulos altos y hermosos ojos azules. Llevaba ropa sencilla, como de campesina, similar a la que vestía la gente del pueblo que había visto abajo. Unos largos mechones de cabello dorado enmarcaban su hermoso rostro. Volábamos juntos a bordo de una superficie cubierta por unos dibujos enormemente intrincados, el ala de una mariposa. De hecho, estábamos rodeados por millones de mariposas, vastas bandadas de ellas que descendían sobre la vegetación y volvían a alzarse a nuestro alrededor. No se movían individualmente, separadas unas de otras, sino todas juntas, como un río de vida y color que se desplazase por el aire. Volábamos en elegantes formaciones que describían parsimoniosos bucles entre las flores y los brotes de los árboles, que se abrían al pasar nosotros a su lado.

El atuendo de la muchacha era sencillo, pero sus

colores —azul claro, añil y melocotón— poseían la misma viveza deslumbrante y abrumadora que todo cuanto nos rodeaba. Me dirigió una mirada que habría hecho que cualquiera se alegrase de haber vivido hasta aquel momento, independientemente de lo que le hubiera pasado antes. No era una mirada romántica. Tampoco amistosa. Era algo que iba más allá de todo ello... más allá de todas las tipologías del amor que conocemos aquí en la Tierra. Era algo superior, que contenía en su interior todas las demás formas de amor y, al mismo tiempo, era más genuino y puro que todas ellas.

Sin utilizar palabras, me habló. El mensaje me penetró como una ráfaga de viento helado y al instante comprendí que era cierto. Lo supe como había sabido que el mundo que nos rodeaba era verdadero, no una simple fantasía, pasajera e insustancial.

El mensaje estaba dividido en tres partes y si hubiera tenido que traducirlo a una lengua de la Tierra, habría sonado más o menos así:

«Os aman y aprecian, profunda y eternamente».

«No tenéis nada que temer».

«Nada de lo que hagáis puede ser malo».

Esas esperanzadoras palabras hicieron que me inundara una vasta y alocada sensación de alivio. Fue

como si me entregaran las reglas de un juego al que llevara toda la vida jugando sin comprenderlo del todo.

«Aquí te mostraremos muchas cosas —anunció la chica, de nuevo sin utilizar estas palabras exactas, sino transmitiéndome directamente su esencia conceptual—, pero al final regresarás».

Frente a esto, sólo tenía una pregunta.

Recuerda con quién estás hablando en este momento. No soy un bobo sentimental. Sé qué aspecto tiene la muerte. Sé lo que se siente cuando una persona viva, con la que has hablado y has bromeado hasta hace bien poco, se convierte en un objeto inerte en una mesa de operaciones después de que hayas pasado horas luchando para mantener la maquinaria de su cuerpo en funcionamiento. Sé la forma que adopta el sufrimiento y conozco la honda tristeza y la impotencia que reflejan las caras de quienes han perdido a un ser querido inesperadamente. Conozco la fisiología de mi propio cuerpo y, aunque no es mi especialidad, tampoco soy un completo ignorante al respecto. Conozco la diferencia entre la fantasía y la realidad y sé que aquella experiencia (de la que, a pesar de todo mi empeño, sólo consigo transmitirtte la imagen más vaga y completamente insatisfactoria que quepa imaginar) fue la más importante

de toda mi vida.

De hecho, la única que podría disputarle esta condición fue la que se produjo a continuación.

ISRAEL

A las ocho de la mañana del día siguiente, Holley volvía a estar en mi habitación. Despertó a Phyllis, ocupó su puesto junto a la cabecera de mi cama y tomó mi mano todavía inerte entre las suyas.

Alrededor de las once llegó Michael Sullivan y les pidió a todos que formasen un círculo a mi alrededor. Mi hermana Betsy, que ya estaba allí, me cogió de la mano para que también yo estuviese incluido. Michael entonó una plegaria. Estaban terminando cuando uno de los especialistas en enfermedades infecciosas llegó del piso de abajo con un nuevo informe. A pesar de que durante la noche me habían cambiado los antibióticos, la presencia de glóbulos blancos en mi torrente sanguíneo continuaba aumentando. Y las bacterias seguían, sin que nadie lograra impedirselo, devorando mi cerebro.

Los médicos, cada vez más acuciados por el tiempo y la falta de opciones, volvieron a repasar con Holley todos los detalles de mis actividades de los últimos días. Las preguntas se extendieron luego a las últimas semanas.

¿Había sucedido algo distinto en los últimos meses, cualquier cosa que pudiese ayudarles a encontrarle sentido a mi condición?

—Bueno —comentó ella—, hace pocos meses hizo un viaje a Israel.

El doctor Brennan levantó la mirada de su cuaderno.

Las células de la *E. coli* no sólo intercambian su ADN con otras células de *E. coli*, sino también con otros organismos bacterianos gram negativos. En estos tiempos de viajes por el mundo, bombardeos antibióticos y nuevas cepas de enfermedades en proceso de acelerada mutación, ello constituye un hecho muy relevante. Si unas bacterias *E. coli* se encuentran en un entorno biológico difícil con otros organismos mejor adaptados que ellas, pueden absorber parte de su ADN e incorporarlo.

En 1996, unos científicos descubrieron una nueva cepa de bacterias que contenía una secuencia de ADN codificante para la carbapenemasa de *Klebsiella pneumoniae* (o KPC, por sus siglas en inglés *Klebsiella Pneumoniae Carbapenemase*), una enzima que confería a sus bacterias anfitrionas capacidad de resistencia frente a los antibióticos. La encontraron en el estómago de un paciente que había muerto en un hospital de Carolina del Norte. La cepa llamó inmediatamente la atención de

médicos de todo el mundo, conscientes de que la KPC podía hacer que las bacterias se volvieran resistentes, no sólo a algunos de los antibióticos de nuestros días, sino a todos ellos.

Si una variedad de bacterias tóxicas e inmunes a los antibióticos (emparentada con una cepa no tóxica presente en nuestros cuerpos) se libera entre la población, esquilmaría la raza humana. Entre los antibióticos que se han desarrollado en la última década no hay ninguno que pudiera acudir a nuestro rescate.

El doctor Brennan sabía que pocos meses antes habían ingresado en un hospital a un paciente con una fuerte infección de *Klebsiella pneumoniae* y lo habían tratado con una amplia batería de antibióticos para tratar de contenerla. Pero el estado de salud del hombre siguió agravándose. Las pruebas revelaron que dicho bacilo seguía activo en su cuerpo y que los antibióticos no habían surtido efecto. Posteriormente, se descubrió que las bacterias de su intestino grueso habían adquirido el gen de la KPC por transferencia directa de plásmido de la infección de *Klebsiella pneumoniae* resistente.

En otras palabras, su cuerpo se había convertido en el laboratorio para la creación de una variante de bacteria que, si llegaba a propagarse entre la población en general,

podía llegar a rivalizar con la Peste Negra (una plaga que acabó casi con la mitad de los europeos en el siglo XIV).

El hospital donde había sucedido todo esto era el centro médico Sourasky de Tel Aviv, Israel. Y de hecho, había coincidido prácticamente con una visita que había realizado yo meses atrás como parte de mi trabajo de coordinación de un proyecto de investigación global sobre cirugía cerebral por ultrasonidos enfocados. Había llegado a Jerusalén a las tres y cuarto de la madrugada y, tras instalarme en mi hotel, quise dar, a pesar de la hora, un paseo por la ciudad vieja. El paseo se convirtió en una larga caminata al amanecer por la Vía Dolorosa, que me llevó hasta el supuesto escenario de la Última Cena. Resultó un viaje extrañamente conmovedor y, tras mi regreso a Estados Unidos, hablé varias veces de ello con Holley. Pero por aquel entonces no sabía nada del paciente del centro médico Sourasky ni de las bacterias que habían adquirido el gen de la KPC. Una bacteria que resultó ser una cepa del *E. coli*.

¿Era posible que me hubiese infectado una bacteria inmune a los antibióticos durante mi estancia en Israel? Parecía poco probable. Pero era la única explicación para la aparente resistencia de mi infección, así que los médicos se pusieron manos a la obra para determinar si,

en efecto, era ésa la bacteria que estaba atacando mi cerebro. Mi caso estaba a punto de incorporarse, por la primera de muchas razones, a la historia de la medicina.

EL NÚCLEO

Entretanto, yo estaba en un lugar entre las nubes. Unas nubes grandes y blancas cuyas formas contrastaban poderosamente con un cielo entre negro y azulado. Por encima de ellas —a una altura inconmensurable, de hecho—, unas bandadas de orbes transparentes y titilantes recorrían el cielo en trayectorias curvas, dejando tras de sí unas líneas alargadas parecidas a serpentinatas.

¿Aves? ¿Ángeles? Estas palabras aparecieron en mi cabeza cuando estaba escribiendo mis recuerdos. Pero ninguna de ellas consigue hacer justicia a aquellas criaturas, totalmente distintas a cualquier cosa que hubiese visto en este planeta. Eran más avanzadas. Superiores.

Un sonido, fuerte y tonante, como un glorioso canto, descendió sobre mí y al oírlo me pregunté si lo producirían aquellos seres con sus alas. Pero de nuevo, al recordarlo más tarde, me dio por pensar que lo que sucedía era que el placer que sentían aquellas criaturas al ascender por los aires era tal que tenían que expresarlo de algún modo, que si no dejaban salir la alegría de su

interior, simplemente no serían capaces de soportarla. Era un sonido palpable y casi material, como una de esas lloviznas que puedes sentir sobre la piel pero no terminan de calarte. La vista y el oído no eran sentidos separados en el lugar donde me encontraba entonces. Podía oír la belleza visual de las esplendentes criaturas que pasaban por encima de mí y ver la perfección inmensa y dichosa de lo que cantaban. Era como si en aquel mundo no pudieras mirar ni escuchar nada sin convertirte en parte de ello, sin incorporarte a su naturaleza de algún modo misterioso.

De nuevo, desde mi perspectiva actual, me atrevo a sugerir que en aquel mundo no se podía ver nada, porque la palabra «ver» implica una separación que allí no existía. Eran cosas distintas, individuales, pero, aun así, formaban parte de todo lo demás, como los dibujos entrelazados y llenos de matices de una alfombra persa... o de las alas de una mariposa.

Se levantó una brisa cálida, como las que soplan en los días de verano más agradables y al pasar entre las hojas de los árboles las agitó y fluyó entre ellas como agua celestial. Una brisa divina. Su presencia lo cambió todo y el mundo que me rodeaba pareció adoptar una modulación nueva, en una octava más alta, una vibración

más elevada.

Aunque todavía no había recuperado el don del habla (al menos tal como lo concebimos en la Tierra), comencé a formular preguntas sin palabras a ese viento y al ser divino cuya acción sentía tras él o dentro de él.

«¿Dónde está este lugar?»

«¿Quién soy?»

«¿Por qué estoy aquí?»

Cada vez que formulaba una de aquellas preguntas silenciosas, la respuesta me llegaba al instante en forma de una explosión de luz, color, amor y belleza, que impactaba en mí como una ola embravecida. Pero lo más importante de estas ráfagas era que no sólo me silenciaban dejándome asombrado y abrumado, sino que también les daban respuesta, aunque de una forma que no requería lenguaje. Los pensamientos entraban directamente en mí. Pero no era como el pensamiento que experimentamos en la Tierra. No era algo vago, inmaterial o abstracto. Aquellos pensamientos eran sólidos e inmediatos —más calientes que el fuego y mas húmedos que el agua— y al recibirlos era capaz, de manera instantánea y sin esfuerzo, de comprender conceptos que, en mi vida terrenal, me habría llevado años aprehender en su totalidad.

Seguí avanzando hasta entrar en un inmenso vacío,

completamente oscuro, de tamaño infinito pero al mismo tiempo infinitamente reconfortante. Negro como la boca de un lobo, pero también rebosante de luz: una luz que parecía emitir un orbe brillante que en aquel momento yo sentía muy cerca de mí. Un orbe que estaba vivo y era casi sólido, como las canciones de las criaturas angelicales que viese antes.

Por extraño que pueda parecer, mi situación era similar a la de un feto en el vientre de su madre. El feto flota en el útero sin otra compañía que la de la silenciosa placenta, que lo nutre y media en su relación con la omnipresente pero al mismo tiempo invisible madre. Pero en mi caso, la «madre» era Dios, el Creador, la Fuente responsable de generar el universo y todo lo que contiene. Aquel ser estaba tan próximo a mí que no parecía mediar distancia alguna entre ambos. Pero a la vez podía sentir su infinita inmensidad y podía ver lo absolutamente minúsculo que era yo en comparación. En ocasiones utilizaré el pronombre Om para referirme a Dios, porque es el que utilicé originalmente cuando puse por escrito mis recuerdos, al salir del coma. «Om» era el sonido que recuerdo haber oído, asociado a aquel Dios omnisciente, omnipotente y pleno de amor incondicional; sin embargo, cualquier intento de describirlo con palabras está

condenado al fracaso.

La inmensidad pura que me separaba de Om era la razón, comprendí entonces, de que tuviese al orbe como acompañante. De un modo que no era capaz de comprender del todo pero del que estaba seguro: el orbe era una especie de «intérprete» entre aquella presencia extraordinaria que me rodeaba y yo mismo.

Era como si hubiese nacido a un mundo más grande, como si el propio universo fuese como una especie de útero gigantesco y el orbe (que seguía, en cierta forma, conectado a la chica del ala de la mariposa, que, de hecho, era ella) estuviese guiándome a través del proceso.

Más tarde, ya de vuelta aquí en el mundo, me encontré con una cita del poeta cristiano del siglo XVII, Henry Vaughan, que se acerca a describir aquel lugar, aquel Núcleo vasto y negro como la tinta china, que era la morada de la mismísima Divinidad: «Hay, dicen algunos, en Dios una profunda pero deslumbrante oscuridad...».

Y eso era exactamente: una oscuridad negra como la tinta que al mismo tiempo estaba llena a rebosar de luz.

Las preguntas y las respuestas continuaron. Aunque no adoptaba la forma de una lengua, tal como nosotros la conocemos, la «voz» de aquel Ser era cálida y —por extraño que pueda parecer esto— personal. Comprendía a

los seres humanos y poseía las mismas cualidades que nosotros, sólo que en una medida infinitamente superior. Me conocía a mí en total profundidad y rebosaba todas las cualidades que siempre he asociado con los seres humanos y sólo con ellos: calidez, compasión, emoción... e incluso ironía y sentido del humor.

A través del orbe, Om me reveló que no hay un solo universo sino muchos —más, de hecho, de los que yo podría llegar a concebir—, pero que el amor reside en el centro de todos ellos. El mal también está presente, pero únicamente en cantidades diminutas. El mal es necesario porque sin él el libre albedrío sería imposible y sin libre albedrío no podía haber crecimiento, ni avance, ni posibilidad alguna de que nos convirtiésemos en aquello que Dios quiere que lleguemos a ser. Por muy terrible y poderoso que pueda parecer a veces el mal en un mundo como el nuestro, en conjunto el amor es abrumadoramente dominante y al final acabará triunfando.

Contemplé la abundancia de la vida a través de los incontables universos, incluida la de criaturas de inteligencia mucho más avanzada que la de la humanidad. Vi que existen innúmeras dimensiones superiores, pero que el único modo de conocerlas es entrar en ellas y experimentarlas directamente. No se pueden captar ni

comprender desde el espacio dimensional inferior. En esos reinos superiores existen la causa y el efecto, pero no como los concibe la mente humana, sino de un modo mayor. El mundo del tiempo y el espacio en el que vivimos en este reino terreno está profunda y complejamente entrelazado con esos mundos superiores. En otras palabras, que no están totalmente separados de nosotros, porque todos los mundos forman parte de una misma realidad divina, que lo abarca todo. Desde aquellos mundos superiores se podría acceder a cualquier tiempo y lugar del nuestro.

Tardaría más de lo que me queda de vida en elaborar todo lo que aprendí allí arriba. Este conocimiento no se me «enseñó», como se enseñan una lección de historia o un teorema de matemáticas. Las relaciones entre las ideas surgían directamente, sin tener que desvelarlas ni absorberlas. El conocimiento se almacenaba sin necesidad de memorizarlo, de una vez y para siempre. Y no se iba desvaneciendo, como sucede con la información normal. Hasta hoy sigue estando dentro de mí, mucho más claro que todo lo que aprendí durante mis largos años de estudio.

Esto no quiere decir que pueda acceder a ese conocimiento en cualquier momento. Como ahora vuelvo a

estar en el reino terrenal, tengo que procesarlo a través de mi cuerpo y mi cerebro, que son físicos y limitados. Pero está ahí. Lo percibo, grabado en el fondo de mi ser. Para una persona como yo, que se ha pasado toda la vida trabajando para acumular conocimientos e información a la vieja usanza, el descubrimiento de un nivel superior de aprendizaje bastaba, por sí solo, para proporcionarme algo en lo que pensar durante siglos...

Por desgracia, para mi familia y los médicos, allá en la Tierra, la cosa era distinta.

LO QUE CUENTA

A Holley no se le escapó la reacción de los médicos cuando mencionó mi viaje a Israel. Pero como es lógico, no comprendió por qué era tan importante. Al recordarlo ahora, fue una suerte. Tener que enfrentarse a mi posible muerte ya era suficiente sin añadirle la posibilidad de que fuese el vector iniciador del equivalente a la Peste Negra en el siglo XXI.

Entretanto, se sucedían las llamadas a mis amigos y mi familia. Incluida mi familia biológica.

De niño yo idolatraba a mi padre, que durante veinte años había sido jefe de personal en el centro médico baptista Wake Forest de Winston-Salem. De hecho, me decanté por la neurocirugía como carrera profesional para seguir sus pasos... a pesar de saber que nunca llegaría a estar completamente a su altura.

Mi padre era un hombre profundamente espiritual. Durante la segunda guerra mundial sirvió como cirujano de campaña de las Fuerzas Aéreas del Ejército en las junglas de Nueva Guinea y en las Filipinas. Presenció la

brutalidad y el sufrimiento y él mismo las padeció. Me habló de las noches pasadas operando sin descanso en tiendas que a duras penas aguantaban el embate del monzón y de un calor y una humedad tan opresivos que los cirujanos tenían que quedarse en paños menores para poder soportarlos.

Papá se había casado con el amor de su vida (e hija de su oficial superior, por cierto), Betty, en octubre de 1942, mientras realizaba la instrucción, antes de que lo enviaran al teatro de operaciones del Pacífico. Al finalizar la guerra, formaba parte del contingente inicial Aliado que ocupó Japón, después de que Estados Unidos lanzase las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Era el único neurocirujano militar estadounidense que había en Tokio, lo que lo convertía en oficialmente indispensable. Estaba cualificado para realizar operaciones en cualquier punto de la anatomía de sus pacientes, de la cabeza a los pies.

Dichas cualificaciones garantizaban que iban a retenerlo allí durante algún tiempo. Su nuevo oficial superior no permitiría que regresase a Estados Unidos hasta que la situación no fuese «más estable». Varios meses después de que los japoneses firmasen formalmente la capitulación al borde del acorazado *Missouri* en la

bahía de Tokio, papá, al fin, recibió la licencia definitiva. Sin embargo, sabía que su oficial superior rescindiría aquellas órdenes si llegaba a verlas. Así que esperó a un fin de semana en que estaba de permiso y las procesó a través de su suplente. Finalmente, en diciembre de 1945, bastante después de que la mayoría de sus camaradas hubieran regresado con sus familias, pudo embarcar de regreso a casa.

Tras llegar a Estados Unidos a principios de 1946, decidió continuar con su formación como neurocirujano con su amigo y compañero en la Facultad de Medicina de Harvard, Donald Matson, que había servido en el teatro de operaciones europeo. Entraron como residentes en el hospital Peter Bent Brigham y en el Children's de Boston (las principales instituciones médicas asociadas a Harvard), bajo la tutela del doctor Frank D. Ingraham, uno de los últimos residentes del doctor Harvey Cushing (considerado generalmente como el padre de la neurocirugía moderna). Entre los años cincuenta y sesenta, el cuadro entero de los neurocirujanos del «3131C» (su clasificación oficial dentro de las Fuerzas Aéreas del Ejército), que habían perfeccionado su oficio en los campos de batalla de Europa y el Pacífico, establecerían la vara de medir para medio siglo de neurocirugía y para

las futuras generaciones (como la mía).

Mis padres se habían criado durante la Gran Depresión y eran gente muy trabajadora. Papá solía llegar a las siete de la tarde, justo a tiempo de cenar, normalmente con traje y corbata pero a veces con la parte de arriba del pijama sanitario. Luego volvía al hospital (a menudo con nosotros, a quienes nos dejaba en su despacho haciendo los deberes mientras él se iba a hacer las visitas). Para mi padre, vida y trabajo eran términos esencialmente sinónimos y nos crió conforme a esa misma filosofía. Por lo general, mi hermana y yo teníamos que colaborar con las tareas domésticas los domingos. Si protestábamos y le decíamos que queríamos ir al cine, su respuesta era:

—Si vais al cine, otro tendrá que hacer el trabajo.

También era un hombre ferozmente competitivo. En la pista de squash, cada partido se convertía en una «batalla a muerte» e incluso a los ochenta años siempre andaba en busca de oponentes nuevos, a menudo varias décadas más jóvenes.

Era un padre muy exigente, pero también maravilloso. Trataba a todo el mundo con respeto y siempre llevaba un destornillador en el bolsillo de la bata para apretar cualquier tornillo suelto que encontrase durante sus rondas

por el hospital. Sus pacientes, sus colegas, las enfermeras y todo el personal del centro lo tenía en gran estima. Lo mismo cuando operaba a un paciente que cuando colaboraba en alguna investigación científica, enseñaba a jóvenes neurocirujanos (una de sus grandes pasiones), o ejercía como editor de la revista *Surgical Neurology* (cosa que hizo durante varios años), veía su camino en la vida claramente trazado. E incluso después de jubilarse de la práctica de su profesión, a la edad de setenta y un años, continuó manteniéndose al día de los últimos avances científicos. Tras su muerte (en 2004), su antiguo colega, el doctor David L. Kelly, Jr., escribió: «El doctor Alexander siempre será recordado por su entusiasmo y su destreza, su perseverancia, su atención al detalle, su espíritu compasivo, su honestidad y su excelencia en todo lo que hacía». No es de extrañar que yo, como tantos otros, lo idolatrara.

Cuando todavía era muy joven, tanto que ni siquiera recuerdo cuándo fue, mis padres me contaron que era adoptado (o «elegido», tal como ellos lo expresaban, porque según me aseguraron, habían sabido que era su hijo en el mismo instante en que me vieron). No eran mis padres biológicos, pero me querían tan profundamente como si fuese carne de su carne y sangre de su sangre.

Crecí sabiendo que me habían adoptado en abril de 1954, a la edad de cuatro meses, y que mi madre biológica, una estudiante de instituto de dieciséis años, no estaba casada cuando me dio a luz, en 1953. Su novio, también un estudiante sin medios económicos para hacerse cargo de un niño, había accedido a darme en adopción, aunque al parecer ninguno de los dos deseaba hacerlo. Me enteré de todo aquello tan temprano que se incorporó con total naturalidad a mi identidad, una circunstancia tan aceptada e incuestionable como el color negro de mi cabello y el hecho de que me gustaban las hamburguesas y no la coliflor. Quería tanto a mis padres adoptivos como si hubieran sido los de verdad y era evidente que ellos sentían lo mismo por mí.

Mi hermana mayor, Jean, también era adoptada, pero cinco meses después de que me adoptaran a mí, mi madre se quedó embarazada. Dio a una luz a una niña —mi hermana Betsy— y cinco años más tarde a Phyllis, nuestra hermana menor. A todos los efectos éramos hermanos de sangre. Yo sabía que, independientemente de mi origen, era su hermano y ellas mis hermanas. Me crié en una familia que, no sólo me quería, sino que creía en mí y me apoyaba para que intentase alcanzar mis sueños. Incluido el que hizo presa de mí en el instituto y no me soltó hasta

que logré alcanzarlo: convertirme en neurocirujano como mi padre.

Durante los años en la universidad y la Facultad de Medicina, no pensé en mi adopción, al menos en la superficie. Visité en varias ocasiones la Children's Home Society de Carolina del Norte para preguntar si mi madre tenía algún interés por verme. Pero Carolina del Norte tenía una de las legislaciones más restrictivas del país en este tema, al objeto de proteger el anonimato de los niños adoptados y sus padres (aun en el caso de que quisieran conocerse). A partir de los veinte años, fui pensando en ello cada vez menos. Y cuando conocí a Holley y formamos nuestra familia, la cuestión quedó relegada a un rincón todavía más profundo de mis pensamientos.

Donde cayó prácticamente en el olvido.

En 1999, cuando Eben^{IV} tenía doce años y aún vivíamos en Massachusetts, mi hijo tuvo que hacer un trabajo sobre árboles genealógicos en la escuela Charles River, donde cursaba sexto. Sabía que yo era adoptado y, por tanto, que tenía parientes directos en este mundo a los que ni siquiera conocía por el nombre. El proyecto despertó algo en su interior, un sentimiento profundo que nunca había sabido que albergase.

Me preguntó si podía buscar a mis padres. Le dije que

yo mismo lo había intentado varias veces a lo largo de los años y que incluso me había puesto en contacto con la Children's Home Society de Carolina del Norte para interesarme por ello. Si mi madre o mi padre biológicos hubieran tenido algún interés por reanudar el contacto conmigo, la sociedad lo habría sabido. Pero nunca tuve ninguna noticia.

Y tampoco me importaba demasiado.

—Es lo más normal en este tipo de situaciones —le dije a Eben—. No quiere decir que mi madre biológica no me quiera o que no te quisiera a ti si te conociese. Simplemente no quiere conocernos, imagino que porque sabe que tú y yo ya tenemos nuestra propia familia y no quiere entrometerse.

Pero aquello no convenció a Eben, así que finalmente decidí complacerlo y escribí a una asistente social llamada Betty, que trabajaba en dicho organismo y me había ayudado otras veces con mis solicitudes. Pocas semanas después, una nevada tarde de viernes de enero de 2000, mientras Eben IV y yo íbamos en el coche de Boston a Maine para pasar un fin de semana esquiando, me acordé de que había quedado en llamar a Betty para saber si había hecho progresos. Marqué su número y respondió.

—Bueno, pues de hecho —anunció— sí que tengo

noticias. ¿Está sentado?

Lo estaba y así se lo dije, sin añadir que, además, estaba conduciendo el coche en mitad de una nevada.

—Pues resulta, doctor Alexander, que sus padres biológicos acabaron casándose.

Sentí que el corazón me daba un vuelco y la carretera por la que circulábamos se volvía de repente borrosa y lejana. Aunque sabía que mis padres eran novios, siempre había asumido que después de darme en adopción sus vidas habrían seguido caminos separados. Al momento apareció una imagen en mi cabeza. Una imagen de mis padres y del hogar que habían formado en alguna parte. Un hogar que yo nunca había conocido. Un hogar... al que no pertenecía.

Betty interrumpió mis ensoñaciones:

—¿Doctor Alexander?

—Sí —respondí lentamente—. Aquí estoy.

—Hay algo más.

Para sorpresa de Eben, detuve el coche a un lado de la carretera antes de decirle que continuara.

—Sus padres tuvieron tres hijos más: dos niñas y un niño. Me he puesto en contacto con la hermana mayor y me ha contado que la más pequeña murió hace dos años. Sus padres siguen de luto por su pérdida.

—¿Y eso significa que...? —pregunté tras una dilatada pausa, aún aturdido, incapaz de asimilar todo lo que me estaba contando.

—Lo siento, doctor Alexander, pero así es, significa que no quieren ponerse en contacto con usted.

Eben se removió en el asiento detrás de mí, a todas luces consciente de que había sucedido algo importante pero incapaz de adivinar lo que era.

—¿Qué pasa, papá? —inquirió después de que yo colgara.

—Nada —contesté—. La agencia aún no sabe gran cosa, pero están trabajando en ello. Puede que más adelante. Tal vez...

Pero no acabé la frase. En el exterior, la tormenta estaba arreciando de verdad. No veía más allá de cien metros entre los árboles bajos y blancos que nos rodeaban. Metí la marcha y, tras escudriñar con todo cuidado el retrovisor trasero, volví a la carretera.

En un instante, la visión que tenía de mí mismo había cambiado por completo. Tras la llamada seguía siendo, claro está, el mismo de antes: un científico, un médico, un padre y un marido. Pero también me sentía, por primera vez en toda mi vida, como un huérfano. Alguien a quien han abandonado. Alguien a quien no han querido

plenamente, al ciento por ciento.

Realmente, antes de aquella llamada nunca había pensado en mí mismo de aquel modo, como una persona segregada de sus orígenes. Nunca me había definido por algo que había perdido y tal vez nunca pudiese recuperar. Pero de repente era la única parte de mí que podía ver.

Durante los meses siguientes, un mar de tristeza se abrió en mi interior. Una tristeza que amenazaba con anegar y tragarse todo lo que tanto me había esforzado por crear en mi vida hasta aquel punto.

Y encima, mi incapacidad para llegar al fondo de la razón que lo estaba provocando agravaba mi situación. En el pasado me había enfrentado otras veces a problemas que albergaba mi interior —carencias, tal como las concebía yo— y siempre los había corregido. En la Facultad de Medicina y en mis primeros años como cirujano, por ejemplo, formaba parte de una cultura donde la bebida, en cantidades apropiadas, era un hábito perfectamente tolerado. Pero en 1991 comencé a darme cuenta de que esperaba, tal vez con un pequeño exceso de impaciencia, la llegada del fin de semana y las copas que lo acompañaban. Decidí que había llegado la hora de dejar el alcohol por completo. Y no fue nada fácil. Había acabado por acostumbrarme más de lo que creía a la

liberación que me proporcionaban esas horas de relax y sólo logré superar los primeros días de sobriedad gracias al apoyo de mi familia. Pues ahora me encontraba con otro problema del que, claramente, yo era el único culpable. Si necesitaba ayuda, no tenía más que pedirla. Así que, ¿qué era lo que me impedía ponerle remedio? No parecía normal que un simple hecho procedente de mi pasado — un hecho sobre el que, además, no tenía el más mínimo control— pudiera tener un efecto tan devastador sobre mí, tanto emocional como profesionalmente.

Así que intenté luchar. Y vi con incredulidad que cada vez me resultaba más difícil cumplir con mis obligaciones como médico, padre y marido.

Al comprender que estaba pasando por una crisis, Holley nos apuntó a una terapia de pareja. Aunque sólo comprendía en parte la causa de mi estado, me perdonó que hubiera caído en aquella sima de desesperación e hizo todo lo que pudo por ayudarme a salir. Mi depresión tuvo repercusiones sobre mi trabajo. Como es normal, mis padres eran conscientes del cambio que había sufrido y aunque sabía que también ellos me perdonaban, no soportaba que mi carrera como neurocirujano académico estuviera embarrancando mientras ellos no podían hacer otra cosa que mirar desde detrás de la barrera.

Sin mi participación, mi familia era incapaz de ayudarme.

Y finalmente pude constatar que esta nueva tristeza sacaba a la luz y luego se llevaba otra cosa: los últimos y casi inconscientes vestigios de esperanza que albergaba sobre la existencia de un elemento personal en el universo, alguna fuerza ajena a las leyes científicas que me había pasado años estudiando. En términos menos clínicos, se llevó mi fe en que pudiera existir un ser en alguna parte que me amara de verdad y se preocupara por mí, que pudiese oír mis plegarias y responder a ellas. Tras la llamada que había recibido en medio de aquella tormenta, la idea de un Dios amoroso y personal, en alguna medida mi derecho de nacimiento como miembro de una cultura que se tomaba lo divino con total seriedad, se desvaneció por completo.

¿Había alguna fuerza o inteligencia dedicada a velar por nosotros? ¿Que amase a los humanos con auténtica devoción? Fue una sorpresa darme cuenta de que, a pesar de todos mis años de instrucción y experiencia en el campo de la medicina, seguía profunda, aunque secretamente, interesado en esa pregunta... lo mismo que en la cuestión de mis padres.

Por desgracia, la respuesta a la pregunta de si existía

un ser como ése era la misma a la de si mis padres biológicos volverían a abrirme sus vidas y sus corazones.

Y esa respuesta era no.

UN FINAL A LA ESPIRAL DESCENDENTE

Durante la mayor parte de los siete años siguientes, mi carrera y mi vida familiar siguieron deteriorándose. Durante largo tiempo, la gente que me rodeaba —incluso los más allegados— no comprendió cuál era la causa del problema. Pero poco a poco, por medio de comentarios que yo hacía casi de pasada, Holley y mis hermanas fueron juntando las piezas del rompecabezas. Por fin, en junio de 2007, durante unas vacaciones familiares, Betsy y Phyllis sacaron el tema durante un paseo matutino por una playa de Carolina del Sur.

—¿Has pensado en escribirle otra carta a tu familia biológica? —me preguntó Phyllis.

—Sí —dijo Betsy—. Las cosas podrían haber cambiado, nunca se sabe.

Betsy nos había contado hacía poco que estaba pensando en adoptar un hijo, así que no me sorprendió demasiado que sacaran el tema. Pero al mismo tiempo, mi

respuesta inmediata —más mental que verbal— fue: «¡Oh, no, otra vez no!». No había olvidado el abismo que se había abierto bajo mis pies siete años antes, al experimentar aquel rechazo. Pero sabía que Betsy y Phyllis estaban haciendo lo que debían. Se habían dado cuenta de que estaba sufriendo, habían descubierto la razón y querían —acertadamente— que hiciese lo que tuviera que hacer para resolver el problema. Me aseguraron que me acompañarían en aquel viaje, que no lo haría solo, como antes. Seríamos un equipo.

Así que a principios de agosto de 2007 escribí una carta anónima a mi hermana biológica, la persona que guardaba la llave de la puerta a mi familia, y la envié a la Children's Home Society de Carolina del Norte, para que Betty se la hiciese llegar:

Mi querida hermana,

Me gustaría comunicarme contigo, con nuestro hermano y con nuestros padres. Tras hablar largo y tendido sobre ello con mis hermanas y mi madre adoptivas, apoyan este renovado interés mío por saber más cosas sobre mi familia biológica.

Mis dos hijos, de nueve y diecinueve años de edad, sienten gran interés por sus raíces. Los tres y mi esposa os quedaríamos muy agradecidos por cualquier información que pudieras compartir con nosotros. En mi caso, mi cabeza está llena de preguntas sobre mis padres biológicos y las vidas que han llevado hasta ahora. ¿Qué intereses y personalidades tendréis todos?, me pregunto.

Como nos estamos haciendo mayores, mi esperanza es poder conoceros pronto. Creo que podría ser beneficioso para todos. Quiero que sepáis que siento el máximo respeto por vuestro deseo de privacidad. Tengo una familia adoptiva maravillosa y agradezco la decisión que tomaron mis padres biológicos en su juventud. Mi interés es genuino y comprenderé cualquier barrera que nuestros padres crean necesario levantar.

Agradezco profundamente vuestra comprensión en esta materia.

Sinceramente tuyo,

Tu hermano mayor

Pocas semanas después recibí una carta de la Children's Home Society. Era de mi hermana pequeña.

«Sí, nos encantaría conocerte», escribía. La legislación del estado de Carolina del Norte le prohibía revelarme ninguna información, pero, aun así, logró darme algunas pistas sobre la familia biológica a la que nunca había conocido.

Cuando me contó que mi padre había sido aviador naval en Vietnam, me dejó boquiabierto: no era de extrañar que siempre me hubiese gustado tanto saltar desde aviones y volar con planeadores. Además, descubrí con no menos asombro que, a mediados de los sesenta, mi padre biológico había participado en los programas de formación de astronautas de la NASA para las misiones Apollo (y yo mismo había barajado la posibilidad de presentarme a las pruebas para especialista de la lanzadera espacial en 1983). Posteriormente, trabajó

como piloto civil para Pan Am y Delta.

En octubre de 2007, conocí finalmente a mis padres biológicos, Ann y Richard, y a mis hermanos Kathy y David. Ann me contó la historia de los tres meses que había pasado en 1953 en el hogar para madres solteras Florence Crittenden, junto al hospital Charlotte Memorial. Todas las chicas que había allí ocultaban su nombre real bajo pseudónimos y como a mi madre le encantaba la historia de Estados Unidos, escogió el de Virginia Dare, la primera hija de los colonos británicos nacida en el Nuevo Mundo. La mayoría de las chicas la llamaba así, Dare. Con dieciséis años era la más joven de la institución.

Me contó que su padre se ofreció a hacer lo que fuese necesario cuando se enteró de su «situación» y le dijo que acogería a toda la nueva familia. Pero llevaba algún tiempo en paro y la llegada de otra boca que alimentar habría supuesto graves dificultades financieras y de otra naturaleza.

Un buen amigo suyo le había hablado de un médico al que conocía en Dillon, Carolina del Sur, quien podía encargarse de «arreglar esas cosas». Pero su madre no quiso ni oír hablar de ello.

Me habló del violento parpadeo de las estrellas, bajo

los vientos fuertes y helados traídos por un frente glacial, que había presenciado en aquella noche de diciembre de 1953, mientras caminaba por las calles bajo aquellas nubes dispersas, bajas y veloces. Quería estar a solas, sin otra compañía que la luna, las estrellas y su hijo aún nonato, yo.

—La luna creciente flotaba a baja altura en el cielo del oeste. Júpiter estaba ascendiendo en aquel momento para contemplarnos durante toda la noche y parecía brillar más que nunca. A Richard le encantaba la ciencia y la astronomía y más tarde me contaría que aquella noche ese planeta estaba en oposición con respecto a la Tierra y que no volvería a verse tan bien hasta nueve años más tarde. En ese tiempo, muchas cosas cambiarían en nuestras vidas, incluidos los nacimientos de dos hijos más.

»Pero en aquel momento yo sólo podía pensar en lo hermoso y brillante que parecía el rey de los planetas, allí arriba, observándonos desde lo alto.

El entrar en el vestíbulo del hospital, se le ocurrió un pensamiento mágico. Por lo general, las niñas pasaban dos semanas en el hogar Crittenden después de dar a luz y luego volvían a casa y reanudaban su vida donde la habían dejado. Si realmente tenía a su hijo aquella noche, tal vez podría pasar la Navidad en casa... siempre que la dejaran

salir al cabo de dos semanas. Qué gran milagro sería ése: llevarme a casa por Navidad.

—El doctor Crawford acababa de asistir a otro parto y parecía espantosamente cansado —me contó.

El médico le puso una gasa empapada en éter sobre la cara para aliviar el dolor del parto, así que sólo estaba medio inconsciente cuando finalmente, a las 2.42 de la madrugada, con un último y enorme esfuerzo, dio a luz a su pequeño.

Me contó que sólo quería abrazarme y acariciarme y que nunca olvidaría cómo había llorado hasta que la fatiga y el anestésico pudieron con ella.

Durante las cuatro horas siguientes, Marte, luego Saturno, luego Mercurio y por fin el brillante Venus se alzaron en levante para darme la bienvenida a este mundo. Y mientras tanto, Ann dormía más profundamente de lo que lo había hecho en meses.

La enfermera la despertó antes del amanecer.

—Tengo aquí alguien que quiere conocerte —le dijo con tono alegre mientras me mostraba, envuelto en una manta azul cielo, para que me viera.

—Todas las enfermeras estaban de acuerdo en que eras el niño más bonito de toda la planta. Yo estaba loca de orgullo.

Pero por mucho que quisiera quedarse conmigo, la fría realidad de que no podía hacerlo no tardó en dejarse sentir. Richard soñaba con ir a la universidad, un sueño que no era compatible con alimentarme. Puede que yo percibiese el pesar de Ann, porque dejé de comer. A los once días me hospitalizaron con el diagnóstico de que «no crecía» y me pasé mis primeras Navidades y los nueve días siguientes en el hospital de Charlotte.

Después de que me ingresasen, Ann subió al autobús para volver a su casa. Pasó las Navidades con sus padres, sus hermanas y sus hermanos, a los que no había visto en tres meses. Sin mí.

Cuando volví a tomar alimento, mi nueva vida como huérfano ya estaba encarrilada. Ann comenzó a tener la sensación de que estaba perdiendo el control y no le iban a dejar que se quedase conmigo. Cuando llamó al hospital, justo después de Año Nuevo, le dijeron que me habían enviado a la Children's Home Society de Greensboro.

—¿Con las voluntarias? ¡No es justo! —respondió ella.

Me pasé los tres meses siguientes en un dormitorio destinado a los bebés, con varios niños más cuyas madres no podían conservarlos a su lado. Mi cuna estaba en el

segundo piso de una casa victoriana de color azul que habían donado a la sociedad.

—Tu primer hogar era un sitio muy agradable —me contó Ann con una carcajada—, aunque sólo fuese un hospicio para niños.

Durante los meses siguientes, hizo media docena de veces el trayecto de tres horas en autobús para visitarme, mientras intentaba desesperadamente encontrar la manera de recuperarme. En una ocasión fue con su madre y en otra con Richard (aunque las enfermeras sólo le dejaron verme a través de los ventanales del dormitorio; no permitieron que entrase en la sala y mucho menos que me abrazase).

Pero a finales de marzo de 1954, estaba claro que las cosas no iban a salir como ella deseaba. Tendría que darme en adopción. Su madre y ella tomaron por última vez el autobús a Greensboro.

—Tuve que cogerte y contártelo todo mientras te miraba a los ojos —me contó—. Sabía que no ibas a hacer otra cosa que reírte y hacer ruiditos y pompas de saliva, al margen de lo que yo dijese, pero sentía que te debía una explicación. Te abracé fuerte una última vez, te besé en las orejas, el pecho y la cara, y te acaricié con delicadeza. Recuerdo tan bien como si fuese ayer que inhalé profundamente tu maravilloso aroma a bebé.

»Te llamé por el nombre que quería ponerte y dije: “Te quiero mucho, mucho más de lo que nunca sabrás. Y te querré siempre, hasta el día en que me muera”.

»Dije “Dios, que sepa lo mucho que lo amamos. Que sepa que lo quiero y siempre lo querré”. Pero no podía saber si mi plegaria tendría respuesta. En los años cincuenta, las adopciones eran irrevocables y totalmente secretas. No había vuelta atrás ni explicaciones. A veces hasta se cambiaban las fechas de nacimiento en las partidas para entorpecer cualquier intento de descubrir los verdaderos orígenes de un niño. Para no dejar ni rastro. Y esto estaba garantizado por una legislación estatal muy severa. La idea era olvidar que había sucedido y seguir con la vida. Y, con un poco de suerte, aprender de ello.

»Te besé una última vez y luego te deposité con todo cuidado en la cuna. Te envolví en tu mantita azul, miré una última vez tus ojillos de color celeste, me besé el dedo y te lo llevé a la frente.

»”Adiós, Richard Michael. Te quiero” fueron mis últimas palabras para ti... al menos durante cincuenta años, más o menos.

Luego me contó que después de que Richard y ella se casaran y tuviesen al resto de sus hijos, la idea de averiguar lo que había sido de mí fue cobrando mayor

fuerza en su interior. Richard, además de aviador naval y piloto comercial, era abogado y Ann pensó que eso le permitiría descubrir la identidad de mi familia adoptiva. Pero Richard, un verdadero caballero, no quería desdecirse del acuerdo de adopción firmado en 1954 y no quiso saber nada del asunto. A comienzos de los setenta, en plena guerra de Vietnam, Ann no podía quitarse mi fecha de nacimiento de la cabeza. En diciembre de 1972 yo cumpliría diecinueve años. ¿Me mandarían al frente? Y si era así, ¿qué sería de mí? Lo cierto es que, en un primer momento, mi plan había sido alistarme en los Marines como aviador. Tenía una visión de 20/100 y las Fuerzas Aéreas exigían una visión de 20/20 sin corrección.

En las calles se decía que los Marines cogían incluso a la gente con 20/100 y les enseñaban a volar. Sin embargo, por aquel entonces las tropas estadounidenses comenzaron a retirarse gradualmente de Vietnam, así que nunca llegué a alistarme.

En su lugar, ingresé en la Facultad de Medicina. Perc Ann no sabía nada de todo esto. En primavera de 1973 presenciaron cómo bajaban los prisioneros de guerra del Hanoi Hilton de los aviones que habían llegado de Vietnam del Norte. Al ver que no aparecían muchos pilotos que conocían, más de la mitad de la promoción de

Richard, se les partió el corazón y Ann se obsesionó con la idea de que tal vez me hubiesen matado.

La imagen, una vez en su mente, se negó a abandonarla y durante años estuvo convencida de que había sufrido una muerte atroz en los arrozales de Vietnam. Sin duda le habría sorprendido mucho saber que por aquel entonces yo vivía a escasos kilómetros de allí, en Chapel Hill.

En verano de 2008 conocí a mi padre biológico, a su hermano Bob y a su cuñado (también llamado Bob), en la playa de Litchfield, en Carolina del Sur. Mi tío Bob era un héroe de guerra condecorado que había servido en la Marina durante la guerra de Corea, además de ser piloto de pruebas en China Lake (el centro de prueba de armas de la Marina en el desierto de California, donde se perfeccionó el sistema de misiles Sidewinder y se probó el F-104 Starfighter). Mientras tanto, el cuñado de Richard, el otro Bob, establecía un nuevo récord de velocidad durante la operación Sun Run (1957) (con un F-101 Voodoo que logró «adelantar al Sol»), al circunvalar la Tierra a una velocidad media superior a los 1600 kilómetros por hora.

Entre ellos me sentí como en casa.

Aquellos encuentros con mi familia biológica anunciaron el final de lo que he terminado por conocer

como mis «años del desconocimiento». Unos años que, comprendí al fin, habían estado presididos por el mismo dolor tanto para mis padres biológicos como para mí.

Sólo había una herida que no podía cerrarse: la desaparición, diez años antes, en 1998, de mi hermana biológica Betsy (sí, el mismo nombre que una de mis hermanas adoptivas. Y, por cierto, ambas se casaron con sendos Robs, pero ésa es otra historia). Todo el mundo me decía que tenía un gran corazón y cuando no estaba trabajando en el centro de ayuda a víctimas de violaciones donde pasaba la mayor parte del tiempo, solía dedicarse a cuidar y alimentar a un pequeño grupo de perros y gatos callejeros. «Un verdadero ángel» la llamaba Ann. Kathy me prometió que me mandaría una foto suya. Betsy había tenido problemas con el alcohol, al igual que yo, y al conocer la historia de su muerte, provocada en parte por su adicción, me di cuenta de lo afortunado que había sido yo al superar la mía. Habría dado cualquier cosa por conocerla, por poder consolarla y decirle que sus heridas se curarían y que todo saldría bien.

Porque, por extraño que pueda parecer, al conocer a mi familia biológica, me sentí, por primera vez en mi vida, como si las cosas estuviesen realmente bien. La familia es algo muy importante y yo había recuperado la

mía... o al menos en su mayor parte. Fue la primera vez que pude constatar hasta qué punto el conocimiento de los propios orígenes puede ejercer sobre una persona un efecto terapéutico inimaginable.

El hecho de saber de dónde venía, mis orígenes biológicos, me permitió ver y aceptar cosas de mí mismo con las que nunca habría soñado. Al conocer a mi familia pude desprenderme al fin de la última y persistente sospecha que había llevado conmigo sin siquiera ser consciente de ello: la de que, viniera de donde viniese desde el punto de vista biológico, no me habían querido. De manera subconsciente había llegado a aceptar que no merecía ser querido. Es más, que ni siquiera merecía existir. Descubrir que me habían querido desde el principio inició un proceso de curación interior a todos los niveles. Me sentí más completo que en toda mi vida.

Pero no era lo único que iba a descubrir. La otra pregunta a la que creía haber encontrado respuesta aquel día con Eben, en el coche —la de si realmente existía un Dios que nos amaba en alguna parte— continuaba en el aire y, en mi cabeza, la respuesta seguía siendo que no.

No volví a planteármela hasta después de pasar siete días en coma. Y la respuesta con la que me encontré esta vez también resultó ser una completa sorpresa...

EL NÚCLEO

Algo tiró de mí. No como si alguien me agarrara del brazo, sino algo más sutil, menos físico. Era un poco como cuando el sol se oculta detrás de las nubes y sientes que tu humor cambia al instante como respuesta.

Retrocedí, alejándome del Núcleo. Su oleosa y brillante oscuridad se disolvió en el verde y deslumbrante paisaje de la puerta. Al mirar abajo volví a ver a los aldeanos, los árboles, los resplandecientes arroyos y las cascadas. Los seres angélicos seguían volando en arco sobre mí.

Mi acompañante también estaba allí. Había estado a mi lado todo el tiempo, por supuesto, en todo mi viaje hacia el Núcleo, bajo la forma de un orbe de luz. Pero volvía a estar allí, en forma humana. Llevaba el mismo vestido precioso de antes y al verla me sentí como un niño perdido en una ciudad enorme y desconocida que de repente se encontrara con un rostro familiar. ¡Qué gran regalo para mí!

«Te mostraremos muchas cosas, pero retornarás».

Aquel mensaje que me había transmitido en la entrada a la insondable oscuridad del Núcleo, volvió a mí en aquel momento. Y comprendí además adónde retornaría.

Al Reino de la perspectiva del gusano, donde había emprendido mi odisea.

Sólo que esta vez era diferente. Al adentrarme en la oscuridad con pleno conocimiento de lo que había arriba, ya no sentí lo mismo que la primera vez. Cuando se desvaneció la gloriosa música del Portal y regresó la sorda palpitación del reino inferior, oí y vi todas esas cosas como un adulto ve un lugar que antes le asustaba pero ya ha dejado de hacerlo. Las sombras y la oscuridad, los rostros que aparecían de pronto y desaparecían, las raíces como arterias que descendían desde algún punto en lo alto ya no me inspiraban ningún terror, porque comprendía —del mismo modo inherente que comprendía todo entonces— que ya no pertenecía a aquel lugar, sino que sólo estaba de visita.

Pero ¿por qué lo visitaba?

La respuesta se manifestó en mi interior del mismo modo instantáneo y no verbal que todas las respuestas que se me habían entregado en el brillante mundo superior. Toda aquella aventura, comencé a comprender, era una especie de visita, un recorrido por el lado invisible y

espiritual de la existencia. Y como buena visita guiada, debía pasar por todos los pisos y niveles.

Al volver al reino inferior se manifestaron de nuevo los caprichos del tiempo en aquellos mundos ajenos a mi experiencia de la Tierra. Para hacerte una pequeña idea —aunque sólo sea pequeña— de la sensación, piensa cómo se comporta el tiempo en los sueños. En un sueño, «antes» y «después» se convierten en términos nebulosos. Puedes estar en una parte del sueño y saber lo que se avecina, sin haberlo experimentado aún. El «tiempo» que yo pasé allí fue algo parecido a eso, aunque he de recalcar que nada de lo que me sucedió estuvo revestido por la turbia confusión que impregna los sueños en la Tierra, salvo al comienzo del todo, cuando aún estaba en el inframundo.

¿Cuánto tiempo pasé allí esta vez? De nuevo, no tengo ni la menor idea, pues carecía de forma de medirlo. Lo que sí sé es que tras volver al reino inferior, tardé bastante en descubrir que poseía algún control sobre mi trayectoria, que ya no estaba atrapado allí. Haciendo un esfuerzo consciente, podía regresar a los planos superiores. En un momento dado, mientras estaba en las turbias profundidades, me percaté de que echaba de menos la Melodía giratoria. Tras hacer un esfuerzo por

recordar las notas, la maravillosa música y la esfera de luz giratoria volvieron a florecer en mi conciencia. Una vez más, atravesaron aquel lodo gelatinoso y se me llevaron consigo hacia arriba.

En los mundos superiores, comenzaba a descubrir, lo único que se necesita para acercarse a algo es conocerlo y poder pensar en ello. Pensar en la Melodía giratoria equivalía a hacerla aparecer y anhelar los mundos superiores significaba volver allí. Cuanto más me familiarizaba con el mundo superior, más fácil me resultaba volver. Durante el tiempo que pasé fuera de mi cuerpo, realicé incontables veces este tránsito pendular entre las tinieblas fangosas del Reino de la perspectiva del gusano, la verde brillantez del Portal y la negra pero sagrada oscuridad del Núcleo. No sé cuántas exactamente, pues como ya he dicho, el tiempo como existía allí no se corresponde con el concepto que tenemos de él aquí, en la Tierra. Pero cada vez que regresaba al Núcleo profundizaba más que antes y aprendía más cosas, de la manera tácita y superior a lo verbal en el que se comunican todas las cosas en los mundos que hay por encima de éste.

Esto no quiere decir, ni de lejos, que llegara a ver el universo entero, ni en mi viaje original entre el Reino de

la perspectiva del gusano y el Núcleo ni en ningún otro de los que vinieron después. De hecho, una de las verdades que descubrí en el Núcleo cada vez que volvía allí era que no se puede comprender todo lo que existe en el universo, tanto en su aspecto físico y visible como en el (mucho, mucho más grande) aspecto espiritual e invisible, por no hablar de los incontables universos más que existen o han existido.

Pero nada de eso importaba, porque ya había aprendido la cosa —la única— que, al fin y a la postre, importa realmente. Y eso era lo que me había enseñado mi maravillosa acompañante, durante el vuelo sobre el ala de mariposa la primera vez que atravesé el Portal. El mensaje tenía tres partes y si tuviera que expresarlo con palabras (porque, como es natural, yo lo recibí sin ellas) habría sido algo como esto:

«Os aman y aprecian, profunda y eternamente».

«No tenéis nada que temer».

«Nada de lo que hagáis puede ser malo».

Y si tuviese que reducirlo a una sola frase, sería ésta:

«Os aman».

Y si quisiera destilarlo todavía más, transmitirlo por medio de una sola palabra, ésta sería (por supuesto):

«Amor».

El amor es, sin ningún género de duda, la base de todo. No una especie de amor abstracto e inescrutable, sino el amor cotidiano y sencillo que todo el mundo conoce, el que sentimos al mirar a nuestras esposas e hijos, o incluso a nuestros animales de compañía. En su forma más pura y potente, este amor no es celoso ni egoísta, sino incondicional. Ésta es la realidad de las realidades, la incomprensiblemente gloriosa verdad de las verdades, que vive y respira en el centro de todo lo que existe o existirá alguna vez. Y nadie que no la conozca y la encarne en todo aquello que haga podrá alcanzar nunca ni una remota sombra de comprensión sobre quiénes somos y lo que somos.

¿Te parece poco científico? Permíteme que disienta. Yo he regresado desde aquel lugar y nada podría convencerme de que esta afirmación no es, ya no la verdad más importante del universo desde el punto de vista emocional, sino también desde el científico. Llevo ya varios años hablando de mi experiencia y comunicándome con otras personas que estudian o han experimentado experiencias cercanas a la muerte. Sé que el término «amor incondicional» suele emplearse mucho en esos círculos. ¿Cuántos de nosotros podemos concebir lo que significa realmente?

Como es natural, comprendo las razones de su presencia. Sencillamente se debe a que mucha, mucha gente ha visto y experimentado lo mismo que yo. Pero al igual que yo, cuando estas personas vuelven al mundo terrenal, no tienen otra cosa que las palabras para transmitir unas experiencias y verdades que exceden con mucho la capacidad de expresión de lo verbal. Es como tratar de escribir una novela con la mitad del alfabeto.

El principal problema con el que se encuentran las personas que han experimentado una ECM no es tener que habituarse de nuevo a las limitaciones del mundo terrenal —aunque éste, ciertamente, puede ser un reto complicado—, sino cómo transmitir lo que les hizo sentir el amor que experimentaron allí.

En el fondo de nosotros mismos, ya lo sabemos. Al igual que Dorothy, en *El mago de Oz*, tenía desde el principio la capacidad de volver a casa, nosotros poseemos la de recuperar nuestra conexión con aquel reino idílico. Simplemente lo hemos olvidado, porque durante la parte física, cerebral, de nuestra existencia, nuestra mente bloquea o al menos vela el trasfondo cósmico superior, del mismo modo que la luz del sol impide que veamos la luz de las estrellas al amanecer. Imagina lo limitada que sería nuestra percepción del

universo si nunca pudiésemos ver el firmamento cuajado de estrellas durante la noche.

Sólo podemos ver aquello que nuestro cerebro filtra. El cerebro —sobre todo el hemisferio izquierdo, la parte lingüística y lógica, que genera nuestro sentido racional y la sensación de un ego o yo claramente definido— es una barrera que nos impide experimentar y conocer cosas superiores.

Estoy convencido de que nos enfrentamos a un momento crucial en nuestra existencia. Tenemos que recobrar todo lo que podamos de ese conocimiento superior mientras estamos aquí en la Tierra, mientras nuestros cerebros (incluido el hemisferio izquierdo, analítico) son plenamente funcionales. La ciencia —la ciencia a la que he consagrado buena parte de mi vida— no contradice lo que descubrí allí arriba. Pero hay demasiada gente que cree que sí, porque determinados miembros de la comunidad científica, aferrados a una visión materialista del mundo, han insistido una y otra vez en que la ciencia y la espiritualidad no pueden coexistir.

Se equivocan. Si he escrito este libro es precisamente para difundir este hecho ancestral pero en última instancia básico, que convierte en secundarios todos los demás aspectos —el misterio de mi enfermedad, el de cómo

logré mantenerme consciente en otra dimensión durante toda la semana que pasé en coma, y el de cómo pude recobrarne tan completamente— de mi historia.

La sensación de amor y aceptación incondicionales que experimenté durante mi viaje es el descubrimiento más importante que he hecho (y que nunca haré) y aunque comprendo que va a ser complicado separarlo de las demás lecciones que aprendí allí, también sé, en el fondo de mi corazón, que compartir este mensaje básico —un mensaje tan sencillo que la mayoría de los niños lo acepta sin dudarlo— es la tarea más importante que se me ha encomendado.

MIÉRCOLES

Durante dos días, «miércoles» se convirtió en la palabra más utilizada por mis médicos, la que aparecía en sus labios cada vez que tenían que hablar de mis posibilidades. Como por ejemplo en: «Esperamos ver algunos progresos el miércoles». Pero el miércoles había llegado sin el menor atisbo de cambio en mi condición.

—¿Cuándo podré ver a papá?

Bond llevaba repitiendo esta pregunta —natural en un niño de diez años cuyo padre está ingresado en el hospital— desde que yo entrase en coma, el lunes. Holley había logrado esquivarla durante dos días, pero el miércoles por la mañana decidió que había llegado la hora de darle respuesta.

Cuando le dijo a Bond, el lunes por la noche, que no iba a volver de momento del hospital porque estaba «enfermo», éste imaginó lo que la palabra había significado para él en los diez años de su existencia: tos, garganta irritada y puede que un poco de dolor de cabeza. Sí, lo que había visto el lunes por la mañana había

ampliado mucho su concepto de la gravedad de un dolor de cabeza. Pero, aun así, cuando Holley decidió llevarlo al hospital aquel miércoles por la tarde, seguía creyendo que iba a ver algo muy distinto a lo que se encontró en mi cama.

El cuerpo que yacía allí sólo tenía un parecido lejano con la persona que él conocía como padre. Cuando miras a alguien dormido, te das cuenta de que hay un individuo dentro del cuerpo. Hay una presencia. Pero la mayoría de los médicos te dirán que con las personas en coma la cosa es distinta (aunque no sepan exactamente por qué). El cuerpo está ahí, pero al mirarlo te embarga una sensación extraña, casi física, de que la persona está ausente. De que su esencia, por alguna razón inexplicable, está en otra parte.

Eben IV y Bond siempre habían estado muy unidos desde que aquél entrara corriendo en el paritorio, a los pocos minutos de que naciese su hermano, para abrazarlo. Aquel tercer día de mi coma, lo recibió en el hospital e hizo lo que pudo para explicarle la situación de un manera positiva. Y como también él era poco más que un niño, se le ocurrió un escenario que pensó que Bond podría comprender: una batalla.

—Vamos a hacer un dibujo de lo que está pasando

para que lo vea papá cuando se ponga bien —le propuso.

Así que desplegaron una hoja grande de papel naranja sobre una de las mesas del comedor del hospital y se pusieron a dibujar una representación de lo que estaba sucediendo en el interior de mi cuerpo comatoso. Dibujaron mis glóbulos blancos con capas y armados con espadas, defendiendo el territorio asediado de mi cerebro. Y también a los invasores *E. coli*, con espadas y capas ligeramente distintas. Estaban luchando a brazo partido y el suelo aparecía sembrado por los cuerpos de los dos bandos.

A su manera, era una representación bastante fiel a la realidad. La única inexactitud, teniendo en cuenta que se trataba de una simplificación de un proceso mucho más complejo que tenía lugar dentro de mi cuerpo, era el curso de la batalla. En la recreación de Eben y Bond, las fuerzas estaban igualadas y el desenlace era todavía incierto, aunque por descontado, al final acabarían ganando los buenos, los glóbulos blancos. Pero Eben, allí sentado con su hermano, con los rotuladores de colores desperdigados por toda la mesa, tratando de recrear su ingenua versión de los acontecimientos, sabía que, en realidad, la batalla no estaba tan igualada y que su desenlace era muy incierto.

Y sabía qué bando estaba ganando.

UN TIPO ESPECIAL DE ECM

«El auténtico valor del ser humano viene determinado principalmente por la medida en la que ha logrado liberarse del yo».

ALBERT EINSTEIN (1879-1955)

En mi primer paso por el Reino de la perspectiva del gusano, carecía de un centro de conciencia. No sabía quién era, lo que era o siquiera si era. Simplemente... estaba allí, como una percepción singular en medio de una nada sombría y fangosa carente de principio y, aparentemente, de final.

Pero ahora era distinto. Comprendía que formaba parte de la Divinidad y que nada —absolutamente nada— podía arrebatarme eso. La (falsa) sospecha de que, de algún modo, podemos estar separados de Dios reside en el corazón de todas las formas de ansiedad del universo y la cura para ello —que recibí parcialmente en el Portal y completamente una vez dentro del Núcleo— es la certeza de que nada puede separarnos de Dios. Este hecho —que sigue siendo la cosa más importante que jamás haya

aprendido— le arrebató todo el horror al Reino de la perspectiva del gusano y me permitió verlo como lo que realmente es: una parte del cosmos no del todo agradable pero sin duda necesaria. Muchas personas han viajado por los reinos como lo hice yo, pero curiosamente, la mayoría de ellas recordaba su identidad en la Tierra cuando estaba fuera de su forma terrena. Sabían que se llamaban John Smith, George Johnson o Sarah Brown. Nunca perdieron de vista el hecho de que vivían en la Tierra. Eran conscientes de que sus parientes vivos seguían allí, esperando que regresasen. Además, en muchos casos, se vieron con amigos y parientes que habían muerto antes que ellos y, en esos casos, los reconocieron al instante.

Mucha gente que ha vivido una ECM cuenta que experimentaron una especie de repaso a sus vidas, en el que volvieron a vivir su encuentro con diversas personas o las buenas o malas acciones que hicieron en el curso de su existencia.

Yo no experimenté nada de esto y ese hecho constituye el elemento más singular de mi ECM. Era completamente libre de mi identidad corporal, así que todas las experiencias habituales en las ECM, relacionadas con mi identidad en la Tierra, estuvieron rigurosamente ausentes.

Decir que a estas alturas de la experiencia seguía sin

saber quién era y de dónde había venido puede parecer sorprendente, lo sé. Al fin y al cabo, ¿cómo podía estar aprendiendo tantas y tan fascinantes, complejas y maravillosas cosas, cómo podía ver a la chica que estaba a mi lado, los árboles en flor, las cascadas y a los aldeanos, y no saber que era yo, Eben Alexander, el que estaba experimentando todo aquello? ¿Cómo podía comprender todo lo que comprendía y no recordar que en la Tierra era un médico, un marido y un padre? ¿Una persona que no había visto los árboles, ríos y nubes por primera vez al cruzar el Portal, sino muchas veces antes, de niño, mientras crecía en la muy concreta y muy terrenal localidad de Winston-Salem, en el estado de Carolina del Norte?

La única explicación que puedo ofrecer, a modo de tentativa, es que me encontraba en una situación similar a la de alguien que sufre una amnesia parcial, pero beneficiosa. Esto es, una persona que ha olvidado algunos detalles esenciales sobre sí misma, pero que se beneficia de ello, aunque sólo sea por un corto espacio de tiempo.

¿En qué me beneficiaba no acordarme de mi yo terrenal? En que eso me permitía adentrarme en los reinos ultraterrenos sin tener que preocuparme por lo que estaba dejando atrás. Durante todo mi periplo por aquellos

mundos fui un alma sin nada que perder. Sin lugares que echar de menos y sin gente que recordar. No procedía de ninguna parte y no tenía historia alguna, así que aceptaba todas mis circunstancias —incluso la turbidez y el caos inicial que había conocido en el Reino de la perspectiva del gusano— con total ecuanimidad.

Y como había olvidado hasta tal punto mi identidad como mortal, se me concedió pleno acceso al ser cósmico que realmente soy (como todos). De nuevo, mi experiencia fue comparable a uno de esos sueños en los que recuerdas algunas cosas sobre ti mientras olvidas otras por completo. Pero, una vez más, es una analogía de validez sólo parcial, porque como he repetido ya varias veces, ni el Portal ni el Núcleo tenían nada de oníricos, sino que eran de un realismo absoluto, totalmente alejado de lo ilusorio. Al escribir esto, me doy cuenta de que suena como si la ausencia de recuerdos terrenales mientras estuve en el Reino de la perspectiva del gusano, el Portal y el Núcleo fuese de algún modo intencionada. Ahora sospecho que era así. Aun a riesgo de incurrir en una simplificación, diré que se me permitió morir más y llegar más lejos que casi todas las personas que han tenido una ECM antes que yo.

Sé que parece arrogante, pero nada más lejos de mi

intención. La inmensa bibliografía que existe sobre las ECM ha desempeñado un papel crucial en mi comprensión de la experiencia que viví durante el coma. Mentiría si dijera que conozco la razón por la que la tuve, pero ahora (tres años después), tras haber leído multitud de libros sobre el tema, sé que la penetración en los mundos superiores suele ser un proceso gradual, que requiere que el individuo se desprenda de todo apego a los niveles anteriores.

Esto no supuso un problema para mí, puesto que durante toda mi experiencia no conservaba ni un solo recuerdo terrenal y únicamente sentí dolor y tristeza cuando llegó el momento de regresar a la Tierra, donde había empezado mi viaje.

EL REGALO DEL OLVIDO

«Debemos creer en el libre albedrío. No tenemos alternativa».

ISAAC B. SINGER (1902-1991)

La imagen de la conciencia humana que sostiene la mayor parte los científicos en nuestros días es que está compuesta de información digital: datos, en esencia, como los que utilizan los ordenadores. Aunque algunos tipos de datos —ver una puesta de sol espectacular, oír una hermosa sinfonía por primera vez o incluso enamorarse— nos pueden parecer más profundos o especiales que otros, en realidad no es más que una ilusión. Cualitativamente, todos los incontables datos que se crean y almacenan en nuestro cerebro son iguales.

Nuestro cerebro modela la realidad exterior cogiendo la información que recibe a través de los sentidos y transformándola en un rico tapiz digital. Pero nuestras percepciones son sólo un modelo, no la propia realidad. Una ilusión.

Como es natural, ésta era también mi visión de las cosas. Cuando estaba en la Facultad de Medicina, recuerdo haber asistido a debates sobre la conciencia en los que se afirmaba que no es más que un programa informático de gran complejidad. Según estas argumentaciones, los aproximadamente 10.000 millones de neuronas que están constantemente activándose en nuestro cerebro son capaces de producir una vida entera de conciencia y recuerdo.

Para comprender cómo podría nuestro cerebro bloquear nuestro acceso al conocimiento de los mundos superiores, antes tenemos que aceptar —al menos como hipótesis de partida— que no es el cerebro el que produce la conciencia. Que en realidad es algo así como una válvula de control o un filtro que transforma la capacidad de percepción superior, no física, que poseemos, en una capacidad más limitada mientras duran nuestras vidas mortales. Desde el punto de vista terrenal, esto supone una gran ventaja. Al igual que nuestros cerebros trabajan constantemente para filtrar el bombardeo de información sensorial que llega hasta nosotros desde nuestro entorno físico, y seleccionan el material que necesitamos para sobrevivir, olvidar nuestras identidades ultraterrenas nos permite estar presentes «aquí y ahora» de manera mucho

más eficaz. Del mismo modo que la vida normal contiene demasiada información como para absorberla toda a la vez sin quedar paralizados, un exceso de conciencia sobre los mundos que hay más allá de éste sería aún más difícil de asimilar. Si supiésemos más de lo que sabemos sobre los reinos espirituales, la vida que tenemos que llevar en la Tierra se tornaría un reto aún más grande de lo que ya es (y con esto no pretendo decir que no debemos ser conscientes de los mundos que hay más allá, sólo que una percepción excesiva de su grandeza e inmensidad nos impediría actuar aquí en la Tierra). Si hablamos sobre el propósito (y ahora creo que no hay nada en el universo que no lo tenga), el hecho de tomar las decisiones correctas frente al mal y la injusticia en la Tierra sería menos significativo si recordáramos toda la belleza y la luz de lo que nos espera cuando salgamos de aquí.

¿Por qué estoy tan seguro de todo esto? Por dos razones. La primera es que me lo enseñaron (los seres que me acompañaron cuando estaba en el Portal y el Núcleo) y la segunda es que lo he experimentado en mis propias carnes. Mientras estaba fuera de mi cuerpo recibí una información sobre la naturaleza y la estructura del universo que excedía por mucho mi capacidad de comprensión. Pero la recibí de todas maneras, en gran

parte porque, como mis preocupaciones mundanas no interferían, podía hacerlo. Ahora que vuelvo a estar en la Tierra y he recordado mi identidad corporal, la semilla del conocimiento ultraterreno ha vuelto a quedar cubierta. Pero, sin embargo, sigue allí. Puedo sentirla en todo momento. En este entorno terrenal tardará años en dar fruto. Es decir, que a mi cerebro mortal, material, le costará años comprender lo que entendí al instante en los reinos no cerebrales del mundo del más allá. Pero tengo la seguridad de que si trabajo diligentemente para conseguirlo, gran parte de ese conocimiento acabará por ver la luz en mi cabeza.

Decir que aún existe un abismo entre la comprensión científica del universo y lo que yo vi sería quedarse muy, muy corto. Sigo siendo un apasionado de la física y la cosmología, sigue gustándome estudiar nuestro vasto y maravilloso universo. Sólo que ahora poseo una visión más amplia de lo que significan en este contexto los términos «vasto» y «maravilloso». El lado físico del universo es como una mota de polvo en comparación con su lado invisible y espiritual. En mi antigua concepción, «espiritual» es una palabra que nunca hubiese utilizado en el transcurso de una conversación científica. Pero ahora creo que es un término que no podemos descartar.

Desde el Núcleo, mi comprensión de lo que llamamos «energía oscura» y «materia oscura» parecía tener una explicación muy clara, así como otros elementos avanzados de la constitución del universo que los humanos tardarán eones en conocer.

Pero esto no quiere decir que pueda explicártelos. Ello se debe a que, paradójicamente, aún estoy sumido en el proceso de su entendimiento. Puede que el mejor modo de transmitir esa parte de mi experiencia sea decir que pude probar un pequeño anticipo de otra forma de conocimiento más grande: una forma de conocimiento a la que, según creo, los seres humanos accederán cada vez más en el futuro. Pero tratar de transmitir ahora ese conocimiento sería algo así como si un chimpancé se convirtiese durante un día en ser humano, experimentase todas las maravillas del conocimiento humano y luego regresase con sus amigos primates y tratase de explicarles cómo es conocer varias lenguas de procedencias diversas, el cálculo y las inmensas dimensiones del universo.

Allí arriba, cuando aparecía una pregunta en mi mente, lo hacía acompañada por la respuesta, como una flor que se abriese a su lado. Era como si, del mismo modo que todas las partículas del universo físico están realmente conectadas entre sí, no pudiera existir una pregunta sin su

respuesta correspondiente. Y no eran sencillos «sí» o «no». Eran enormes edificios conceptuales, estructuras asombrosas de pensamiento vivo, tan complejas como ciudades. Ideas tan vastas que, para aprehender cualquiera de ellas sólo con el pensamiento terrenal, habría tardado una vida entera. Por suerte, no era lo que yo estaba utilizando. Me había desembarazado de él como una mariposa que brota de su crisálida.

Vi la Tierra como una mota azul pálido en la inmensa negrura del espacio físico. Pude constatar que era un lugar en el que se entremezclaban el bien y el mal, lo que constituía una de sus características únicas. Incluso en la Tierra hay mucho más bien que mal, pero es un lugar en el que se permite que el mal adquiera influencia de un modo que sería completamente impensable en los niveles superiores de la existencia. El hecho de que a veces triunfase era algo conocido y permitido por el Creador, como necesaria consecuencia del libre albedrío que había concedido a seres como nosotros.

Por todo el universo flotaban dispersas pequeñas partículas de mal, pero la suma total de él era como un grano de arena en una playa enorme, comparado con la bondad, la abundancia, la esperanza y el amor incondicional de los que, en esencia, está el universo

impregnado. El auténtico tejido que conforma esa dimensión alternativa está hecho de amor y aceptación y cualquier cosa que no posea estas cualidades parece en aquellos reinos completamente fuera de lugar.

Pero el libre albedrío conlleva el riesgo de alejarse de esta fuente de amor y aceptación. Somos seres libres; pero a nuestro alrededor, el entorno conspira para hacernos sentir lo contrario. El libre albedrío es fundamental para nuestra existencia en el reino terrenal: una existencia que, descubriremos algún día, sirve a un fin mucho más importante, el de permitir nuestro ascenso en la dimensión alternativa, ajena al tiempo. Nuestra vida aquí abajo puede parecer insignificante porque es minúscula en relación con las otras vidas y con los otros mundos que pueblan incontables los universos visibles e invisibles. Pero también es de una importancia mayúscula, porque nos permite crecer hacia lo divino y ese crecimiento es objeto de estrecha vigilancia por parte de los seres de los mundos superiores, las almas y los orbes esplendentes (aquellos seres que vi sobrevolarme en el Portal y que, según creo, constituyen el origen del concepto cultural de los ángeles).

Nosotros —los seres espirituales que habitamos en nuestros cuerpos y cerebros mortales y evolucionados,

producto de la Tierra y de sus exigencias— somos los que tomamos las auténticas decisiones. El auténtico pensamiento no es obra del cerebro. Pero nos han acostumbrado de tal modo —en parte por el propio cerebro— a asociar nuestro cerebro a lo que pensamos y a nuestra identidad que hemos perdido la capacidad de comprender que, en todo momento, somos algo mucho más grande que nuestros cerebros y cuerpos físicos (que a fin de cuentas hacen —o deberían hacer— nuestra voluntad).

El verdadero pensamiento es algo anterior a lo físico. Es el «pensamiento-anterior-al-pensamiento» responsable de todas las decisiones que tomamos en el mundo. Un pensamiento que no es lineal, deductivo, sino que se mueve veloz como el rayo y puede realizar y combinar conexiones a distintos niveles. Comparado con esta inteligencia libre e interior, nuestro raciocinio ordinario es irremisiblemente torpe y lento. El superior es el pensamiento que remata la jugada, el que crea la idea científica inspirada o la hermosa canción. El pensamiento subliminal que está siempre ahí, cuando realmente lo necesitamos, pero en el que, por desgracia, hemos perdido la capacidad de creer y acceder. Huelga decir que fue ese mismo pensamiento el que entró en acción aquella tarde de paracaidismo, cuando el paracaídas de Chuck se abrió

de repente debajo de mí.

Experimentar el pensamiento más allá del cerebro es como entrar en un mundo de conexiones instantáneas que convierte los procesos mentales normales (esto es, los que están limitados por el cerebro físico y la velocidad de la luz) en algo desesperadamente lento y pesado. Nuestro auténtico yo, el más profundo, es totalmente libre. No es presa de acciones pasadas y no se preocupa por la identidad ni por el estatus. Comprende que no hay nada que temer en el mundo terreno y que, por tanto, no necesita fama, riqueza o conquistas para crecer.

Es nuestro auténtico yo espiritual, que todos estamos destinados a recuperar algún día. Pero creo que hasta que llegue ese día, todos deberíamos hacer cuanto esté en nuestra mano por ponernos en contacto con esa parte milagrosa de nosotros mismos, a fin de cultivarla y sacarla a la luz. Porque es un ser que está dentro de nosotros mismos ahora mismo y, de hecho, es el ser que Dios espera que seamos.

¿Cómo podemos acercarnos más a nuestro yo espiritual genuino? Manifestando amor y compasión. ¿Por qué? Porque el amor y la compasión no son las abstracciones que mucha gente cree. Son cosas reales. Concretas. Y conforman el mismo tejido del reino

espiritual.

Para volver a ese reino, debemos volvernos de nuevo como él, aunque estemos atrapados en éste y tengamos que caminar pesadamente por su superficie.

Uno de los mayores errores que comete la gente al pensar en Dios es concebirlo como un ser impersonal. Sí, Dios excede toda medida, es la perfección del universo que la ciencia intenta a duras penas medir y comprender. Sin embargo —de nuevo paradójicamente—, Om también es «humano», incluso más que tú y yo. Om comprende nuestra situación y siente por ella una simpatía más profunda y personal de la que podemos imaginar, porque sabe lo que hemos olvidado y comprende la terrible carga que supone vivir en la amnesia de lo Divino aunque sea un simple momento.

EL POZO

Holley conoció a nuestra amiga Sylvia en los ochenta, cuando ambas impartían clases en la escuela Ravenscroft de Raleigh, Carolina del Norte. Por aquel entonces, mi mujer también era muy amiga de Susan Reintjes. Susan es una persona dotada de ciertas capacidades de percepción... algo que nunca me impidió apreciarla. Siempre supe que era una persona muy especial, aunque lo que hacía no encajase demasiado bien en la manera de pensar racional y práctica que tenía el neurocirujano que era yo en ese momento. Además, era un canal de transmisión y había escrito un libro llamado *Third Eye Open*, del que Holley era una fan declarada. Una de las actividades de curación espiritual que Susan desarrollaba con regularidad era ayudar a pacientes en coma a recuperarse entrando en contacto físico con ellos. El jueves, cuarto día de mi coma, a Sylvia se le ocurrió pedirle que me ayudase.

La llamó a su casa de Chapel Hill y le explicó lo que me estaba pasando. ¿Sería posible que «contactara»

conmigo? Ella respondió que sí y pidió que le explicaran a grandes rasgos lo que me pasaba. Sylvia lo hizo: llevaba cuatro días en coma y mi condición era muy grave.

—Es todo lo que necesito saber —aseveró—. Intentaré contactar con él esta noche.

Desde el punto de vista de Susan, un paciente en coma es algo así como un ser que se encuentra en un espacio intermedio. No está ni totalmente aquí (en el reino de lo terrenal) ni totalmente allí (en el de lo espiritual). A menudo, los pacientes en coma parecen rodeados por una atmósfera singularmente misteriosa. Como ya he dicho, es un fenómeno en el que yo mismo había reparado muchas veces aunque, como es natural, nunca le había atribuido la misma naturaleza sobrenatural que ella.

En la experiencia de Susan, una de las cualidades que distinguen a los pacientes de coma es su receptividad a la comunicación telepática. Tenía confianza en que cuando entrase en estado de meditación, no tardaría en establecer contacto.

—Comunicarse con un paciente en coma —me diría más adelante— es algo así como sondear un pozo con una cuerda. La profundidad que debe alcanzar la cuerda depende de la del estado comatoso. Cuando traté de ponerme en contacto contigo, lo primero que me

sorprendió fue lo abajo que llegaba la cuerda. Cuanto más bajaba, más me asustaba. Porque sabía que si te habías alejado tanto que no podía alcanzarse, ya no querías regresar.

Tras cinco minutos de descenso mental por medio de su «cuerda» telepática, sintió un leve tirón, como el que sufre la caña de un pescador.

—Supe inmediatamente que eras tú —me contó posteriormente— y así se lo dije a Holley. Le dije que aún no había llegado tu momento, pero que tu cuerpo sabía lo que debía hacer. Le sugerí que mantuviera esas dos ideas en la cabeza y te las repitiese cuando estuviese sentada al pie de tu cama.

N DE 1

El jueves, los médicos determinaron que la cepa de *E. coli* que me había infectado no se correspondía con la variante ultrarresistente que, inexplicablemente, había aparecido en Israel coincidiendo con mi estancia allí. Pero el hecho de que no fuese la misma hacía que mi caso fuese aún más sorprendente, si cabe. Aunque el hecho de que no albergase una variante de una bacteria que podía matar a una tercera parte del país era una buena noticia, por lo que a mi recuperación se refiere suponía algo que los médicos sospechaban cada vez más: que, en esencia, el mío era un caso sin precedentes. Y además, que estaba pasando a toda velocidad de ser un desesperado a un caso perdido. Simplemente, no sabían cómo podía haber contraído la enfermedad ni cómo iba a recuperarme del coma. Sólo estaban seguros de una cosa: nadie que haya pasado en coma por meningitis bacteriana más de unos pocos días llega a recuperarse por completo. Yo llevaba cuatro.

El estrés estaba empezando a pasarle factura a todo el

mundo. El martes, Phyllis y Betsy habían decidido que mencionar la posibilidad de mi muerte estaría prohibido en mi presencia, por si alguna parte de mí era consciente. A primera hora de la mañana del jueves, Jean preguntó a una de las enfermeras de la UCI por mis probabilidades de recuperación. Betsy la oyó desde el otro lado de mi cama y rogó:

—Por favor, no habléis de eso aquí.

Jean y yo siempre habíamos estado muy unidos. Formábamos parte de la familia, igual que nuestros hermanos «naturales», pero el hecho de que a nosotros nos hubieran «escogido» mamá y papá (tal como ellos mismos lo expresaban) creaba inevitablemente un vínculo especial entre los dos. Ella siempre había cuidado de mí y la frustración que le provocaba la impotencia en la que se encontraba amenazaba con hacer que se viniese abajo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Tengo que irme a casa un rato —anunció.

Tras confirmar que había gente de sobra para continuar velándome, todos los presentes convinieron en que seguramente a las enfermeras les encantaría tener una persona menos en medio.

Jean volvió a nuestra casa, recogió su equipaje y regresó a Delaware aquella tarde. Su marcha fue la

primera expresión palpable de una emoción que toda la familia estaba empezando a experimentar: impotencia. Hay pocas experiencias más frustrantes que ver a un ser querido en estado comatoso. Quieres ayudarlo, pero no puedes. Muchas veces, los familiares de los pacientes comatosos llegan a abrirles los ojos a sus seres queridos. Es un intento de forzar las cosas, de ordenar al paciente que despierte. Lógicamente no sirve de nada y es más, puede llegar a agravar su situación de desesperación. Los pacientes sumidos en un coma profundo pierden la coordinación de ojos y pupilas. Si levantas el párpado de uno de ellos, lo más probable es que te encuentres con que un ojo apunta en una dirección y el otro en otra. Es una imagen perturbadora y durante aquella semana, cada vez que Holley me abrió los ojos y se encontró con lo que, en esencia, eran los globos oculares de un cadáver, únicamente consiguió aumentar el dolor que sentía.

Con la marcha de Jean, las cosas comenzaron a venirse abajo. Phyllis empezó a exhibir un comportamiento que yo había visto incontables veces en los familiares de mis propios pacientes. Se dedicó a descargar su frustración sobre los médicos.

—¿Por qué no nos dan más información? —les preguntaba, furiosa—. Estoy segura de que si Eben

estuviese aquí, nos contaría lo que está pasando de verdad.

Pero el hecho era que los médicos hacían sin lugar a dudas todo lo que podían por mí. Phyllis, claro está, lo sabía. Pero, simplemente, el dolor y la frustración por mi estado estaban pudiendo con mis seres queridos.

El martes, mi esposa había llamado al doctor Jay Loeffler, mi antiguo compañero en el desarrollo del programa de radiocirugía estereostática del hospital Brigham & Women's de Boston. Jay era el jefe de oncología radioterápica del hospital general de Massachusetts y ella pensó que podría darnos algunas respuestas.

Cuando comenzó a describirle mi estado, Jay pensó que debía de estar confundiéndose. Lo que le estaba contando era, en esencia, imposible. Pero cuando Holley consiguió convencerlo de que realmente estaba en un coma producido por un caso raro de meningitis bacteriana por *E. coli* cuyos orígenes nadie lograba explicarse, comenzó a llamar a especialistas en enfermedades infecciosas de todo el país. Ninguno de los médicos con los que contactó había oído hablar de un caso como el mío. Repasó la literatura médica hasta el año 1991 y no pudo encontrar ni un solo caso de meningitis por *E. coli*.

en un adulto que no viniese precedido por una operación de neurocirugía reciente.

A partir del martes, Jay llamaba al menos una vez al día para que Phyllis o Holley le contasen cómo estaba y para ponerles al corriente del resultado de sus investigaciones. Steve Tatter, otro buen amigo y neurocirujano, telefoneaba también a diario para ofrecer su consejo y su apoyo. Pero día tras día, la única revelación que se confirmaba era que mi caso era único en la historia de la ciencia médica. Los casos de meningitis bacteriana espontánea por *E. coli* son muy raros en adultos. En todo el mundo, menos de una persona de cada diez millones la contrae anualmente.

Y como todas las variedades de meningitis bacteriana gram negativa, es muy agresiva. Tanto, que de toda la gente a la que ataca, más del 90 por ciento de los que sufren un declive neurológico acelerado, como el mío, acaban muriendo. Y esta tasa de mortandad se corresponde al momento del ingreso hospitalario. El devastador 90 por ciento que he mencionado se iba acercando lentamente al ciento por ciento a medida que la semana se prolongaba y mi cuerpo se negaba a responder a los antibióticos. Por lo general, las pocas personas que sobreviven a un caso tan grave como el mío necesitan

cuidados intensivos y constantes durante el resto de sus vidas. Oficialmente, mi estado se describía como «N de 1», un término que se refiere a los estudios médicos en los que hay un solo paciente para todo el ensayo. Sencillamente, no había nadie más con quien los médicos pudieran comparar mi caso.

A partir del miércoles, Holley comenzó a llevar al hospital todos los días a Bond después de la escuela. Pero el viernes comenzó a preguntarse si no sería peor el remedio que la enfermedad. Al principio de la semana, aún me movía de vez en cuando. Mi cuerpo comenzaba a agitarse de manera violenta. Una enfermera me daba un masaje en la cabeza y me administraba más sedantes, hasta que finalmente terminaba por calmarme. Eran situaciones confusas y dolorosas para un niño de diez años. Ya era bastante malo tener que mirar un cuerpo que había dejado de parecerse a su padre, pero encima presenciar cómo sucumbía a una serie de extraños espasmos mecánicos resultaba devastador. Cada día que pasaba me alejaba más de la persona que él conocía y me convertía más en un cuerpo irreconocible postrado en una cama: un gemelo cruel y extraño del padre que siempre había tenido.

Hacia finales de la semana, aquellos estallidos

ocasionales de actividad motriz cesaron casi por completo. Dejé de necesitar sedación, porque el movimiento —hasta los más automáticos, provocados por los reflejos más primitivos del tallo cerebral y la médula espinal—, insisto, cesó casi por completo.

Cada vez llamaban más familiares para preguntar si debían acudir. El jueves ya se había decidido que era mejor que no. Ya había demasiado revuelo en la UCI. Las enfermeras sugirieron en términos muy claros que mi cuerpo necesitaba descanso: cuanto más tranquilidad hubiese, mejor.

También se produjo un cambio perceptible en el tono de las llamadas de teléfono. Estaban pasando sutilmente de esperanzadas a resignadas. A veces, al mirar a su alrededor, Holley tenía la sensación de que ya me había perdido.

La tarde del jueves llamaron a la puerta de Michael Sullivan. Era su secretaria en la iglesia episcopaliana de San Juan.

—Lo llaman del hospital —le informó—. Una de las enfermeras que se ocupa de Eben quiere hablar con usted. Dice que es urgente.

Michael cogió el teléfono.

—Michael —le dijo la enfermera—, tienes que venir

cuanto antes. Eben está muriéndose.

Como pastor, Michael ya había pasado otras veces por situaciones parecidas. Los pastores presencian la muerte y la devastación que deja tras de sí casi con tanta frecuencia como los médicos. Aun así, Michael quedó estupefacto al oír la palabra «muriéndose» utilizada en referencia a mí. Llamó a su esposa Page y le pidió que rezase, tanto por mí como por él, para que Dios le enviara fuerzas para estar a la altura de las circunstancias. Entonces, bajo un chaparrón helado y con los ojos llenos de lágrimas, condujo hasta el centro hospitalario.

Cuando llegó a mi habitación, la escena seguía siendo más o menos la misma que en su última visita. Phyllis estaba sentada a mi lado, sujetándome la mano, como habían estado haciendo sin descanso desde su llegada, el lunes por la noche. Mi pecho subía y bajaba veinte veces por minuto, impulsado por el respirador, y la enfermera de la UCI realizaba silenciosamente sus tareas rutinarias, caminando entre las máquinas que rodeaban mi cama y anotando las lecturas.

En ese momento entró otra enfermera y Michael le preguntó si era ella la que había llamado a su secretaria.

—No —respondió ésta—. Llevo aquí toda la mañana y su condición no ha cambiado apenas desde anoche. No

sé quién le ha llamado.

A las once, Holley, mi madre, Phyllis y Betsy estaban en la habitación. Michael sugirió que rezaran. Todos los presentes, incluidas las dos enfermeras, se cogieron de las manos alrededor de la cama y Michael elevó una sentida plegaria por mi recuperación:

—Señor, devuélvenos a Eben. Sé que puedes hacerlo.

Nadie de los presentes había llamado a Michael. Pero al margen de la identidad del responsable, fue una suerte que lo hiciese. Porque las plegarias que llegaban hasta mí desde el mundo inferior —el mundo del que procedía— estaban empezando a abrirse paso.

OLVIDAR Y RECORDAR

Mi conciencia se había expandido. Tanto, que parecía abarcar todo el universo. ¿Alguna vez has escuchado una canción en una emisora de radio llena de estática? Acabas acostumbrándote a ello. Entonces, alguien mueve el indicador del dial y oyes la misma canción con total claridad. ¿Cómo podías no darte cuenta de lo apagada, lo lejana, lo absolutamente poco fiel al original que era?

Pues así es como funciona la mente. Los humanos estamos hechos para adaptarnos. Yo había explicado incontables veces a mis pacientes que esta o aquella molestia se aminoraría, o al menos parecería hacerlo, a medida que su cuerpo y su cerebro se adaptasen a su nueva situación. Cuando algo se prolonga durante el tiempo suficiente, el cerebro aprende a ignorarlo, a funcionar como si no estuviera o a tratarlo como algo normal.

Pero la conciencia limitada que tenemos en la Tierra dista mucho de ser algo normal, como estaba constatando yo al adentrarme cada vez más, hasta el mismísimo

corazón del Núcleo. Seguía sin recordar nada sobre mi pasado terrenal, pero ello no me disminuía en modo alguno. Aunque había olvidado mi vida aquí abajo, sí recordaba quién era, real y verdaderamente, allí fuera. Era un ciudadano de un universo asombroso por su inmensidad y complejidad y gobernado totalmente por el amor.

De un modo casi increíble, todo lo que estaba descubriendo más allá de mi cuerpo se correspondía a la perfección con las lecciones que había aprendido apenas un año antes, al reanudar el contacto con mi familia biológica. En última instancia, ninguno de nosotros es huérfano. Todos estamos en la posición en la que estaba yo, en el sentido de que tenemos otra familia: seres que nos protegen y se preocupan por nosotros, seres a los que hemos olvidado momentáneamente, pero que están esperando para ayudarnos en nuestro tránsito por la Tierra si nos abrimos a ellos. No hay nadie que no sea objeto de amor en todo momento. A todos nos conoce y nos ama profundamente un Creador cuya capacidad de protección y cariño supera nuestra capacidad de comprensión. Y ésta es una verdad que no debe seguir en secreto.

NINGÚN SITIO DONDE ESCONDERSE

El viernes, mi cuerpo llevaba cuatro días enteros con dosis triples de antibióticos intravenosos pero seguía sin responder. Habían acudido al hospital familiares y amigos de todo el país y los que no se habían presentado en persona habían formado grupos de plegaria en sus parroquias. Mi cuñada Peggy y la amiga de Holley, Sylvia, llegaron aquella tarde.

Mi esposa las recibió con toda la alegría posible, dadas las circunstancias. Betsy y Phyllis seguían aferradas a la idea de que me pondría bien: estaban decididas a mantener una actitud positiva a toda costa. Pero cada día que pasaba se hacía más difícil de creer. Hasta Betsy empezaba a preguntarse si la orden de reprimir toda expresión de negatividad en aquella sala no supondría en cierto modo darle la espalda a la realidad.

—¿Crees que Eben haría esto por nosotras, si la cosa fuese al revés? —le preguntó Phyllis aquella mañana,

después de otra noche casi insomne.

—¿A qué te refieres? —preguntó mi otra hermana.

—A que si se pasaría todo el rato aquí, en la UCI, con nosotras.

La respuesta de Betsy, absolutamente hermosa y sencilla, adoptó la forma de una pregunta:

—¿Hay algún otro sitio del mundo donde concibes estar en este momento?

Ambas coincidieron en que, aunque habría estado allí al instante si me necesitaban, resultaba muy, muy difícil imaginarme sentado en un mismo sitio durante horas y horas.

—Nunca nos pareció una obligación o algo que había que hacer. Era el sitio en el que teníamos que estar —me confesaría Phyllis posteriormente.

Lo que más perturbaba a Sylvia era que mis manos y mis pies estaban empezando a doblarse, como las hojas de una planta sin agua. Esto es algo normal en las víctimas de infartos o comas y se debe a que los músculos dominantes de las extremidades comienzan a contraerse. Pero nunca es una imagen fácil de contemplar para los familiares y seres queridos. Al verlo, Sylvia tenía que hacer esfuerzos conscientes para permanecer fiel a lo que le decía la intuición. Pero lo cierto es que cada vez le resultaba más

complicado.

Holley se culpaba cada vez más por lo ocurrido (si hubiera subido antes al piso de arriba, si esto, si aquello...) y todo el mundo se esforzaba mucho por convencerla de que no debía hacerlo.

A esas alturas, todos sabían que aunque saliese de aquello, el resultado tampoco podría definirse como recuperación. Necesitaría al menos tres meses de rehabilitación intensiva, sufriría problemas crónicos en el habla (si es que conservaba capacidad cerebral suficiente como para hablar) y requeriría los cuidados de una enfermera durante el resto de mi vida. Ése era el mejor de los escenarios posibles y por espantoso que pueda parecer, era algo que, de alguna manera, pertenecía ya al reino de la fantasía. Las probabilidades de que terminase así de bien se reducían a cada momento, hasta el punto de que ya eran prácticamente nulas.

A Bond le habían ocultado la auténtica gravedad de mi estado. Pero el viernes, durante su visita al hospital después de clase, oyó a uno de los médicos contarle a su madre lo que ella ya sabía. Era hora de afrontar los hechos. Prácticamente no quedaba margen para la esperanza. Aquella tarde, cuando tenía que irse a casa, Bond se negó a salir de mi cuarto. La rutina que habíamos

establecido era permitir la presencia de sólo dos personas en la sala, para que los médicos y las enfermeras pudieran trabajar. Alrededor de las seis de la tarde, Holley sugirió con delicadeza que era hora de irse a casa a dormir. Pero mi hijo pequeño se negó a levantarse de la silla y siguió con su dibujo de la batalla entre los glóbulos blancos y las tropas invasoras del *E. coli*.

—De todos modos tampoco sabe que estoy aquí —respondió en un tono que era en parte de resentimiento y en parte de súplica—. ¿Por qué no puedo quedarme?

Así que, durante el resto de la noche, todos se turnaron para entrar de uno en uno, a fin de que Bond pudiera seguir allí.

Pero a la mañana siguiente —el sábado—, el pequeño revirtió su posición. Por primera vez en toda la semana, cuando Holley asomó la cabeza en su cuarto para despertarlo, dijo que no quería ir al hospital.

—¿Por qué no? —le preguntó ésta.

—Porque tengo miedo —respondió el niño.

Una afirmación sincera que habría servido para cualquiera de los demás.

Holley bajó a la cocina unos minutos. Luego volvió a subir y le preguntó si estaba seguro de que no quería ir a verme.

La miró fijamente y en silencio durante un momento.

—Vale —accedió al fin.

El sábado transcurrió con la vigilia alrededor de mi cama y entre conversaciones alentadoras mantenidas por mi familia y los médicos. Parecía un intento no demasiado entusiasta de mantener viva la esperanza. Todos estaban cada vez más cansados. Aquella noche, tras llevar a nuestra madre a su hotel, Phyllis paró en nuestra casa. La oscuridad era completa y no se veía una sola luz en las ventanas y al avanzar entre el barro de la entrada le costó no salirse del camino. Llevaba ya cinco días lloviendo sin parar, desde la tarde de mi ingreso en la UCI. Chaparrones incesantes como ése son muy raros en las colinas de Virginia, donde los meses de noviembre suelen ser fríos, despejados y soleados, como había sido el domingo antes de mi ataque. Parecía que hubiese transcurrido una eternidad desde aquello y que la lluvia se prolongase desde hacía siglos. ¿Cuándo iba a terminar?

Phyllis abrió la puerta y encendió las luces. Desde el comienzo de la semana, los vecinos habían estado pasando por allí para llevarles algo de comer y, aunque seguían haciéndolo, la atmósfera entre esperanzada y preocupada que presidía aquellos actos de auxilio se estaba tornando cada vez más lúgubre y desesperada.

Nuestros amigos sabían, al igual que nuestra familia, que la hora de la esperanza estaba tocando a su fin.

Por un momento, Phyllis pensó en encender el fuego, pero a aquel pensamiento le siguió al instante otro, sin pretenderlo ella: ¿para qué? De repente, se sentía más cansada y deprimida que nunca. Entró en el estudio, con sus paredes forradas de madera, se tendió en el sofá y se quedó dormida.

Media hora más tarde llegaron Sylvia y Peggy, y al ver que se había quedado dormida en el estudio lo cruzaron de puntillas. Sylvia bajó hasta el sótano y descubrió que alguien se había dejado abierta la puerta del congelador. Se había formado un charco de agua sobre el suelo y la comida estaba empezando a descongelarse, incluidos varios filetes estupendos.

Cuando Sylvia le contó a mi cuñada lo sucedido, decidieron sacarle el mejor partido a la situación. Llamaron al resto de la familia y a unos cuantos amigos y luego se pusieron a cocinar. Mi hermana salió a comprar unas cuantas cosas y de este modo prepararon un improvisado banquete. Al poco, Betsy, su hija Kate y su marido Robbie se reunieron con ellas y con Bond. La conversación estuvo presidida por un cierto nerviosismo y por una renuencia generalizada a tocar de frente el tema

que estaba en la mente de todos: que probablemente yo — el ausente invitado de honor— nunca volvería a aquella casa.

Holley había regresado al hospital para continuar con la incesante vigilia. Se sentó en la cama, me cogió de la mano y continuó repitiendo el mantra que le había sugerido Susan Reintjes. Y no sólo eso, sino que se obligó a centrarse en el significado de las palabras mientras las decía, para seguir creyendo en el fondo de su corazón que eran ciertas.

—Recibe las plegarias.

»Has curado a otros. Ahora te toca a ti ser curado.

»Mucha gente te quiere.

»Tu cuerpo sabe lo que debe hacer. Aún no te ha llegado la hora.

EL CIERRE

Cada vez que volvía a encontrarme en el despacible paraje del Reino de la perspectiva del gusano, volvía a recordar la brillante Melodía giratoria, lo que reabría la puerta al Portal y al Núcleo. Pasé grandes períodos de tiempo —que, paradójicamente, se me antojaban atemporales— en presencia de mi ángel guardián, sobre el ala de la mariposa, y una eternidad aprendiendo las lecciones del Creador y del Orbe de la luz, en las profundidades del Núcleo.

En un momento dado, al llegar al borde del Portal, descubrí que no podía volver a entrar. La Melodía giratoria —hasta entonces mi billete de entrada a aquellas regiones— me impedía el paso. Las puertas del Cielo se habían cerrado.

Una vez más, me resulta muy complicado describir mis sensaciones por culpa de las limitaciones del lenguaje lineal a las que debemos someter todo aquí en la Tierra y al proceso general de aminoramiento de las experiencias que se produce cuando estás dentro de un cuerpo. Piensa

en todas las ocasiones en las que has sufrido una decepción. En cierto sentido, todas las pérdidas que hemos experimentado aquí en la Tierra son variaciones de una pérdida absolutamente central a todo: la del Cielo. El día que se me cerraron sus puertas, sentí un pesar que no había conocido hasta entonces. Las emociones son distintas allí arriba. Todas las que conocemos los humanos están presentes, pero son más profundas y extensivas: no están únicamente dentro de nosotros, sino también fuera. Imagina que cada vez que te cambiase el humor aquí en la Tierra, el tiempo lo manifestase al instante. Que tus lágrimas provocasen una lluvia torrencial o que tu dicha hiciese desaparecer las nubes al instante.

Esto te permitirá atisbar el efecto, mucho más vasto e inmediato, que tenían allí arriba los cambios de humor, y te hará comprender que, por extraño que pueda parecer, nuestros conceptos de lo «interior» y lo «exterior» no existen en realidad.

Allí estaba yo, con el corazón roto, hundido en un océano de creciente pesar, en unas tinieblas que al mismo tiempo venían acompañadas por un movimiento de hundimiento.

Atravesé enormes muros de nubes. Oía unos murmullos a mi alrededor, pero no alcanzaba a

comprender las palabras. Entonces fui consciente de que me rodeaba una hueste de seres incontables, arrodillados en grandes arcos que se perdían en la distancia. Al recordarlo ahora, me doy cuenta de lo que estaba haciendo aquella jerarquía de seres, medio atisbados, medio invisibles, dispersados por toda la oscuridad por encima y por debajo de mis pies.

Estaban rezando por mí.

Dos de las caras que recordaría más adelante eran las de Michael Sullivan y su esposa Page. Recuerdo haberlas visto sólo de perfil, pero las identifiqué con toda claridad a mi regreso, cuando recuperé el habla. Michael había estado físicamente en la UCI varias veces, para organizar oraciones, pero Page no (aunque también había rezado por mí).

Aquellas plegarias me llenaron de energía. Probablemente por eso, a pesar de la profunda tristeza que experimentaba, algo en mí comenzó a tener la extraña certeza de que todo saldría bien. Aquellos seres sabían que yo estaba experimentando una transición y estaban rezando y cantando para que no me desanimara. Me había adentrado en lo desconocido, pero a esas alturas tenía una fe y una confianza totales en que cuidarían de mí, tal como me habían prometido mi acompañante sobre el ala de la

mariposa y la Deidad infinitamente amorosa: allá donde fuese, el Cielo vendría conmigo. Lo haría en la forma del Creador, de Om, y también en la del ángel —mi ángel—, la chica del ala de la mariposa.

Había emprendido el camino de regreso, pero no estaba solo... y sabía que nunca volvería a sentirme solo.

EL ARCOÍRIS

Cuando lo hemos rememorado más adelante, Phyllis me ha contado que la cosa que más recuerda sobre aquella semana es la lluvia. Una lluvia fría e intensa, vertida por unas nubes bajas que nunca se abrían ni dejaban asomar el sol. Pero aquella mañana de domingo, al dejar el coche en el aparcamiento, sucedió algo extraño. Acababa de leer un mensaje de texto enviado por uno de los grupos de plegaria de Boston en el que se decía «Esperad un milagro». Mientras se preguntaba qué clase de milagro cabía esperar ya, ayudó a nuestra madre a salir del coche y ambas comentaron que la lluvia había cesado. Al este, el sol lanzaba sus rayos por una grieta abierta entre el manto de nubarrones e iluminaba con ellos tanto las preciosas y ancestrales montañas del oeste como los propios nubarrones, cuya tonalidad grisácea quedaba cubierta por un tinte dorado. Y entonces, al dirigir la mirada hacia los distantes picos, al otro lado de donde comenzaba a ascender aquel sol de mediados de noviembre, lo vio.

Un arcoíris perfecto.

Sylvia llegó al hospital con Holley y Bond, para una reunión con el jefe de mi equipo médico, Scott Wade. Él también era un amigo y vecino nuestro y en esos días se enfrentaba a la peor decisión que debe afrontar un facultativo que se enfrenta a enfermedades mortales. Cuanto más permaneciese en coma, más aumentaban las probabilidades de que pasase el resto de mi vida en un «estado vegetativo permanente». Como era muy probable que la meningitis acabase conmigo si dejaban de administrarme los antibióticos, puede que lo más humano fuese precisamente eso, dejar que la naturaleza siguiera su curso en lugar de continuar con un tratamiento que no lograría esquivar el destino que parecía aguardarme: un coma permanente. La meningitis apenas había respondido a los fármacos, así que corrían el riesgo de que, aunque lograsen erradicarla al fin, me pasase meses o incluso años como un cuerpo tan inerte como vital había sido en el pasado, sin nada parecido a algo que pudiera llamarse vida.

—Siéntense —dijo el doctor Wade a Sylvia y a Holley en un tono que era amable pero también inconfundiblemente lúgubre—. Tanto el doctor Brennan como yo hemos consultado a especialistas de Duke, de la Universidad de Virginia y de la Facultad de Medicina

Bowman Gray y tengo que decirles que todos están de acuerdo en que la situación no tiene buen aspecto. Si Eben no da señales de mejora significativas en las próximas doce horas, seguramente recomendamos la retirada de los antibióticos. Una semana en coma con una meningitis bacteriana grave supera los límites razonables para albergar expectativas de recuperación. En tales circunstancias, tal vez sería mejor dejar que la naturaleza siga su curso.

—Pero ayer vi que se le movían los párpados —protestó mi esposa—. De verdad, se movieron. Como si estuviera intentando abrir los ojos. Estoy segura de ello.

—No lo pongo en duda —replicó el doctor Wade—. Además, la presencia de los glóbulos blancos en su sangre ha descendido. Ésa es una buena noticia y por nada en el mundo me atrevería a sugerir lo contrario. Pero tienes que ver la situación en su contexto. Hemos reducido considerablemente la sedación de Eben y a estas alturas sus exámenes neurológicos deberían mostrar más actividad de la que muestran. Las zonas inferiores del cerebro funcionan de manera parcial, pero lo que nos interesa son las funciones superiores y me temo que ésas están del todo ausentes. En la mayoría de los pacientes en coma, con el paso del tiempo se producen ciertos indicios

de mejora del nivel de alerta. Sus cuerpos hacen cosas que sugieren que están despertando. Pero no es así. Simplemente, el tallo cerebral se adentra en un estado conocido como coma vigilia, una especie de fase de transición en la que pueden permanecer durante meses o años. Es probable que ésa sea la causa del movimiento de los párpados. He de recalcar de nuevo que siete días es muchísimo tiempo para un coma por meningitis bacteriana.

El doctor Wade estaba utilizando todas aquellas explicaciones tan enrevesadas en un intento por aliviar el impacto de una noticia que podría haber transmitido en una sola y única frase: era hora de dejar morir a mi cuerpo.

SEIS CARAS

Cuanto más descendía, más caras brotaban del lodo, como siempre había sucedido cuando me encontraba en el Reino de la perspectiva del gusano. Pero esta vez había algo distinto en ellas. Ahora eran humanas, no animales.

Y decían cosas, que yo podía oír con toda claridad.

No es que pudiera entenderlas. La situación se parecía un poco a las antiguas tiras cómicas de Charlie Brown, en las que cuando hablan los adultos sólo se oye un galimatías indescifrable. Más tarde, al recordarlo, me he dado cuenta de que podía reconocer seis de las caras que vi. Estaba Sylvia y Holley y su hermana Peggy. También Scott Wade y Susan Reintjes. De todas ellas, la única que no había estado físicamente presente junto a mi cama en aquellas últimas horas era Susan. Pero a su manera también había estado allí, puesto que aquella noche, al igual que la noche anterior, se había sentado en su casa de Chapel Hill y me había transmitido toda su fuerza de voluntad.

Más tarde, cuando recordé todo esto, me intrigó el

hecho de que mi madre Betty y mis hermanas, que habían pasado allí toda la semana, sujetándome la mano durante horas interminables, no estuviesen entre las caras que vi. Mamá había sufrido una fisura por estrés en el pie y tenía que usar un andador para caminar, pero, aun así, había participado en mi vela como la que más. Phyllis, Betsy y Jean también habían estado allí. Entonces, me enteré de que ninguna de ellas había pasado la última noche en el hospital. Los rostros que había visto eran los de las personas que estuvieron presentes durante la séptima mañana de mi coma o la noche antes.

Pero como he dicho, en aquel momento, mientras realizaba mi descenso, no tenía nombres ni identidades que asociar a ninguna de esas caras. Sólo sabía, o percibía, que por alguna razón eran importantes para mí.

Una me atraía más que las demás. Comencé a sentir que tiraba de mí. Con un escalofrío que pareció transmitirse entre la vasta muralla de nubes y las criaturas angelicales entre las que estaba descendiendo, de repente me di cuenta de que los seres del Portal y el Núcleo — seres a los que había conocido y amado, aparentemente, desde el principio de la eternidad— no eran los únicos a los que conocía. También conocía y amaba a otros allí abajo, en el reino hacia el que me estaba precipitando.

Unos seres a los que, hasta aquel preciso instante, había olvidado por completo.

Sucedía así con los seis rostros, pero sobre todo con el sexto de ellos. Me era absolutamente familiar. Con una sensación de asombro rayana en el terror absoluto me percaté de que era alguien que me necesitaba. Alguien que nunca se recuperaría si yo me marchaba. Si lo abandonaba, la sensación de pérdida sería insoportable, como la que me había embargado a mí al encontrarme cerradas las puertas del Cielo. Sería una traición que, sencillamente, no podía cometer.

Hasta entonces había sido libre. Había viajado por los mundos como viajan los auténticos aventureros: sin preocupación alguna por mi suerte. No me importaba lo que pudiera pasarme, porque incluso cuando estaba en el Núcleo, nunca sentí culpa por estar abandonando a alguien allí abajo. Ésta había sido una de las primeras cosa que había aprendido con la chica del ala de la mariposa, cuando me dijo:

«Nada de lo que hagáis puede ser malo».

Pero en esos momentos era distinto. Tanto que, por primera vez durante todo mi viaje, sentí un intenso terror. No por mí, sino por aquellas caras, y sobre todo la sexta. Una cara que aún no podía identificar, pero que sabía

crucialmente importante para mi persona.

El rostro fue cobrando mayor definición, hasta que al fin pude ver que su dueño estaba suplicando que yo volviese, que afrontase el terrible descenso hacia el mundo inferior para volver a su lado. Seguía sin comprender sus palabras, pero de algún modo me transmitieron la idea de que aún había cosas que me ataban al mundo de allí abajo, de que todavía, como suele decirse, «seguía en juego».

Era importante que regresase. Tenía vínculos allí, vínculos que no podía descuidar. Cuanto más claro se tornaba el rostro, más consciente me volvía de ello. Y mejor reconocía el rostro.

El rostro de un niño.

ÚLTIMA NOCHE, PRIMERA MAÑANA

Antes de hablar con el doctor Wade, Holley le dijo a Bond que esperase fuera del despacho, porque temía que fuesen malas noticias. Él fue consciente de ese temor y esperó al otro lado de la puerta, donde pudo oír parte de lo que decía el médico. Lo bastante para comprender cuál era la situación real. Para comprender que su padre, en efecto, no iba a volver. Nunca.

Corrió a mi cuarto y se subió a mi cama. Entre sollozos, me besó la frente y me acarició los hombros. Entonces, me levantó los párpados y me dijo:

—Te vas a poner bien, papá. Te vas a poner bien. —
Siguió repitiéndolo una vez tras otra, creyendo, como sólo puede hacerlo un niño, que si lo decía un número suficiente de veces, al final terminaría por convertirse en realidad.

Mientras tanto, en un despacho al otro lado del pasillo, Holley clavaba una mirada vacía en el espacio,

tratando de asimilar lo mejor posible las palabras del doctor Wade. Finalmente decidió:

—Entonces, lo mejor será que llamemos a Eben a la universidad, para que vuelva.

El doctor Wade no tenía nada que oponer a esta propuesta.

—Sí, creo que es lo mejor.

Mi esposa se acercó al gran ventanal de la sala de reuniones, desde donde se veían las montañas de Virginia, todavía empapadas pero ahora iluminadas por el sol. Sacó el teléfono móvil y marcó el número de Eben.

Mientras lo hacía, Sylvia se levantó de su silla.

—Holley, espera un minuto —le indicó—. Déjame que vaya a verlo una vez más.

Entró en la UCI y se sentó en la cama, junto a Bond, que seguía acariciándome la mano pero ya en silencio. Me apoyó una mano sobre el brazo y me lo acarició con delicadeza. Como durante toda la semana, mi mano estaba ligeramente inclinada hacia un lado. Durante una semana, todo el que se había sentado allí me miraba la cara y no la mano. Mis ojos sólo se abrían cuando los médicos comprobaban la dilatación de las pupilas en respuesta a la luz (uno de los métodos más sencillos y eficaces para constatar la actividad del tallo cerebral), o cuando Holley

o Bond, en contra de las repetidas instrucciones de los sanitarios, insistían en hacerlo y se encontraban con dos globos oculares perdidos y sin vida, como los de una muñeca rota.

Pero en aquel momento, mientras Sylvia y Bond me miraban el rostro hundido, negándose obstinadamente a aceptar lo que acababa de decir el médico, sucedió algo.

Mis ojos se abrieron.

Sylvia chilló. Más tarde me contaría que lo segundo que más la asombró, tras el hecho de que abriese los ojos, fue que inmediatamente empecé a mirar a mi alrededor. Arriba, abajo, aquí, allá... No parecían los ojos de un adulto que sale de un coma de siete días, sino los de un niño, alguien que acaba de llegar al mundo y lo recorre con la vista con asombro porque es la primera vez que lo ve.

En cierto modo, así era.

Al recobrarse de su asombro inicial, se dio cuenta de que algo me alteraba. Salió corriendo a la sala, donde Holley, todavía con la mirada clavada en el gran ventanal, hablaba con Eben IV.

—Holley... ¡Holley! —gritó—. Está despierto. ¡Está despierto! Dile a Eben que su padre ha vuelto.

Ésta se la quedó mirando.

—Eben —dijo al teléfono—. Luego te llamo. Está... tu padre está volviendo... a la vida.

Holley echó a andar hacia la UCI, pero, incapaz de contenerse, al cabo de un instante comenzó a correr, seguida por el doctor Wade. Y sí, allí estaba yo, debatiéndome violentamente en mi cama. No de manera mecánica, porque estaba consciente y saltaba a la vista que algo me molestaba. El médico comprendió al instante de qué se trataba: el respirador, que llevaba aún en la garganta. Un respirador que ya no necesitaba, porque mi cerebro, junto con el resto de mi cuerpo, acababa de volver inesperadamente a la vida. Alargó las manos, cortó la cinta de seguridad y, con todo cuidado, lo extrajo.

Entre toses, inhalé mi primera bocanada de aire sin ayuda en siete días y hablé, también por primera vez en ese mismo tiempo:

—Gracias.

Cuando salió del ascensor, Phyllis seguía pensando en el arcoíris que acababa de ver. Llevaba a mamá en una silla de ruedas. Al entrar en la sala, estuvo a punto de caerse de espaldas. Yo estaba sentado sobre la cama y nuestras miradas se cruzaron. Nuestra hermana pequeña daba saltos de alegría. La abrazó. Las dos rompieron a llorar. Phyllis se me acercó y me miró a los ojos.

Le devolví la mirada y luego miré a todos los demás presentes.

Mientras mi cariñosa familia y las personas que habían cuidado de mí durante todo aquel tiempo se reunían alrededor de la cama, aún estupefactas por mi inexplicable regreso, yo sonreía con aire apacible y dichoso.

—Todo va bien —dije, con una actitud que irradiaba dicha con tanta eficacia como las palabras que había pronunciado. Los miré a todos, uno a uno, solazándome en el divino milagro de nuestra existencia—. No os preocupéis... Todo va bien —repetí para acallar cualquier duda.

Mi hermana Phyllis me contaría después que fue como si les transmitiese un mensaje desde el más allá, el mensaje de que el mundo es como debería ser y no tenemos nada que temer. Dice que cuando siente que la acosan las preocupaciones mundanas, suele recordar esas palabras y encuentra consuelo en la certeza de que no estamos solos.

Mientras contemplaba a todos los allí presentes, fue como si poco a poco regresara a la existencia terrenal.

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunté.

A lo que ella respondió:

—¿Qué haces tú aquí?

EL REGRESO

Bond había imaginado que papá despertaría, echaría un vistazo a su alrededor y sólo necesitaría que lo pusieran un poco al día para volver a ser el padre que siempre había conocido.

Pero pronto descubrió que las cosas no iban a ser tan sencillas. El doctor Wade le previno sobre dos cosas: primero, no debía contar con que recordase nada de lo que había dicho en los primeros momentos tras salir del coma. Me explicó que el proceso de la memoria requiere una enorme capacidad cerebral y que mi cerebro no estaba lo bastante recuperado aún como para acometer una tarea tan sofisticada.

En segundo lugar, no debía hacer mucho caso a lo que dijera durante aquellos primeros días, porque muchas cosas le parecerían un poco absurdas.

Tenía razón en ambas advertencias.

Aquella primera mañana, Bond me enseñó con orgullo el dibujo que Eben IV y él habían hecho de la batalla entre mis glóbulos blancos y las bacterias *E. coli*.

—¡Caray, qué maravilla! —exclamé.

Bond estaba radiante de orgullo y entusiasmo.

Entonces continué:

—¿Cuáles son las condiciones en el exterior? ¿Qué dicen las lecturas del ordenador? ¡Quita de ahí, tengo que prepararme para saltar!

Bond dejó de sonreír. Huelga decir que aquélla no era la recuperación plena que había esperado.

Estaba sufriendo alucinaciones en las que revivía con total intensidad algunos de los momentos más emocionantes de mi vida.

En mi cabeza estaba a bordo de un CD3, preparándome para saltar en paracaídas desde más de cinco kilómetros de altitud... Iba a saltar en último lugar, como a mí me gustaba. Era la posición que permitía permanecer más tiempo en caída libre.

Al salir a los rayos del sol que brillaban al otro lado de la compuerta, me lancé al instante en un picado de cabeza, con los brazos detrás (en mi mente), y entonces volví a sentir, como tantas otras veces, la violenta acometida provocada por el aire desplazado por los motores. Contemplé desde abajo cómo ascendía como un cohete el vientre del enorme y plateado aeroplano y cómo giraban, aparentemente a cámara lenta, sus gigantescas

turbinas, con la tierra y las nubes reflejadas sobre la panza. La imagen resultaba un poco singular, porque el avión tenía los flaps y las alas en posición bajada, como si fuese a aterrizar, a pesar de que se encontraba a varios kilómetros por encima de la Tierra (para ralentizar al máximo su velocidad y así minimizar el efecto del chorro de aire sobre los paracaidistas).

Pegué los brazos todo lo posible al cuerpo para acelerar mi caída hasta más de 350 kilómetros por hora, sin otra cosa que mi casco azul moteado y mis hombros para resistirse a la atracción del enorme planeta que tenía abajo. Cada segundo recorría una longitud superior a la de un campo de fútbol y el viento rugía furiosamente a mi alrededor, tres veces más veloz que un huracán, con un estruendo mayor que ninguna otra cosa que hubiera oído jamás.

Pasé entre dos enormes nubes blancas y algodonosas y seguí descendiendo como un cohete por la despejada abertura que las separaba. La tierra verde y el mar destellante y azul se extendían muy abajo y yo continuaba descendiendo en aquella violenta y emocionante carrera hacia mis compañeros, apenas visibles en una formación de copo de nieve que se hacía más grande a cada segundo que pasaba por la incorporación de más y más

paracaidistas...

Mi mente saltaba entre la UCI y una serie de alucinaciones sobre un descenso maravilloso, generadas por la adrenalina que segregaba mi mente.

Me sentía más alocadamente feliz que nunca.

Me pasé dos días desvariando sobre paracaidismo, aviones e Internet con todo el que quiso escucharme. A medida que mi cuerpo se iba recuperando, me adentré en un universo extraño y agotadoramente paranoico. Me obsesioné con una desagradable historia sobre «mensajes de Internet» que aparecían cada vez que cerraba los ojos e incluso algunas veces, en el techo, mientras los tenía abiertos. Cuando los cerraba, oía unos cánticos monótonos, repetitivos y nada melodiosos, una especie de sonido mecánico que por lo general remitía cuando volvía a abrirlos. Me pasaba todo el rato con el dedo extendido, señalando algo, como E. T., tratando de mover un cursor en la pantalla de un ordenador conectado a Internet que pasaba revoloteando frente a mí, en ruso o en chino.

En resumen, que estaba algo chalado.

Era un poco como lo que había vivido en el Reino de la perspectiva del gusano, aunque más aterrador, porque lo que oía y veía estaba entrelazado con los recuerdos de mi pasado humano (reconocía a los miembros de mi

familia a pesar de que, a veces, como en el caso de Holley, no recordara sus nombres).

Pero al mismo tiempo, aquellas visiones carecían por completo de la asombrosa claridad y la vibrante riqueza —el ultrarrealismo— del Portal y del Núcleo. Sin la menor duda, eran obra de mi cerebro físico.

A pesar de aquel momento inicial de lucidez aparentemente plena, al poco tiempo no recordaba nada sobre mi vida antes del coma. Lo único que rememoraba era los últimos sitios en los que había estado: el inhóspito y feo Reino de la perspectiva del gusano, el idílico Portal y el asombrosamente celestial Núcleo. Mi mente —mi verdadero yo— pugnaba por volver a meterse en los estrechos y limitados confines de la existencia física, con sus fronteras espaciotemporales, su pensamiento lineal y su comunicación verbal de limitado alcance. Las mismas cosas a las que hasta una semana antes había tomado por los rasgos de la única existencia posible se me antojaban ahora limitaciones de una torpeza extraordinaria

La vida física se caracteriza por un estado defensivo, mientras que a la espiritual le sucede justo lo contrario. Ésta es la única explicación que puedo encontrar para el hecho de que mi retorno a este mundo estuviera impregnado de tal paranoia. Durante algún tiempo estuve

convencido de que Holley (cuyo nombre, insisto, aún no recordaba, pero a la que, de algún modo, reconocía como mi esposa) y los médicos estaban intentando asesinar me. Tuve nuevos sueños y alucinaciones sobre aviones y saltos en paracaídas, algunos de ellos sumamente prolongados y verosímiles. En el más largo, intenso y ridículamente detallado de ellos, me vi en una clínica especializada en casos de cáncer del sur de Florida, perseguido por Holley, dos agentes de policía del estado y un par de fotógrafos ninja asiáticos, colgados de unos cables con poleas.

De hecho estaba sufriendo algo llamado «psicosis de la UCI». Es habitual, e incluso esperable, en pacientes cuyos cerebros vuelven a funcionar tras un largo período de inactividad. Lo había visto muchas veces, pero nunca lo había sufrido en mis propias carnes. Y he de decir que la perspectiva es muy, muy diferente.

Lo más interesante de aquella sucesión de pesadillas y fantasías paranoicas, visto en retrospectiva, era que no era más que eso: una fantasía. Algunas partes —en particular la dilatada pesadilla del sur de Florida— me resultaron muy intensas e incluso directamente aterradoras mientras sucedían. Pero recordadas ahora —es más, desde el mismo instante en que finalizaron aquellos episodios—,

su naturaleza se tornó perfectamente reconocible: algo confeccionado por mi propio y agobiado cerebro en un intento por recobrar la orientación. Algunos de los sueños que tuve durante ese lapso de tiempo fueron asombrosa y pavorosamente vívidos. Pero al final sólo sirvieron para resaltar las enormes diferencias de este estado de ensueño con respecto al ultrarrealismo del coma profundo.

En cuanto a los cohetes, aviones y saltos en paracaídas que imaginaba con tanta viveza, eran, descubrí después, bastante precisos desde un punto de vista simbólico. Porque el hecho era que estaba realizando una peligrosa reentrada en la abandonada pero nuevamente funcional estación espacial de mi cerebro, desde un lugar muy lejano. Sería difícil encontrar una analogía más funcional de lo que me sucedió durante la semana que pasé fuera de mi cuerpo que el despegue de un cohete.

AÚN NO ESTOY ALLÍ

Bond no era el único que estaba teniendo dificultades para aceptar a la persona decididamente excéntrica en la que me convertí durante los primeros días de mi regreso. Al día siguiente de que recobrara la conciencia —lunes—, Phyllis llamó a Eben IV por Skype.

—Eben, tu padre está aquí —le hizo saber mientras volvía la cámara de vídeo en dirección a mí.

—¡Hola, papá! ¿Cómo estás? —preguntó mi hijo en tono alegre.

Me pasé un minuto sin hacer otra cosa que sonreír y mirar fijamente la pantalla del ordenador. Cuando por fin rompí el silencio, Eben se quedó estupefacto. Hablaba de manera dolorosamente lenta y con palabras que no tenían demasiado sentido. Mi hijo mayor me contaría más tarde:

—Hablabas como un zombi, alguien que está sufriendo una sobredosis de ácido.

Por desgracia, nadie le había advertido sobre la posibilidad de que se produjese una psicosis de la UCI.

Poco a poco, mi paranoia fue remitiendo y mis pensamientos y conversaciones se tornaron más lúcidos. Dos días después de mi despertar, me trasladaron a la UCI periférica de Neurología. Las enfermeras de esta unidad proporcionaron unos camastros a Phyllis y Betsy para que pudiesen dormir a mi lado. No confiaba en nadie más. Me hacían sentir seguro, anclado a mi nueva realidad.

El único problema era que no dormía. Las tenía despiertas toda la noche, parloteando sobre Internet, estaciones espaciales, agentes dobles rusos y toda clase de disparates similares. Phyllis trató de convencer a las enfermeras de que tenía un catarro, con la esperanza de que me diesen algo que me hiciese dormir una o dos horas de manera ininterrumpida. Era como un recién nacido que no se ciñe a unos horarios de sueño.

En mis momentos más tranquilos, Phyllis y Betsy me ayudaban a volver a la realidad. Me recordaban toda clase de anécdotas de mi infancia, que yo escuchaba como si las estuviese oyendo por primera vez, totalmente fascinado. En aquel proceso, una idea importante comenzó a asentarse dentro de mí: la de que, de hecho, había estado presente en aquellas historias.

Con gran rapidez, me contaron más adelante mis dos hermanas, el hermano al que conocían empezó a

reaparecer a través de la densa neblina de aquel parloteo paranoide.

—Fue increíble —me contaría Betsy más adelante—. Acababas de salir del coma y aún no eras plenamente consciente de tu identidad ni de tu situación. Decías cosas rarísimas todo el rato, pero, aun así, conservabas tu sentido del humor de siempre. Eras tú, claramente. ¡Habías vuelto!

—Una de las primeras cosas que hiciste fue algo jocoso sobre alimentarte solo —me contó Phyllis—. Estábamos preparadas para darte de comer todo el tiempo que hiciera falta. Pero no querías. Estabas decidido a meterte tú mismo aquella gelatina anaranjada en la boca.

La maquinaria de mi cerebro, parada temporalmente, estaba volviendo poco a poco a la vida y en este proceso me veía hacer o decir cosas que me asombraban. ¿De dónde salían? En los primeros días acudió a visitarme una amiga de Lynchburg llamada Jackie. Holley y yo conocíamos a Jackie y a su marido Ron porque nos habían vendido la casa en la que vivíamos. Sin que tuviera que hacer ningún esfuerzo consciente, mi educación tradicional sureña, profundamente arraigada en mi cabeza, entró en acción. Nada más ver a Jackie le pregunté:

—¿Cómo está Ron?

Transcurridos unos días más, comencé a tener algunas conversaciones genuinamente lúcidas con las visitas. También en este caso resultó asombroso comprobar cuántas de aquellas conexiones se producían por sí solas, sin apenas esfuerzo consciente por mi parte. Como un avión en piloto automático, mi cerebro, de algún modo, navegaba por el paisaje familiar de la experiencia humana. Estaba teniendo la ocasión de constatar de primera mano una verdad que conocía muy bien como neurocirujano: el cerebro es un mecanismo realmente maravilloso.

Como es natural, la pregunta que rondaba por la mente de todos (incluida la mía en sus momentos de lucidez) sin que nadie se atreviese a formularla era: ¿hasta dónde podía recuperarme? ¿Me recobraría totalmente o la *E. coli* me habría dejado daños residuales, como esperaban todos los médicos? Aquella permanente incertidumbre era una agonía para todos, sobre todo para Holley, que temía que en cualquier momento se interrumpiera mi milagrosa recuperación y la dejara solamente con una parte del «yo» al que conocía.

Pero, sin embargo, cada día que pasaba, volvía una parte mayor de ese «yo». Lenguaje. Recuerdos. Reconocimiento. Una cierta actitud traviesa que siempre

me ha caracterizado, también. Y aunque mis dos hermanas se alegraban mucho de que hubiera regresado mi sentido del humor, no estaban tan contentas con mi manera de utilizarlo. La tarde del lunes, cuando Phyllis me tocó la frente, me eché hacia atrás.

—¡Ay! —exclamé—. ¡Qué daño!

Y entonces, después de disfrutar un momento de las expresiones de espanto de todos, añadí:

—Era una broma.

Todos estaban sorprendidos por la celeridad de mi recuperación, salvo yo mismo. Aún no era realmente consciente de lo cerca de la muerte que había llegado a estar. Cuando, uno a uno, mis amigos y familiares continuaron con sus vidas, yo los despedí con mis mejores deseos, dichosamente ajeno a la tragedia que por tan poco se había conjurado. Mostraba tal entusiasmo que uno de los neurólogos que me evaluaron de cara a la rehabilitación insistió en que sufría un «exceso de euforia» que probablemente se debiese a daños cerebrales. Era, al igual que yo, un decidido partidario de las pajaritas frente a las corbatas, y le devolví el favor de aquel diagnóstico diciéndoles a mis hermanas, después de que se marchara, que era una persona «extrañamente poco afectuosa para ser un amante de las pajaritas».

Ya entonces sabía algo que cada vez se atrevían a aceptar más las personas que me rodeaban. Pensara lo que pensase un médico concreto, no estaba enfermo y mi cerebro no había sufrido daños. Estaba perfectamente.

De hecho —aunque a esas alturas sólo yo era consciente de ello— estaba completamente «bien» por primera vez en mi vida.

DIFUNDIENDO LA NOTICIA

«Completamente bien», aunque todavía con trabajo pendiente por lo que a la maquinaria se refería. A los pocos días de que me trasladaran a la unidad de rehabilitación ambulatoria llamé a Eben IV a la universidad. Me contó que estaba trabajando en un artículo para uno de sus cursos de neurociencias. Me ofrecí a ayudarlo, pero no tardaría mucho en lamentarlo. Me resultaba mucho más difícil concentrarme de lo que había esperado y una terminología que creía plenamente recobrada se negaba de pronto a acudir a mi cabeza. Descubrí con consternación que el camino que debía recorrer aún era muy largo.

Pero poquito a poco, lo fui haciendo. Un día, al despertar, me encontraba en posesión de continentes enteros de conocimientos médicos y científicos de los que carecía el anterior. Fue uno de los aspectos más insólitos de mi experiencia: abrir los ojos una mañana y descubrir que una buena parte de los frutos de una vida entera de investigación y experiencia volvían a estar en su sitio.

Aunque mis conocimientos sobre las neurociencias regresasen lenta y tímidamente, mis recuerdos sobre lo que había sucedido durante la semana que había pasado fuera de mi cuerpo presidían mi memoria con asombrosa claridad y fuerza. Lo que me había sucedido más allá del reino de lo terreno era la causa directa de la felicidad que me invadía desde el momento de mi despertar, y este estado de beatitud se negaba a abandonarme. Sentía una felicidad delirante porque volvía a estar con la gente a la que amaba, pero también porque —para expresarlo con toda la claridad que me es posible— comprendía por primera vez la persona que era en realidad y la clase de mundo en la que habitamos.

Sentía unos deseos tan desbocados como ingenuos de compartir estas experiencias, sobre todo con mis colegas de profesión. A fin de cuentas, lo que había experimentado contradecía las afirmaciones que siempre habían sostenido sobre la naturaleza del cerebro y la conciencia y sobre el sentido de la vida. ¿Cómo no iban a estar ansiosos por conocer mis descubrimientos?

Pues resultó que bastante gente no lo estaba. Sobre todo gente con títulos de medicina.

Cuidado, mis médicos se alegraban muchísimo por mí. «Es maravilloso, Eben», solían decirme, la misma

respuesta que había utilizado yo en el pasado con los incontables pacientes que habían tratado de compartir conmigo las experiencias ultraterrenas que experimentaron durante alguna intervención quirúrgica. «Estabas enfermo. Tu cerebro estaba lleno de pus. Cuesta creer que estés aquí para contarlo. Pero tú sabes perfectamente lo que puede llegar a crear el cerebro cuando está en ese estado».

En resumen, que no podían dar crédito a lo que yo intentaba con tal desesperación compartir con ellos.

Pero ¿quién podría culparlos? A fin de cuentas, yo tampoco lo había comprendido... hasta entonces.

VUELTA A CASA

El 25 de noviembre de 2008, dos días antes de Acción de Gracias, regresé a un hogar rebosante de gratitud. Eben IV condujo durante toda la noche para poder darme una sorpresa a la mañana siguiente. La última vez que había estado a mi lado yo estaba en coma profundo y aún no había asimilado del todo el hecho de que estuviese con vida. Estaba tan emocionado que le pusieron una multa por exceso de velocidad en el condado de Nelson, justo al norte de Lynchburg.

Yo llevaba horas despierto, sentado en una mecedora frente a la chimenea encendida del estudio, pensando en todo lo que me había sucedido. Eben cruzó la puerta poco después de las seis de la mañana. Me levanté y le di un fuerte abrazo. Estaba asombrado. La última vez que nos habíamos visto por Skype, en el hospital, yo apenas había sido capaz de articular una frase. Pero por entonces — aparte de seguir un poco flaco y tener una vía intravenosa en el brazo— había vuelto a mi actividad predilecta: ser el padre de Eben y Bond.

Era el mismo de antes... o casi. Mi hijo mayor también percibió algo que había cambiado en mí. Más adelante, me diría que la primera vez que me vio aquel día lo sorprendió lo «presente» que estaba.

—Se te veía tan claro, tan concentrado —me contaría—. Era como si te envolviese una especie de halo luminoso.

Sin perder un minuto, empecé a contárselo todo.

—Estoy deseando leer todo lo que encuentre sobre esto —le confesé—. Era todo muy real, Eben, casi demasiado para ser real, si es que eso tiene algún sentido. Quiero compartirlo con mis colegas de profesión. Y quiero leer sobre las ECM y sobre lo que han vivido otras personas. Ahora me cuesta creer que no me lo tomara en serio, que no escuchara lo que me contaban mis pacientes. Nunca sentí la curiosidad suficiente como para investigarlo.

Eben no dijo nada al principio, pero saltaba a la vista que estaba pensando en cuál era el mejor consejo que podía darme. Se sentó frente a mí y me expuso algo que tendría que haber sido obvio.

—Te creo, papá —dijo—. Pero piénsalo un momento. Si quieres que esto le sea de utilidad a alguien, lo último que debes hacer es leer lo que han escrito otros.

—¿Y qué debería hacer entonces? —pregunté.

—Escribirlo. Escribirlo todo... Todos tus recuerdos, con tanta exactitud como te sea posible. Pero no leas libros o artículos sobre las experiencias cercanas a la muerte de otras personas, sobre física ni sobre cosmología. Al menos hasta que hayas escrito lo que te ha pasado a ti. No hables con mamá ni con nadie más sobre lo que te sucedió durante el coma... al menos si puedes evitarlo. Luego podrás hacerlo todo lo que quieras, ¿de acuerdo? Recuerda lo que siempre me has dicho: primero observación, luego interpretación. Si quieres que lo que te sucedió tenga algún valor científico, debes registrarlo con toda la claridad y precisión posibles antes de empezar a compararlo con las experiencias de los demás.

Fue, tal vez, el consejo más sabio que me hayan dado nunca... y lo seguí. Eben acertaba plenamente al pensar que lo que yo quería, más que ninguna otra cosa, era utilizar mis experiencias para ayudar a los demás. Cuanto más recobraba la visión científica, más comprendía de qué manera entraba en conflicto todo lo que había aprendido durante décadas de formación y práctica de la medicina con lo que había experimentado, y más me daba cuenta de que la mente y la personalidad (o, como algunos las llaman, el alma o el espíritu) siguen existiendo más

allá del cuerpo. Tenía que compartir mi historia con el mundo.

Durante las seis semanas siguientes, casi todos los días transcurrieron de un modo idéntico: me levantaba alrededor de las dos o las dos y media de la mañana, tan extasiado y lleno de energía por el mero hecho de estar vivo que salía de un salto de la cama. Encendía el fuego en el despacho, me sentaba en mi viejo sillón de cuero y me ponía a escribir. Trataba de recordar todos los detalles de mis viajes por el Núcleo y lo que había sentido mientras recibía aquellas lecciones que me habían cambiado la vida.

Aunque decir que «trataba de recordar» no sería exactamente cierto. Los recuerdos estaban allí, nítidos y frescos, justo donde los había dejado.

ULTRARREALISMO

«Hay dos maneras de dejarse engañar. Una es creer lo que no es cierto; la otra negarse a creer lo que es verdad».

SØREN KIERKEGAARD (1813-1855)

Durante todo aquel proceso de escritura, había una palabra que parecía reaparecer una vez tras otra.

«Real».

Antes de mi coma nunca me había percatado de lo engañoso que puede ser este término. Tanto en la Facultad de Medicina como en esa escuela del sentido común que se llama «vida» me habían enseñado a pensar que algo sólo puede ser real (un accidente de coche, un partido de fútbol americano, un bocadillo en la mesa, frente a ti) o no real. Durante mis años de práctica quirúrgica, había visto a mucha gente sufrir alucinaciones. Creía saber lo aterradoramente reales que pueden parecerle estos fenómenos a quien los experimenta. Y durante los días que duró mi psicosis de la UCI, había tenido la oportunidad de sufrir en mis propias carnes algunas pesadillas de un

realismo impresionante. Pero una vez que pasó todo, reconocí rápidamente que aquellos delirios no eran otra cosa que creaciones ilusorias: fantasmas neuronales dotados de vida por una maquinaria cerebral que pugnaba por recobrar la funcionalidad.

Sin embargo, mientras estaba en coma, no es que mi cerebro estuviese funcionando de manera incorrecta. Es que no funcionaba en absoluto. La parte de mi mente que, según me habían llevado a creer años de formación médica, era la responsable de recibir el mundo en el que vivía y me movía, captarlo a través de los sentidos y darle forma convirtiéndolo en un universo dotado de sentido, esa parte estaba dormida, desactivada. A pesar de lo cual, yo había estado vivo y despierto, plenamente despierto, en un universo caracterizado por encima de todo por el amor, la conciencia y la realidad (de nuevo esa palabra). Sencillamente, para mí ésta era una verdad indiscutible. Tan perfectamente constatada que me dolía.

Lo que había vivido era más real que la casa en la que habitaba, más real que los troncos que ahora ardían en la chimenea. Pero en la visión científica del mundo que me había proporcionado mi formación médica durante años no había espacio para esa realidad.

¿Cómo podía crear un espacio donde coexistieran

ambas realidades?

UNA EXPERIENCIA COMÚN

Finalmente llegó el día en el que terminé de escribir todo lo que tenía que contar, hasta el último de mis recuerdos sobre el Reino de la perspectiva del gusano, el Portal y el Núcleo.

Entonces llegó la hora de leer. Me zambullí de pleno en el océano bibliográfico sobre las ECM, un océano en el que hasta entonces no había siquiera metido la punta del pie. No tardé mucho en comprender que miles de personas habían experimentado lo mismo que yo, tanto en los últimos años como en los siglos anteriores. Las ECM no son todas idénticas. Cada una tiene sus peculiaridades, pero ciertos elementos se repiten una vez tras otra y algunos de ellos también estaban presentes en mi propia experiencia. Los relatos sobre tránsitos por túneles o valles oscuros que desembocan en un paisaje brillante y vívido —ultrarreal— son tan antiguos como la Grecia o el Egipto de la Antigüedad. Los seres angélicos —a veces con alas, a veces no— comienzan a aparecer, como

mínimo, en la tradición antigua de Oriente Medio, junto a la creencia en que tales seres son los guardianes de las actividades de la gente en la Tierra y acuden a recibir a quienes dejan este mundo atrás. La sensación de poseer la capacidad de ver en todas direcciones a la vez; la de estar más allá del tiempo lineal; la de estar por encima de todas las cosas que, en esencia, yo había creído siempre rasgos distintivos de la experiencia humana; la presencia de una música que recordaba a los himnos y que entraba directamente en el interior de uno en lugar de hacerlo a través de sus oídos; la asimilación directa e instantánea, sin el menor esfuerzo, de conceptos que en otras condiciones habrían requerido ingentes cantidades de tiempo y esfuerzo... La percepción de la intensidad de un amor incondicional.

Una vez tras otra, tanto en los relatos más modernos sobre las ECM como en las narraciones de naturaleza espiritual del pasado, sentía que el narrador debía enfrentarse a las limitaciones del lenguaje terrenal y trataba de presentar la totalidad de aquellos conceptos por medio del lenguaje y las ideas humanas... y siempre, en mayor o menor medida, acababa fracasando.

Y, no obstante, con cada intento que se frustraba antes de haber alcanzado su objetivo, con cada persona que

pugnaba con el limitado arsenal de nuestro lenguaje y nuestros conceptos para transmitir aquella enormidad al lector, reconocía yo el objetivo y lo que, en toda su ilimitada enormidad, intentaba transmitir el autor sin conseguirlo.

«Sí, sí, sí —me decía mientras leía—. Lo comprendo».

Todos aquellos libros, aquel material, estaban allí antes de mi experiencia, claro está. Pero nunca los había visto. No sólo porque no los hubiera leído. Era algo más. Simplemente, jamás me había abierto a la posibilidad de que hubiese algo auténtico en la idea de que una parte de nosotros sobrevive a la muerte. Era el típico médico que responde a estas cosas con una combinación de sonriente indulgencia y escepticismo. Y como tal, puedo decirte que la mayoría de los escépticos no lo son en realidad. Para ser verdaderamente escéptico, uno debe examinar algo y tomárselo en serio. Y yo, como la mayoría de mis colegas de profesión, jamás había hecho el esfuerzo de estudiar el tema de las ECM. Simplemente, había «sabido» que no podían ser ciertas.

También estudié mi propio historial. Todo cuanto me había sucedido mientras estuve en coma se había consignado con meticulosidad, prácticamente desde el

principio. Mientras revisaba mis propios escáneres como si fuesen los de cualquiera de mis pacientes, comprendí la verdadera magnitud de la gravedad de mi estado.

La meningitis bacteriana se distingue de otras enfermedades por su capacidad de atacar la superficie exterior del cerebro sin afectar a las estructuras internas. Las bacterias devoran eficientemente la capa externa del cerebro, antes de pasar a la ofensiva final atacando las estructuras internas «de control», comunes a otros animales, situadas muy por debajo de la parte humana. Las demás circunstancias lamentables a resultas de las cuales pueden atacar el neocórtex y provocar inconsciencia —traumatismos craneales, infartos cerebrales, hemorragias cerebrales o tumores— no son ni de lejos tan concienzudas en su ataque contra la estructura del neocórtex. Por lo general, afectan únicamente a una parte de él y dejan otras regiones intactas y en condiciones de operar. Pero la cosa no acaba ahí: en lugar de atacar sólo el neocórtex, tienden a dañar también las regiones más profundas y primitivas del cerebro. Es decir, que podría afirmarse que la meningitis bacteriana es la enfermedad más capacitada para inducir un estado similar a la muerte sin provocarla en realidad (aunque, a tenor de la verdad, muchas veces éste acaba siendo su desenlace. La triste

certidumbre es que nadie que sufra un caso de meningitis bacteriana tan grave como el mío vuelve para contarlo). (Véase el Apéndice A).

Aunque la circunstancia que describe es tan antigua como la historia, el término «experiencia cercana a la muerte» (al margen de que sea algo real o una fantasía sin base alguna) sólo se ha generalizado en tiempos recientes. En los años sesenta se desarrollaron nuevas técnicas que permitieron a los médicos salvar a víctimas de infartos. Personas que hasta entonces habrían muerto indefectiblemente regresaban ahora al mundo de los vivos. Y sin saberlo, en sus esfuerzos por salvar a sus pacientes, estos médicos estaban creando una especie de raza de viajeros ultraterrenos: gente que había vislumbrado lo que hay al otro lado del velo y había regresado para contarlo. Hoy se cuentan por millones. Entonces, en 1975, un estudiante de medicina llamado Raymond Moody publicó un libro llamado *Vida después de la vida*, en el que narraba la experiencia de un hombre llamado George Ritchie. Ritchie había «muerto» a consecuencia de un infarto de miocardio provocado por la complicación de una neumonía y había pasado nueve minutos fuera de su cuerpo. En este tiempo atravesó un túnel, visitó regiones celestiales e infernales, conoció a un

ser de luz al que identificó como Jesús y experimentó unas sensaciones de paz y bienestar tan intensas que era casi imposible expresarlas con palabras. Había nacido la era moderna de las experiencias cercanas a la muerte.

Mentiría si afirmase que desconocía por completo la existencia del libro de Moody, pero desde luego nunca lo había leído. No me hacía falta, entre otras cosas porque la idea de que un paro cardíaco representase una especie de condición próxima a la muerte era un disparate para mí. Gran parte de la literatura sobre las ECM gira alrededor de pacientes a los que se les ha parado el corazón durante pocos minutos, por lo general después de un accidente de tráfico o en la mesa de operaciones. La idea de que un paro cardíaco constituye la muerte está obsoleta desde hace unos cincuenta años. Muchos legos creen que si alguien se recupera de un infarto es que ha «muerto» y luego ha regresado a la vida, pero la comunidad médica revisó hace ya tiempo la definición de la muerte, que ahora se asocia al cerebro, no al corazón (desde que se estableció el concepto de la muerte cerebral, en 1968, basada en importantes descubrimientos relativos al examen neurológico de los pacientes). Desde el punto de vista de la muerte, el paro cardíaco sólo es relevante por sus efectos sobre el cerebro. A los pocos segundos de que

se produzca, la interrupción del flujo sanguíneo en dirección al cerebro provoca un desplome generalizado de la actividad neuronal cooperativa, seguido por la pérdida de la conciencia.

Pero hace casi medio siglo que los cirujanos saben cómo parar el corazón de manera rutinaria en intervenciones quirúrgicas (o, en algún caso, neuroquirúrgicas) durante lapsos que oscilan entre minutos y horas enteras, utilizando bombas de *bypass* cardiopulmonar. A veces se reduce premeditadamente la temperatura del cerebro para aumentar la viabilidad del proceso. Pero el caso es que no se produce muerte cerebral. Incluso una persona a la que se le para el corazón en plena calle podría salir airosa sin daños cerebrales si alguien realiza una maniobra de resucitación cardiopulmonar en menos de cuatro minutos y el corazón vuelve a funcionar. Mientras le llegue sangre oxigenada al cerebro, éste —y con él la persona— permanecerá vivo, aunque transitoriamente inconsciente.

Este hecho conocido por mí me bastaba para descartar el libro de Moody sin necesidad siquiera de abrirlo. Pero entonces sí que lo abrí y al leer las historias que se relataban en él y analizarlas en el contexto de mi propia experiencia se produjo un cambio completo en mi

percepción. Comprendí, sin el menor asomo de duda, que al menos algunas de aquellas personas habían salido de verdad de sus cuerpos físicos. Simplemente, las similitudes con las cosas que yo mismo había experimentado fuera del mío eran demasiado grandes.

Las zonas más primitivas de mi cerebro —las partes que lo mantienen en estado de funcionamiento— siguieron operativas durante casi todo el tiempo que pasé en coma. Pero si hablamos de la parte que, según todos los neurólogos del mundo, es la responsable de lo humano... bueno, ésa estaba totalmente desactivada. Pude constatarlo en los escáneres, en los informes del laboratorio y en los exámenes neurológicos: en suma, en todos los datos recogidos durante la semana que había pasado allí sometido a una vigilancia exhaustiva. En seguida comencé a darme cuenta de que la mía era una experiencia cercana a la muerte casi impecable, posiblemente uno de los casos más convincentes de la historia moderna. Lo que en realidad importaba de mi caso no era que me hubiese sucedido a mí, sino que desde el punto de vista de la medicina era imposible que fuese un mero producto de la fantasía.

Describir la naturaleza de una ECM es, en el mejor de los casos, complicado, pero hacerlo frente a una clase

médica que se niega a creer en la posibilidad de que exista resulta aún más difícil. Pero en esos momentos, debido a mi carrera en el ámbito de las neurociencias y a la ECM por la que acababa de pasar, tenía la oportunidad única de transmitirle mayor credibilidad a esa realidad.

VUELTO DESDE LOS MUERTOS

«Y la cercanía de la muerte, la cual nos iguala a todos de la misma manera, nos impresiona a todos con una última revelación que tan sólo una persona que volviese de la muerte podría contar».

HERMAN MELVILLE (1819-1891), *Moby Dick*

Allá donde fuese durante aquellas primeras semanas, la gente me miraba como a alguien recién salido de la tumba. Me encontré con un médico que estaba presente en el hospital el día que me ingresaron. No trabajó directamente en mi caso, pero sí que pudo verme cuando me ingresaron en urgencias aquella primera mañana.

—¿Cómo es posible que estés aquí? —preguntó, resumiendo la perplejidad de la comunidad médica con respecto a mi caso—. ¿Eres el hermano gemelo de Eben o algo así?

Sonreí, alargué el brazo y le estreché la mano con fuerza, para que supiese que realmente era yo.

Aunque, naturalmente, su comentario sobre mi hermano gemelo era una broma, aquel médico había

tocado un punto crucial al decirlo. A todos los efectos, yo seguía siendo dos personas y si pretendía hacer lo que le había dicho a Eben IV que deseaba —utilizar lo que me había pasado para ayudar a los demás— tenía que reconciliar mi ECM con mi visión científica de las cosas y volver a unir a esas dos personas.

Mis recuerdos acudieron a una llamada telefónica que había recibido una mañana, varios años antes. Era la madre de un antiguo paciente y me llamó mientras yo examinaba el mapa digital de un tumor que tenía que extraer aquel mismo día, algo más tarde. La llamaremos Susanna. El fallecido marido de Susanna, al que llamaremos George, había llegado hasta mí tras detectársele un tumor cerebral. A pesar de todos nuestros esfuerzos, al año y medio de recibir el diagnóstico había muerto. Ahora era la hija de Susanna la que estaba enferma, con varias metástasis en el cerebro de un cáncer de mama. Tenía pocas probabilidades de sobrevivir más allá de unos pocos meses. El momento elegido para hacer la llamada no era el mejor, puesto que estaba totalmente absorto en la imagen digital que tenía delante para trazar una estrategia de extracción del tumor que no dañase el tejido cerebral que lo rodeaba. Pero permanecí al aparato con Susanna porque sabía que estaba tratando de

encontrar algo —lo que fuese— que la ayudase a enfrentarse a lo que estaba pasando.

Siempre he creído que en casos de enfermedad potencialmente fatal es aceptable endulzar un poco la verdad. Impedir que un paciente terminal intente aferrarse a una pequeña fantasía para poder sobrellevar la idea de la muerte es como negarle los analgésicos a uno que padece graves dolores. La carga de Susanna era extraordinariamente pesada y le debía hasta el último segundo de atención que me pidiese.

—Doctor Alexander —me explicó—, mi hija ha tenido un sueño extraordinario. Su padre aparecía en él. Le ha dicho que todo va a salir bien, que no debe preocuparse por la muerte.

Había oído cosas como aquélla incontables veces en boca de mis pacientes: el recurso de la mente para buscar consuelo en una situación insoportablemente dolorosa. Le dije que me parecía un sueño maravilloso.

—Pero lo más increíble de todo, doctor Alexander, es lo que llevaba mi marido. Una camisa amarilla... ¡y un sombrero de fieltro!

—Bueno, Susanna —dije con tono alegre—, imagino que en el Cielo no tienen códigos de vestimenta.

—No —replicó Susanna—. No se trata de eso. Al

comienzo de nuestra relación, cuando empezábamos a salir, le regalé a George una camisa amarilla. Le gustaba llevarla con un sombrero de fieltro que también le había regalado yo. Pero los dos se perdieron en nuestra luna de miel, cuando nos extraviaron el equipaje. Aquella camisa y aquel sombrero representaban para él lo mucho que le quería y nunca los reemplazó.

—Seguro que Christina oyó miles de historias maravillosas sobre esa camisa y ese sombrero, Susanna —objeté—. Y sobre los primeros tiempos de sus padres...

—No —repuso ella con una risa—. Eso es lo maravilloso. Era nuestro pequeño secreto. Sabíamos lo ridículo que le parecería a cualquier otra persona. Así que después de que se perdieran no volvimos a hablar de ellos. A Christina no le contamos nunca nada. Le tenía muchísimo miedo a la muerte, pero ahora sabe que no tiene nada que temer, nada en absoluto.

Lo que Susanna estaba contándome, descubrí en mis lecturas, era una variante de un suceso que se repite con bastante frecuencia. Pero cuando recibí aquella llamada yo aún no había pasado por mi ECM y estaba totalmente convencido de que no era más que una fantasía inducida por la tristeza. A lo largo de mi carrera había tratado a

muchos pacientes que habían tenido experiencias inusuales durante un coma o en el transcurso de una intervención quirúrgica. Siempre que alguno de ellos me contaba una experiencia como la de Susanna, yo respondía mostrándole todas mis simpatías. Y estaba convencido de que aquello que me relataban había sucedido de verdad... en su cabeza. El cerebro es el más sofisticado —y temperamental— de nuestros órganos. Si lo manipulas, si reduces en unos pocos torr (una unidad de presión) el oxígeno que recibe, la realidad que percibe su propietario comenzará a alterarse. O, para ser más precisos, su percepción personal de la realidad. Y si a esto le sumamos el trauma físico y la medicación que acompañan a cualquier problema cerebral, podemos tener la práctica certeza de que, si guarda algún recuerdo al despertar, será un recuerdo inusual. Con un cerebro afectado por infecciones bacterianas letales y medicamentos capaces de alterar el funcionamiento de este órgano, todo puede suceder. Todo... salvo la experiencia ultrarrealista que yo había experimentado durante mi coma.

Susanna, comprendí con esa clase de sobresalto que te embarga cuando te das cuenta de algo que debería haber sido evidente, no me había llamado aquel día para que la consolara. En realidad, la que intentaba consolarme era

ella. Pero en aquel momento no fui consciente de ello. Creí estar ayudándola al fingir, de aquella manera distraída y un poco distante, que daba crédito a su relato. Pero no era así. Y al recordar aquella conversación y otras muchas muy similares que había mantenido a lo largo de mi carrera, comprendí el largo camino que tenía por delante si pretendía convencer a mis colegas de profesión de que aquello que me había pasado era real.

TRES CAMPOS

«Sostengo que el reduccionismo científico rebaja de manera increíble el misterio de lo humano con su prometedor materialismo, con la pretensión de poder explicar todo cuanto sucede en el mundo espiritual por medio de patrones de actividad neuronal. Esta idea debe catalogarse como superstición (...) Debemos reconocer que somos criaturas espirituales, dotadas de almas que moran en un mundo espiritual, así como seres materiales cuyos cuerpos y cerebros existen en un mundo material».

SIR JOHN C. ECCLES (1903-1997)

Por lo que a las ECM se refiere, había tres campos básicos. Por un lado estaban los creyentes: gente que había pasado por una o a la que, simplemente, le resultaba fácil creer en tales experiencias. Luego, claro está, estaban los incrédulos redomados (como mi antiguo yo). Por lo general, estas personas no se definían como incrédulas. Simplemente, *sabían* que el cerebro genera la conciencia y no aceptaban ideas absurdas sobre una mente más allá del cuerpo (salvo para consolar a alguien necesitado, como creía yo estar haciendo con Susanna aquel día). Y después estaba el grupo intermedio. Lo formaban personas

de todas clases que habían oído hablar de las ECM, bien porque habían leído algo sobre ellas o bien porque — como se trata de un fenómeno extraordinariamente común — tenían algún amigo o pariente que había pasado por una de ellas. Eran las personas que formaban este grupo intermedio a las que más podía ayudar mi relato. El mensaje que conllevan las ECM puede cambiarle la vida a la gente. Pero cuando alguien que puede estar abierto a dar crédito a este tipo de experiencias pregunta a un médico o a un científico —custodios oficiales en nuestra sociedad de la cuestión de lo real y lo irreal—, éste suele responder, con delicadeza pero con firmeza, que las ECM son alucinaciones, productos de un cerebro que lucha para aferrarse a la vida y nada más.

Como médico que había pasado por lo que yo había pasado, estaba en condiciones de contarles una historia diferente. Y cuanto más lo pensaba, más comprendía que tenía el deber de hacerlo.

Una a una, fui poniendo por escrito las sugerencias que sabía que ofrecerían mis colegas (como habría hecho yo mismo en los viejos tiempos) para *explicar* lo que me había sucedido. (Si deseas más información, consulta las hipótesis neurocientíficas, que incluyo en el Apéndice B).

¿Era mi experiencia un primitivo programa creado por

el tallo cerebral con el fin de aliviar el dolor terminal y el sufrimiento, algo así como una versión evolucionada de las estrategias de «muerte fingida» que utilizan los animales inferiores? Esta idea la descarté desde el principio. Sencillamente, era imposible que las cosas que había percibido, con su enorme sofisticación visual y existencial y el profundo grado de sentido de trascendencia que las acompañaba, fuesen obra de la parte reptiliana de mi cerebro.

¿Se trataba de recuerdos distorsionados procedentes de las zonas profundas de mi sistema límbico, la parte del cerebro que alimenta las percepciones emocionales? Tampoco. Sin un neocórtex funcional, el sistema límbico no podría producir visiones tan nítidas y dotadas de lógica como las que yo experimenté.

¿Podía tratarse de una visión psicodélica generada por alguno de los (numerosos) fármacos que me administraban? De nuevo parece que no, puesto que estos fármacos interactúan con los receptores del neocórtex. Y como éste no estaba funcionando, no había ningún lienzo sobre el que hubiesen podido dibujar aquel cuadro.

¿Y una intrusión del sueño REM? Así es como se llama a un síndrome (relacionado con el sueño REM, la fase en la que se producen los sueños) en el que los

neurotransmisores naturales, como la serotonina, interactúan con los receptores del neocórtex. Lo siento, pero tampoco. La intrusión REM requiere de un neocórtex funcional y yo carecía de uno en aquel momento.

También estaba el fenómeno hipotético conocido como el «basurero DMT». En él, la glándula pineal reacciona al estrés generado por una amenaza contra el cerebro segregando una sustancia llamada DMT (o N,N-dimetiltriptamina). Desde el punto de vista estructural, la DMT es similar a la serotonina y puede generar estados alucinatorios sumamente intensos. Yo no tenía experiencia personal con esta sustancia —y sigo sin tenerla—, por lo que carezco de argumentos para contradecir a quienes afirman que puede producir experiencias psicodélicas muy verosímiles. Incluso puede que con implicaciones genuinas para nuestra comprensión de lo que son realmente la conciencia y la realidad.

Sin embargo, el hecho sigue siendo que la parte del cerebro a la que afecta el alucinógeno DMT (el neocórtex) no podía verse afectada en mi caso. Así que para «explicar» lo que me había sucedido, la hipótesis del basurero DMT se queda tan radicalmente corta como todas las demás y por la misma razón esencial. Los alucinógenos afectan al neocórtex y el mío no podía verse

afectado porque no estaba operativo.

La última hipótesis que contemplé fue la del «fenómeno del reinicio». Explicaría mi experiencia como un compendio de recuerdos esencialmente no relacionados, que ya estaban allí antes de que mi neocórtex se desactivase del todo. Como un ordenador que se reinicia y salva lo que puede después de un fallo completo del sistema, mi cerebro habría tratado de confeccionar una experiencia a partir de los restos con los que se había encontrado. Esto podría haber sucedido al recobrar la conciencia tras un fallo generalizado y prolongado, como el que había provocado mi meningitis. Pero si tenemos en cuenta la complejidad y la interactividad de mis elaborados recuerdos, parece poco probable. Como durante el tiempo que pasé en el mundo espiritual experimenté la naturaleza no lineal del tiempo de un modo tan intenso, ahora puedo comprender por qué es tan fácil que los escritos sobre la dimensión espiritual parezcan tan distorsionados (o sencillamente, tan absurdos) desde la perspectiva terrenal. En los mundos que se extienden por encima de éste, el tiempo no se comporta como aquí. Allí las cosas no se suceden necesariamente de manera secuencial. Un momento puede parecer una vida entera y una o más vidas pueden parecer

un simple momento. Pero el hecho de que el tiempo no se comporte de forma normal (desde nuestra perspectiva) no significa que sucumba al caos y mis recuerdos sobre el tiempo que había pasado en coma son cualquier cosa menos caóticos. La mayoría de los elementos que anclan mi experiencia a este mundo, desde el punto de vista cronológico, tienen que ver con mis interacciones con Susan Reintjes, cuando entró en contacto conmigo en las noches cuarta y quinta de mi coma, y con la aparición, hacia el final de mi viaje, de aquellas seis caras de las que hablé. Podría decirse que cualquier otra apariencia de simultaneidad entre los sucesos de la Tierra y los de mi viaje es mera conjetura.

Cuanto más descubría sobre mi condición y más investigaba (entre la literatura científica existente) para explicar lo que me había sucedido, más comprendía que la explicación no podía estar ahí. Todo —la asombrosa claridad de mi visión y la naturaleza de mis pensamientos como un puro flujo conceptual— sugería un trabajo cerebral más y no menos intenso. Sólo que mi cerebro no estaba activo en aquel momento para encargarse de realizarlo.

Y conforme leía las explicaciones «científicas» de las ECM, iba constatando cada vez más su transparente

fragilidad. Al mismo tiempo, me daba cuenta con cierta vergüenza de que eran las que mi antiguo «yo» habría esgrimido, aunque fuese con poco rigor, en caso de que alguien hubiera tratado de «explicarme» lo que es una ECM.

Pero no podía esperarse que alguien que no fuese un médico supiese todo esto. Si mi experiencia le hubiera sucedido a otra persona, la que fuese, habría sido bastante significativa, pero el hecho de que la hubiera vivido yo... Bueno, decir que había ocurrido «por una razón» me hacía sentir un poco incómodo. Todavía quedaba en mi interior lo bastante del antiguo y escéptico médico como para saber lo extravagante —lo exagerado, de hecho— que sonaba aquello. Pero si consideraba la extremada improbabilidad de que sucediera algo así —sobre todo el hecho de que un caso perfecto de meningitis por *E. coli* invadiese y desactivase mi corteza cerebral, seguido por una recuperación acelerada y casi completa frente a una destrucción casi segura—, no cabía más alternativa que considerar seriamente la posibilidad de que todo hubiera sucedido en realidad por algún motivo.

Y esto me hacía sentir una responsabilidad mayor, unida a la necesidad de contar como es debido mi historia.

Siempre me había enorgullecido de mantenerme a la última en mi campo profesional y contribuir cuando tenía algo que aportar. Desde el punto de vista médico, el hecho de que hubiese salido de este mundo para entrar en otro suponía una noticia revolucionaria y ahora que había vuelto no pensaba guardármela. Desde el punto de vista médico, mi completa recuperación era algo imposible, un milagro. Pero el verdadero interés de la historia residía en el sitio donde había estado y era mi deber, no sólo como investigador que siente un profundo respeto por el método científico, sino también como sanador, contar mi historia. Una historia —una historia verdadera— puede curar tanto como la medicina. Susanna lo sabía cuando me llamó aquel día a mi despacho. Y yo también había podido experimentarlo cuando volví a tener noticias de mi familia biológica. Las noticias que recibí entonces habían tenido un efecto terapéutico sobre mí. ¿Qué clase de sanador sería si no compartía mi historia?

Poco más de dos años después de salir del coma, visité a un buen amigo y colega, que dirige uno de los departamentos de neurociencia más punteros del mundo. Conocía a John (que no es su auténtico nombre) desde hacía décadas y lo consideraba un ser humano maravilloso y un científico de primer orden.

Cuando le conté parte de la historia del periplo espiritual que había vivido durante mi coma, respondió con genuino asombro. No porque me creyese loco, sino porque finalmente le encontraba sentido a algo que lo desconcertaba desde hacía bastante tiempo.

Me explicó que, un año antes, su padre se encontraba en las últimas fases de una enfermedad terminal que lo había aquejado durante cinco años. Estaba incapacitado y senil, sumido en un dolor permanente del que quería escapar muriendo.

—Por favor —había suplicado a John desde su lecho de muerte—. Dame unas pastillas, o algo así. No puedo continuar así.

De repente, su padre se tornó más lúcido de lo que había estado en dos años e hizo una serie de profundas observaciones sobre su vida y su familia. Entonces, su mirada se desplazó hacia el pie de su cama y comenzó a hablarle al aire. Al escucharlo, John se dio cuenta de que estaba hablando con su madre, que había fallecido cincuenta años antes, a los sesenta y cinco, cuando su padre era sólo un adolescente. En toda la vida de John, apenas la había mencionado, pero en aquel momento parecía estar manteniendo una alegre y animada conversación con ella. Mi amigo no podía verla, pero

estaba absolutamente convencido de que su espíritu se encontraba allí para dar la bienvenida al de su padre.

Al cabo de unos minutos así, su padre se volvió de nuevo hacia él, esta vez con una expresión totalmente distinta en la cara. Estaba sonriendo y parecía en paz, como nunca antes, que él recordara.

—Vete a dormir, papá —se oyó decir—. Déjate ir, sin más. No pasa nada.

Su padre lo hizo. Cerró los ojos y se fue desvaneciendo con una expresión de completa serenidad en la mirada. Poco después fallecía.

John tenía la sensación de que el encuentro entre su padre y su fallecida abuela había sido real, pero no sabía qué pensar de ello, porque como médico tenía la certeza de que tales cosas eran «imposibles». Muchos otros han presenciado esa asombrosa claridad mental que parece apoderarse de ancianos seniles justo antes de fallecer, tal como había visto John en su padre (un fenómeno conocido como «lucidez terminal»). Y no tiene explicación neurológica. Escuchar mi relato le dio la licencia que necesitaba para hacer algo que llevaba mucho tiempo anhelando: creer lo que había visto con sus propios ojos y aceptar la profunda y reconfortante verdad de que nuestro yo espiritual es más real que nada de lo que percibimos en

este Reino físico y de que existe una conexión divina que nos une al infinito amor del Creador.

UNA VISITA A LA IGLESIA

«Hay dos formas de vivir. La primera es pensar que nada es un milagro. La segunda, que todo lo es».

ALBERT EINSTEIN (1879-1955)

No regresé a la iglesia hasta diciembre de 2008, cuando Holley me arrastró a un servicio el segundo domingo de Adviento. Seguía débil, un poco alterado mentalmente y demasiado flaco. Mi mujer y yo nos sentamos en primera fila. Michael Sullivan, que presidía el servicio aquel día, se acercó para preguntarme si me apetecía soplar la segunda vela de la corona de Adviento. La verdad es que no tenía muchas ganas, pero algo dentro de mí me dijo que lo hiciese. Me levanté, me apoyé en el pasamanos de bronce y caminé con sorprendente facilidad hacia la zona del altar.

El recuerdo sobre el tiempo que había pasado fuera de mi cuerpo seguía fresco en mi memoria y todo cuanto veía en aquel lugar que nunca antes había logrado conmoverme demasiado me lo devolvía con fuerzas redobladas. La

palpitante nota de bajo de un himno era un eco de la áspera miseria del Reino de la perspectiva del gusano. Los ventanales de cristal tintado, con sus nubes y sus ángeles, me devolvían a la celestial belleza del Portal. Una pintura de Jesús partiendo el pan con sus discípulos evocaba la comunión del Núcleo. Me estremecí al recordar la dicha del infinito e incondicional amor que había conocido allí.

Por fin comprendía el sentido de la religión. Al menos el sentido que debería haber tenido. Yo no creía simplemente en Dios; conocía a Dios. Mientras me acercaba al altar para recibir la comunión, sendos regueros de lágrimas surcaban mis mejillas.

EL ENIGMA DE LA CONCIENCIA

«Si deseas ser un auténtico buscador de la verdad, es necesario que, al menos una vez en la vida, pongas en duda, en la medida de lo posible, todas las cosas».

RENÉ DESCARTES (1596-1650)

Tardé unos dos meses en recuperar mi arsenal completo de conocimientos neuroquirúrgicos. Dejando aparte de momento el hecho en esencia milagroso de mi recuperación (sigue sin haber precedentes médicos para un caso como el mío, en el que un cerebro sometido a un ataque tan grave por parte de bacterias *E. coli* gram negativas recuperaba su antigua capacidad), al regresar seguía teniendo que hacer frente al hecho de que todo cuando había aprendido en cuatro décadas de estudio y trabajo sobre el cerebro humano, sobre el universo y sobre lo que constituye la realidad entraba en conflicto con lo que había experimentado durante aquellos siete días de coma. Cuando perdí el conocimiento era un médico secular que había pasado toda la carrera en

algunas de las instituciones científicas más prestigiosas del mundo, tratando de comprender las conexiones entre el cerebro humano y la conciencia. No era que no creyese en la conciencia. Simplemente, estaba convencido de la práctica improbabilidad mecánica de que existiese de manera independiente.

En los años veinte, el físico Werner Heisenberg (y otros pioneros de la ciencia de la mecánica cuántica) realizó un descubrimiento tan singular que el mundo aún no ha podido asimilarlo del todo. Cuando observamos fenómenos subatómicos, es imposible separar del todo al observador (esto es, el científico que realiza el experimento) del objeto de sus observaciones. En nuestra vida cotidiana es fácil olvidarse de esto. Vemos el universo como un sitio repleto de objetos separados (mesas y sillas, gente y planetas), que interactúan en ocasiones, pero en esencia permanecen separados. Sin embargo, a nivel subatómico, este universo de objetos separados se revela como una completa ilusión. En el reino de las cosas realmente pequeñas, todos los objetos del universo físico están íntimamente conectados entre sí. De hecho, se ha constatado que en realidad no existen los «objetos» en el mundo, sólo vibraciones de energía y relaciones.

El significado de esto tendría que haber sido obvio, pero no lo fue para muchos. Era imposible buscar la realidad nuclear del universo sin utilizar la conciencia. Lejos de ser un producto secundario y poco importante de los procesos físicos (como había creído yo siempre antes de mi experiencia), la conciencia, no únicamente es real, sino que lo es más que el resto de la experiencia física, hasta el punto de que, seguramente, constituye el fundamento de todo. Pero ninguna de estas ideas se había incorporado al retrato de la realidad elaborado por la ciencia. Muchos científicos están tratando de hacerlo hoy en día, pero de momento no existe ninguna «teoría del todo» unificada que combine las leyes de la mecánica cuántica con las de la teoría de la relatividad de un modo que apunte siquiera a incorporar la conciencia.

Todos los objetos del universo físico están compuestos de átomos. Los átomos, a su vez, lo están de protones, electrones y neutrones. Éstos, por su parte, son (tal como descubrió la física en los primeros años del siglo xx) partículas. Y las partículas están hechas de... Bueno, francamente, ni los físicos lo saben. Lo que sí saben es que cada una de ellas está conectada a todas las demás que existen en el universo. Al más profundo nivel imaginable, están todas interconectadas.

Antes de mi experiencia en el más allá, estaba al corriente de todas estas ideas científicas, pero de un modo distante y vago. En el mundo en el que yo vivía y me movía, un mundo de coches, casa y mesas de operaciones, de pacientes que vivían o morían dependiendo en parte de mi pericia en el quirófano, los fundamentos de la física subatómica eran hechos ajenos y extraños. Puede que fuesen ciertos, pero no concernían a mi realidad cotidiana.

Pero cuando dejé atrás mi cuerpo físico, los experimenté directamente. De hecho, puedo decir con toda tranquilidad que, aunque en aquel momento no conocía este término, mientras me encontraba en el Portal y en el Núcleo, estaba realmente «practicando la ciencia». Una ciencia que se basaba en la más auténtica y sofisticada herramienta de investigación que poseemos: la propia conciencia.

Cuanto más investigaba, más me convencía de que mi descubrimiento no era sólo interesante o significativo desde un punto de vista espiritual. Era un hecho científico. Según la persona con la que hables, la conciencia puede ser el mayor misterio al que se enfrenta la ciencia, o algo trivial. Lo más sorprendente es la cantidad de científicos que se encuentran en este último grupo. Para muchos científicos —puede que la mayoría— no merece la pena

preocuparse por la conciencia, dado que no es más que un proceso secundario generado por el proceso físico. Y un gran número de ellos van todavía más allá y aseguran que, no es sólo que sea un fenómeno secundario, sino que ni siquiera es real.

No obstante, muchas de las voces más destacadas en los campos de la neurociencia de la conciencia y la filosofía de la mente se mostrarían en desacuerdo. En las últimas décadas han llegado a identificar el «problema esencial de la conciencia». Y aunque la idea llevaba circulando en estado embrionario durante décadas, fue David Chalmers quien la definió en un brillante libro publicado en 1996, *La mente consciente*. El problema esencial, concerniente a la misma existencia de la experiencia consciente, puede reducirse a las siguientes preguntas:

¿Cómo surge la conciencia del funcionamiento del cerebro humano?

¿Qué relación tiene con el comportamiento que la acompaña?

¿Qué relación existe entre el mundo percibido y el mundo real?

El problema principal es tan esencialmente complejo que algunos pensadores han afirmado que su respuesta se

encuentra más allá del alcance de la «ciencia». Pero este hecho no le resta importancia alguna. En realidad, apunta al papel insondablemente profundo que desempeña en el funcionamiento del universo.

El auge del método científico basado únicamente en el reino de lo físico, un proceso característico de los últimos cuatrocientos años, representa un problema de primera magnitud: hemos perdido el contacto con el profundo misterio que reside en el centro de la existencia, nuestra conciencia. Era algo que (bajo nombres distintos y expresado a través de diferentes maneras de ver el mundo) conocían bien y sostenían todas las religiones premodernas del mundo, pero que perdimos en nuestra cultura secular occidental a medida que sucumbíamos a la fascinación por el poder de la ciencia y la tecnología modernas.

A pesar de todos los éxitos de la civilización occidental, el mundo ha tenido que pagar un alto precio por ellos, relacionado con el componente más crucial de la existencia: el espíritu humano. El lado oscuro de la alta tecnología —la guerra moderna, nuestra apatía ante homicidios y suicidios, la miseria urbana, el caos ecológico, el catastrófico cambio climático, la polarización de los recursos económicos— ya es de por sí

bastante malo. Pero por si fuera poco, nuestra ceguera a todo lo que no sea el progreso exponencial en la ciencia y en la tecnología nos ha dejado a muchos de nosotros vacíos en el reino del significado y la dicha, sin saber cómo encajan nuestras vidas en el gran tapiz de la existencia para toda la eternidad.

Las grandes preguntas sobre el alma y la otra vida, la reencarnación y la existencia de Dios y del Cielo se han demostrado esquivas a los medios científicos convencionales, lo que no quiere decir que no existan. Del mismo modo, los fenómenos de conciencia extendida, como la visión remota, la percepción extrasensorial, la psicoquinesia, la clarividencia, la telepatía y la precognición, se han mostrado tenazmente resistentes al escrutinio de la investigación científica «convencional». Antes de mi coma, yo dudaba sinceramente de su veracidad, más que nada porque nunca había experimentado nada parecido a un nivel profundo y porque, en mi simplista visión científica del mundo, no había forma de explicarlas satisfactoriamente.

Como tantos otros escépticos científicos, me negaba incluso a revisar los datos sobre las cuestiones relevantes a estos fenómenos. Los prejuizaba a ellos y a la gente que los aportaba, porque mi limitada perspectiva me impedía

siquiera empezar a concebir cómo era posible que sucediesen tales cosas. Quienes afirman que no existen evidencias que apoyen la existencia de la conciencia extendida, a pesar de las abrumadoras pruebas en sentido contrario, exhiben una ignorancia premeditada. Creen conocer la verdad sin necesidad de examinar los hechos.

A todos aquellos que siguen prisioneros en la trampa del escepticismo científico les recomiendo el libro *Irreducible Mind: Toward a Psychology for the 21st Century*, editado en 2007. En este riguroso análisis científico se nos presentan pruebas de la existencia de la conciencia fuera del cuerpo. *Irreducible Mind* es la obra esencial para un grupo científico de gran prestigio, el Departamento de Estudios sobre la Percepción de la Universidad de Virginia. Sus autores realizan un exhaustivo repaso de los datos relevantes, cuya conclusión es inexorable: estos fenómenos son reales y si queremos comprender la realidad de nuestra existencia, debemos esforzarnos por entenderlos.

Han tratado de convencernos de que la visión científica del mundo está acercándose rápidamente a una teoría del todo en la que apenas quedaría espacio para nuestra alma, para el Cielo ni para Dios. Mi periplo por las profundas regiones del coma, más allá del tosco reino

de lo físico, me llevó hasta la esplendorosa morada del Creador todopoderoso y me reveló el abismo indescriptiblemente dilatado que separa nuestro humano conocimiento del asombroso reino de Dios.

Cualquiera de nosotros está más familiarizado con la conciencia que con cualquier otra cosa y, sin embargo, sabemos más sobre el resto del universo que sobre los mecanismos que rigen su funcionamiento. Está tan cerca de nosotros que se encuentra casi fuera de nuestro alcance. No hay nada en los fundamentos físicos del mundo material (quarks, electrones, fotones, átomos, etc.), y más concretamente, en la intrincada estructura del cerebro, que nos aporte la menor pista sobre el funcionamiento de la conciencia.

De hecho, el indicio más sólido que existe sobre la realidad del reino espiritual es el profundo misterio de nuestra existencia consciente. Es una revelación mucho más misteriosa que todas las que nos han mostrado los físicos o los expertos en neurociencias, cuyo fracaso ha dejado sumida en la oscuridad la íntima relación que existe entre la conciencia y la mecánica cuántica, y a través de ella, la realidad física.

Para estudiar de verdad el universo a un nivel profundo, debemos reconocer el papel fundamental que

desempeña la conciencia a la hora de retratar la verdad. Los descubrimientos de la mecánica cuántica asombraron a los brillantes pioneros de este campo, muchos de los cuales (Werner Heisenberg, Wolfgang Pauli, Niels Bohr, Erwin Schrödinger o sir James Jeans, por nombrar sólo unos pocos) acabaron recurriendo a visiones místicas del mundo en busca de respuestas.

Comprendieron que era imposible separar a quien realiza el experimento del propio experimento y explicar la realidad prescindiendo de la conciencia. Lo que yo descubrí en el más allá es la indescriptible inmensidad y complejidad del universo, así como el hecho de que la conciencia es la base de todo cuanto existe. Estaba tan completamente conectado a ella que muchas veces no existía diferencia entre el «yo» y el mundo por el que me desplazaba.

Si tuviese que resumir todo esto, diría una serie de cosas. En primer lugar: que el universo es mucho más grande de lo que puede parecer si nos limitamos a examinar sus partes más visibles de manera inmediata (una afirmación nada revolucionaria, en realidad, dado que ya la ciencia convencional reconoce que el 96 por ciento del universo está compuesto de «materia y energía oscuras»). ¿Qué son estas entidades?^[1] Nadie lo sabe.

Pero lo que transformó mi experiencia en algo inusual fue la pasmosa inmediatez con la que experimenté el papel esencial de la conciencia, del espíritu. Cuando lo descubrí allí arriba, no fue en forma de teoría, sino como un hecho, tan abrumador e inmediato como una bocanada de aire glacial en la cara).

En segundo lugar: que todos —cada uno de nosotros— estamos íntima e inextricablemente conectados a ese universo mayor. Ése es nuestro verdadero hogar y creer que lo único que importa es el mundo físico es como encerrarse en un pequeño armario e imaginar que no existe nada más allá.

Y en tercer lugar: que el poder de la fe tiene una importancia crucial para facilitar el triunfo de la mente sobre la materia. Cuando era estudiante de Medicina, solía divertirme el sorprendente poder del efecto placebo, el hecho de que en todos los estudios hubiese que superar el 30 por ciento de eficacia atribuible a la fe del paciente en la medicina que se le estaba administrando, aunque fuese una sustancia inocua. Pero en lugar de aceptar el subyacente poder de la fe y su capacidad de influir en nuestro estado de salud, la ciencia médica prefería ver el vaso «medio vacío» y tomar el efecto placebo como un obstáculo para la demostración de la eficacia de un

tratamiento.

En el corazón mismo del enigma de la mecánica cuántica reside la falsedad de nuestra idea de ubicación en el espacio y en el tiempo. En realidad, el resto del universo —es decir, su inmensa mayoría— no está separado de nosotros en el espacio. Sí, el espacio parece físico, pero ésta es una visión limitada. Toda la altura y la longitud del universo físico no significan nada en el reino espiritual del que ha brotado éste, el reino de la conciencia (que algunos podrían definir como «la fuerza vital»).

Este otro universo, mucho mayor, no está «lejos», en modo alguno. De hecho, está aquí, aquí mismo, donde yo escribo esta frase y allí mismo, donde tú la lees. No está lejos desde el punto de vista físico. Simplemente, existe en una frecuencia distinta. Está aquí mismo y ahora mismo, pero no somos conscientes de ello porque estamos casi cerrados a las frecuencias en las que se manifiesta. Vivimos en las dimensiones familiares del espacio y el tiempo, constreñidos por las peculiares limitaciones de nuestros órganos sensoriales y por nuestro alineamiento perceptual con el espectro de los cuantos subatómicos que se extienden por todo el universo. Y estas dimensiones, aunque contienen muchas cosas, nos aíslan de otras, que

contienen muchas más.

Los antiguos griegos ya descubrieron esto hace mucho tiempo y mis propios hallazgos sólo fueron un reflejo de los suyos: lo similar atrae a lo similar. El universo está constituido de tal modo que para comprender verdaderamente cualquier parte de sus numerosas dimensiones y sus muchos niveles tienes que convertirte en parte de esa dimensión o ese nivel. O, dicho de un modo más preciso, tienes que abrirte a la convergencia con esa parte del universo que ya posees, pero de la que tal vez no hayas sido muy consciente hasta ahora.

El universo no tiene principio ni fin y Dios está completamente presente en todas sus partículas. Buena parte —la mayoría, de hecho— de lo que la gente ha querido decir sobre Dios y los mundos espirituales superiores tiene que ver con traerlos a nuestro nivel, en lugar de elevar nuestras percepciones al suyo. Y con nuestras insuficientes descripciones contaminamos su naturaleza reveladora y asombrosa.

Pero aunque no comenzó en un momento y nunca terminará, el universo sí tiene «signos de puntuación», cuyo propósito es otorgar existencia a las criaturas y permitir que participen de la gloria de Dios. El Big Bang que creó nuestro universo es uno de estos «signos de

puntuación» de la creación. Pero Om lo ve todo desde fuera, con una mirada que engloba toda su creación, más amplia incluso que aquella perspectiva de las dimensiones superiores que yo conocí. Allí, ver era saber. No había distinción entre experimentar algo y comprenderlo.

Las palabras «estaba ciego pero ahora veo» cobran un nuevo sentido al comprender lo ciegos que estamos en la Tierra a la naturaleza plena del universo espiritual, sobre todo aquellos que, como yo antes, creen que la materia es la esencia de la realidad y todo lo demás —el pensamiento, la conciencia, las ideas, las emociones y el espíritu— es fruto de ella.

Esta revelación me inspiró enormemente, porque me permitió percibir las deslumbrantes cimas de comunión y comprensión que nos esperan cuando dejamos atrás las limitaciones de nuestros cuerpos y cerebros físicos.

El sentido del humor. La ironía. Las emociones. Siempre había pensado que los humanos desarrollábamos estas cualidades para sobrevivir a un mundo doloroso y muchas veces injusto. Y así es. Pero además de consuelos, estas cualidades representan momentos de lucidez —breves, fugaces como destellos, pero esenciales— en los que reconocemos que, sean cuales sean nuestros trabajos y

pesares en este mundo, no pueden llegar a tocar a los seres eternos, mucho más grandes, que somos en realidad. La risa y la ironía son los medios que utiliza nuestro corazón para recordarnos que no somos prisioneros en este mundo, sino viajeros de paso.

Otro aspecto de la buena nueva es que no hace falta estar a punto de morir para vislumbrar lo que hay al otro lado del velo... aunque sí es necesario trabajar para conseguirlo. Aprender todo lo que puedas sobre ese reino leyendo libros y yendo a conferencias es un comienzo, pero al cabo del día, cada uno de nosotros debe adentrarse en su propia conciencia, por medio de la plegaria y la meditación, para acceder a estas verdades.

La meditación adopta muchas formas distintas. La más útil para mí desde que salí del coma es la que desarrolló Robert A. Monroe, fundador del Instituto Monroe de Faber, Virginia. Su libertad frente a cualquier filosofía dogmática ofrece un beneficio irrefutable. El único dogma del sistema de ejercicios de meditación de Monroe es éste: soy algo más que mi cuerpo físico. Esta sencilla afirmación tiene profundas implicaciones.

Robert Monroe era productor de programas de radio de gran éxito en el Nueva York de los años cincuenta. Mientras investigaba el uso de grabaciones de sonido

durante el sueño como técnica pedagógica, comenzó a tener experiencias extracorporales. Las complejas investigaciones que llevó a cabo durante más de cuatro décadas desembocaron en un potente sistema de exploración de la conciencia profunda basada en una tecnología de audio inventada por él mismo y conocida como Hemi-Sync.

El sistema Hemi-Sync refuerza la percepción selectiva y la capacidad de trabajo mediante la creación de un estado de relajación. Pero la invención de Monroe ofrece mucho más que esto: los estados de percepción realizada permiten acceder a modos de percepción alternativa, como la meditación profunda y los raptos místicos. Hemi-Sync utiliza los principios físicos del trance resonante de las ondas cerebrales y se basa en su relación con la psicología conductista y perceptual de la conciencia y en los principios fisiológicos esenciales del cerebro.

Este sistema utiliza patrones específicos de ondas de sonido estéreo (de frecuencias ligeramente distintas en cada oído) para inducir una actividad de ondas cerebrales sincronizadas. Los «latidos binaurales» se generan a una frecuencia equivalente a la diferencia aritmética entre las frecuencias de las dos señales. Por medio de un sistema ancestral pero sumamente preciso del tallo cerebral (que

normalmente se utiliza para la localización de las fuentes de sonido en el plano horizontal alrededor de la cabeza) estos latidos binaurales inducen un trance en el sistema de activación reticular, que es el que proporciona las señales al tálamo y la corteza que hacen posible la conciencia. Estas señales generan una sincronía de ondas cerebrales en un abanico de frecuencias de entre 1 y 25 hercios (Hz, o ciclos por segundo), incluido el crucial abanico que se encuentra por debajo del umbral normal de la capacidad de precepción auditiva del ser humano (20 Hz). Este abanico se asocia con las ondas cerebrales de tipo delta (< 4 Hz, que normalmente aparecen en estados de sueño profundo sin sueños), theta (4-7 Hz, que se manifiestan en estados de relajación y meditación profunda y durante el sueño no-REM) y alfa (7-13 Hz, características del sueño REM, o profundo, de los estados fronterizos con el sueño y de la relajación posdespertar).

En mi periplo de comprensión tras la salida del coma, el sistema Hemi-Sync me ofreció un medio para desactivar las funciones de filtrado del cerebro físico sincronizando de manera global la actividad eléctrica de mi neocórtex (tal como, seguramente, había hecho la meningitis) para liberar así mi conciencia extracorporal. Creo que Hemi-Sync me ha permitido regresar a un reinc

similar al que visité durante el coma profundo, sólo que sin tener que estar al borde de la muerte. Pero al igual que me sucedía con los sueños en los que volaba, de niño, es un proceso en el que es fundamental abrir las puertas al viaje. Si intento forzarlo centrando demasiado mi atención en él u obsesionándome con los resultados, no funciona.

Utilizar la palabra «omnisciente» se me antoja inapropiado, porque el poder asombroso y creativo que presencié está más allá de la capacidad descriptiva de las palabras. Caí entonces en la cuenta de que el hecho de que algunas religiones hayan prohibido nombrar a Dios o representar a los profetas divinos podría tener algún sentido, porque la realidad de Dios es tan completamente inabarcable que cualquier intento de representarla por medio de palabras o imágenes, aquí en la Tierra, está abocado al fracaso.

Del mismo modo que mi percepción allí era individual y al mismo tiempo estaba totalmente unificada con el universo, las fronteras de lo que experimentaba como mi «yo» se contraían en ocasiones y en otras parecían ampliarse hasta incluir todo cuanto abarca la eternidad. La disolución de los límites entre mi percepción y el reino que me rodeaba era a veces tan grande que me transformaba en el universo entero. Otra

forma de expresarlo sería decir que entraba voluntariamente en un estado de identidad con el universo, una identidad que había estado presente en todo momento pero de la que había sido incapaz de percatarme por culpa de mi ceguera.

Una analogía que suelo utilizar para ilustrar este estado de conciencia al más profundo nivel es la del huevo de gallina. Mientras estaba en el Núcleo, incluso cuando era uno con el Orbe de luz y todo el universo interdimensional a través de toda la eternidad y me unía íntimamente con Dios, sentía con claridad que el aspecto creativo y primordial de Dios (su esencia como motor universal) era la cáscara que protegía el interior del huevo, asociada a todo ello (del mismo modo que nuestra conciencia es una extensión directa de lo Divino), pero al mismo tiempo ajena por siempre a la capacidad de identificación absoluta con la conciencia de lo creado. Mientras mi conciencia se convertía en una identidad con todo y con la eternidad, sentí que no podía integrarme totalmente con el motor creativo del que se originaba todo esto. En el corazón de la más infinita unidad, seguía existiendo esa dualidad. Pero es posible que esta aparente dualidad no sea más que el resultado de tratar de trasladar esa percepción a este nuestro reino.

Nunca oí directamente la voz de Om, ni vi su cara. Era como si me hablase a través de unos pensamientos que eran como grandes olas que rompían sobre mí, que lo levantaban todo a mi alrededor y me mostraban que existe un tejido más profundo de la existencia, un tejido del que todos formamos parte aunque en general no seamos conscientes de ello.

Así que, ¿estaba comunicándome directamente con Dios? Sin ninguna duda. Así expresado, suena a megalomanía. Pero cuando estaba sucediendo, yo no lo percibía así. De hecho, me daba la sensación de que sólo estaba haciendo lo que toda alma es capaz de hacer cuando abandona el cuerpo y lo que podemos hacer incluso ahora mismo por medio de distintas técnicas de plegaria o de meditación profunda. Comunicarse con Dios es la experiencia más extraordinaria que se pueda imaginar, pero al mismo tiempo es la más natural del mundo, porque Dios está presente en todos nosotros en todo momento. Omnisciente, omnipotente, personal... y fuente de amor incondicional. Todos estamos conectados como uno solo a través de nuestro divino enlace con Dios.

UN DILEMA FINAL

«Debo estar dispuesto a renunciar a lo que soy para convertirme en lo que seré».

ALBERT EINSTEIN (1879-1955)

Einstein fue uno de mis primeros ídolos científicos y la cita que encabeza esta página siempre ha sido una de mis favoritas. Pero ahora comprendo lo que querían decir realmente estas palabras. Por muy loco que pudiera parecerles a mis colegas científicos cada vez que les contaba mi historia —como podía ver en sus miradas vidriosas o perturbadas—, sabía que les estaba ofreciendo algo que poseía validez científica genuina. Algo que abría la puerta a un mundo totalmente nuevo —un universo totalmente nuevo— de comprensión científica. Una visión que hacía justicia a la condición de la conciencia como entidad individual más grande de toda la existencia.

Pero había un elemento común a las ECM que a mí no me había sucedido. O, para ser más exactos, había un

pequeño grupo de experiencias que yo no había vivido y que tenían que ver con un hecho concreto: mientras estaba en mi viaje, no recordaba mi identidad terrenal. Aunque no hay dos ECM exactamente iguales, desde que empecé a recopilar información sobre el tema observé que todas suelen contener una serie de similitudes. Una de ellas consiste en encontrarse con una o más personas fallecidas a las que el sujeto hubiera conocido en vida. Esto no me había sucedido a mí, pero tampoco me preocupaba demasiado, puesto que ya había descubierto que el hecho de haber olvidado mi identidad terrenal me había permitido «adentrarme» más que muchos otros sujetos de una ECM. Y desde luego, no iba a quejarme por ello.

Lo que sí me entristecía era que había una persona a la que me habría alegrado muchísimo poder ver. Mi padre había fallecido cuatro años antes de que yo entrase en coma. Él sabía que yo pensaba que, durante mis años malos, no había estado a la altura de sus expectativas, así que, ¿por qué no había acudido a decirme que todo estaba bien? Porque, por lo general, es precisamente consuelo lo que más suelen ofrecer los amigos o familiares que se les aparecen a quienes experimentan una ECM. Un consuelo que yo anhelaba. Y que no había recibido.

No es que no hubiera oído palabras de consuelo,

claro. La chica del ala de mariposa me las había regalado. Pero por maravillosa y angelical que fuese, no era una persona conocida. Como veía su rostro cada vez que entraba en el idílico valle montado en el ala de una mariposa, recordaba su cara perfectamente... tan perfectamente que sabía que nunca nos habíamos conocido, al menos en la Tierra. Y en la mayoría de las ECM, el encuentro con un familiar o un amigo de la Tierra solía ser el elemento crucial de la experiencia.

Por mucho que me esforzara en restarle importancia, este hecho introdujo una sombra de duda en mi cabeza, por su posible significación. No dudaba de lo que me había sucedido. Eso era imposible. Habría sido como dudar de mi matrimonio con Holley o de mi amor por mis hijos. Pero el hecho de que hubiera viajado hasta tan lejos sin ver a mi padre y sí en cambio a la preciosa muchacha del ala de la mariposa, a la que no conocía, seguía preocupándome. Teniendo en cuenta la naturaleza profundamente emocional de mi relación con mi familia y la sensación de falta de valía que siempre me había rondado debido a mi condición de hijo adoptado, ¿por qué no me había transmitido ese importantísimo mensaje, el de que me querían y nunca me abandonarían, alguien a quien conociese, alguien como... mi padre?

Porque de hecho, «abandonado» era como, a un profundo nivel, me había sentido toda mi vida, a pesar de los esfuerzos de mi familia por curar aquella herida mediante su amor. Mi padre me había dicho muchas veces que no debía preocuparme mucho por lo que me había sucedido antes de que mi madre y él me sacaran de aquel orfanato, fuera lo que fuese.

—De todos modos, nunca recordarás nada de aquello, eras demasiado pequeño —me decía.

Pero se equivocaba. Mi ECM me había convencido de que hay una parte secreta de nosotros que registra absolutamente todos los aspectos de nuestras vidas terrenales, un proceso que comienza desde el primer momento. Así que, a un nivel precognitivo, preverbal, yo siempre había sabido que me habían abandonado y a un nivel profundo aún estaba tratando de perdonar este hecho.

Mientras esa herida siguiera abierta, continuaría existiendo una voz desdeñosa dentro de mi cabeza. Una voz que me repetiría, insistente, diabólicamente, que a pesar de toda la perfección y la maravilla que contenía, a mi ECM le faltaba algo, había algo «erróneo» en ella.

En esencia, una parte de mí seguía dudando de la autenticidad de la experiencia asombrosamente real que

había vivido durante el coma y, con ella, de la existencia del reino superior entero. Para esa parte de mí, seguía sin «tener sentido», desde un punto de vista científico. Y esa vocecilla tenue pero insistente amenazaba en su totalidad la solidez de la nueva visión del mundo que estaba edificando.

EL FOTÓGRAFO

«La gratitud no es sólo la mayor de las virtudes, sino la madre de todas las demás».

CICERÓN (106-43 a. J.C.)

Mis ojos se abrieron de pronto. En la oscuridad de nuestro dormitorio, me fijé en la luz roja del reloj de la mesilla de noche: las cuatro y media de la madrugada. Una hora antes de lo que solía despertarme para hacer mi trayecto de setenta minutos de duración entre nuestra casa de Lynchburg, Virginia, y la fundación Focused Ultrasound Surgery de Charlottesville, donde trabajaba. Mi esposa Holley seguía profundamente dormida a mi lado.

Cuatro meses después de mi salida del hospital, mi hermana biológica Kathy pudo enviarme finalmente una foto de nuestra hermana Betsy. Estaba en nuestro dormitorio, donde había comenzado aquella odisea, cuando abrí el voluminoso sobre y saqué una foto brillante, enmarcada y a color de la hermana a la que

nunca había conocido. Se encontraba, como descubriría posteriormente, en el embarcadero del *ferry* de la isla de Balboa, cerca de la casa que tenía en el sur de California. El fondo era un precioso anochecer de la costa Oeste. Tenía el pelo largo y castaño y una sonrisa que irradiaba amor y bondad, y además de llegarme muy dentro, me inspiraba una mezcla de entusiasmo y melancolía.

Kathy había adjuntado un poema a la fotografía. Lo había escrito David M. Romano en 1993 y se llamaba «Cuando mañana comience sin mí».

*Cuando mañana comience sin mí
y yo no esté aquí para verlo,
si el Sol se alzase y encontrase tus ojos
rebosantes de lágrimas por mí;
ojalá no llores
como has llorado hoy,
al pensar en las muchas cosas
que no llegamos a decirnos.
Sé lo mucho que me quieres,
tanto como te quiero yo a ti,
y sé que cada vez que pienses en mí
también tú me echarás de menos;
pero cuando mañana comience sin mí,*

*intenta entender, por favor,
que vino un ángel y me llamó por mi nombre,
y me tomó de la mano
y dijo que me esperaba mi sitio
en el cielo, en lo alto
y que tenía que dejar atrás
a todos los que tanto amo.
Pero al volverme para marchar
se me escapó una lágrima
porque siempre había pensado
que no quería morir.
Tenía tanto por lo que vivir,
tantas cosas aún por hacer,
que parecía casi algo imposible
que estuviera abandonándote.
Me acordé de todos los días de ayer,
los buenos y los malos,
de los pensamientos y el amor que compartimos,
de lo mucho que nos reímos.
Si pudiera revivir el ayer,
aunque sólo fuese un momento,
te diría adiós y te besaría
y quizá te viese sonreír.
Pero entonces me di cuenta*

*de que esto nunca podrá ser,
porque el vacío y los recuerdos
ocuparían mi lugar.*

*Y cuando pensé en las cosas del mundo
que podría extrañar al llegar mañana,
me acordé de ti y al hacerlo
mi corazón se llenó de pesar.*

*Pero al cruzar las puertas del cielo
me sentí en casa,
al ver que Dios me miraba y me sonreía
desde su gran trono dorado
y me decía: «He aquí la eternidad,
y todo lo que te había prometido.*

*Hoy tu vida en la Tierra es cosa del pasado
pero aquí comienza de nuevo.*

*No te prometo un mañana,
porque hoy durará eternamente,
y como todos los días serán el mismo,
no habrá nostalgia por el pasado.*

*Has tenido tanta fe,
tanta confianza, tanta fidelidad...*

*Aunque hubo veces en que
hiciste algunas cosas que
sabías que no debías.*

*Pero te he perdonado
y ahora al fin eres libre.
¿No quieres venir, cogerme de la mano
y compartir mi vida?».
Así que cuando mañana comience sin mí
no creas que estaremos muy lejos
porque cada vez que me recuerdes
estaré ahí mismo, en tu corazón*

.

Sentí que se me nublaban los ojos mientras dejaba la fotografía con delicadeza sobre la cómoda y luego continué contemplándola. Me resultaba extraña, evocadoramente familiar. Pero no podía ser de otro modo. Éramos familiares consanguíneos y compartía con ella más ADN que con cualquier otra persona del planeta, con la posible excepción de mis otras dos hermanas. Independientemente de que no nos hubiéramos conocido, Betsy y yo estábamos conectados a un nivel muy profundo.

A la mañana siguiente, estaba en el dormitorio, leyendo el libro de Elisabeth Kübler-Ross, *On Life after Death* y me encontré con la historia de una niña de doce años que había pasado por una ECM sin que sus progenitores se enteraran en un primer momento. Sin

embargo, al final no pudo contenerse y se sinceró con su padre. Le dijo que había viajado a un lugar maravilloso, lleno de amor y belleza, donde había recibido todo el cariño y el consuelo de su hermano.

—Lo que no entiendo —le dijo la niña a su padre—, es que no tengo ningún hermano.

Los ojos de su padre se llenaron de lágrimas. Y entonces le habló a su hija sobre el hermano que sí había tenido, pero que murió tres meses antes de que naciese ella.

Dejé de leer. Por un momento, me sumergí en un espacio de extraña confusión, sin pensar ni dejar de pensar, sino simplemente... asimilando algo. Un pensamiento que rondaba los límites de mi mente consciente sin llegar a atravesarlos todavía.

Entonces, mis ojos se desplazaron hasta la cómoda y la foto que me había mandado Kathy. La foto de la hermana a la que nunca había conocido. A la que sólo imaginaba por las historias de mi familia biológica sobre una persona maravillosa y de una inmensa bondad. Una persona tan buena, solían decir, que prácticamente era un ángel.

Sin el traje azul y añil, sin la luz celestial del Portal que la rodeaba allí sentada, sobre la hermosísima ala de

la mariposa, no era tan fácil de reconocer, al menos al principio. Pero eso era algo normal. Sólo había visto su yo celestial, el que vivía por encima y más allá de este reino terrenal, con todas sus tragedias y todos sus pesares.

Pero ahora me daba cuenta de que era ella, sin ninguna duda, con su inconfundible sonrisa de cariño, su mirada confiada e infinitamente reconfortante y sus chispeantes ojos azules.

Era ella.

Por un instante, los mundos se encontraron. Mi mundo aquí en la Tierra, donde era médico, padre y marido, y el otro mundo de allí fuera, un mundo tan vasto donde podías perder la noción de tu yo terrenal y convertirte en una parte del cosmos, aquella oscuridad empapada de Dios y rebosante de amor.

En aquel preciso momento, en el dormitorio de nuestra casa en una lluviosa mañana de martes, el mundo superior y el mundo inferior se encontraron. Al ver aquella foto me sentí un poco como el niño del cuento de hadas que viaja al otro mundo y, al regresar, cree que ha sido todo un sueño... hasta que mete una mano en el bolsillo y se encuentra con un puñado de titilante tierra mágica que se ha traído del más allá.

Aunque hubiese tratado de negarlo, durante semanas

se había librado una batalla en mi interior. Una batalla entre aquellas partes de mi mente que habían estado allí, fuera de mi cuerpo, y el médico, el hombre que se había consagrado a la ciencia. Pero al mirar la cara de mi hermana, mi ángel, supe —supe con total certeza— que las dos personas que había sido durante los últimos meses, desde mi regreso, eran en realidad sólo una. Tenía que abrazar plenamente mi condición de médico, de científico y de sanador y también la de protagonista de un viaje hacia la Divinidad tan insólito como real e importante. Era crucial que lo hiciera, y no sólo por mí, sino por los detalles absolutamente convincentes que lo rodeaban y lo convertían en una historia que podía cambiar las cosas. Mi ECM había curado mi alma fragmentada. Me había hecho saber que siempre me habían querido, lo mismo que a todas las personas, absolutamente todas, del universo. Y para hacerlo había colocado mi cuerpo en un estado en el que, según la ciencia médica actual, habría sido imposible que experimentara nada.

Sé que habrá gente que intentará restar validez a mi experiencia por cualquier medio y otros que se negarán a creerla desde el comienzo, aduciendo que lo que cuento no tiene base «científica» y no podría ser otra cosa que un

sueño absurdo y febril.

Pero yo sé cuál es la verdad. Y tanto por quienes viven aquí en la Tierra como por aquellos a los que conocí más allá de este reino, sé que es mi deber —como científico y por tanto buscador de la verdad y también como médico consagrado a ayudar a mis semejantes— transmitirle a toda la gente que pueda que lo que experimenté es cierto, fue real y es de una enorme importancia. No únicamente para mí, sino para todos nosotros.

En mi viaje no descubrí sólo el amor, sino también quiénes somos y la profunda medida en que estamos conectados, es decir, el verdadero sentido de toda existencia. Allí arriba descubrí quién soy y al volver aquí comprendí que los últimos cabos sueltos de mi ser estaban atándose.

Te quieren. Son las palabras que necesitaba oír como huérfano, como niño al que habían abandonado. Pero también es lo que todos necesitamos oír en esta era de materialismo, porque en términos de nuestra auténtica identidad, de nuestra verdadera procedencia y de nuestro destino final, todos nos sentimos (equivocadamente) como huérfanos.

Si no recuperamos el recuerdo de nuestra conexión

profunda y del amor incondicional de nuestro Creador, siempre nos sentiremos así aquí, en la Tierra.

Así que aquí estoy. Sigo siendo un científico. Sigo siendo un médico. Y como tal tengo dos deberes esenciales: honrar la verdad y curar a los demás. Éste es el auténtico sentido de mi historia. Una historia que, cuanto más tiempo pasa, más seguro estoy de que sucedió por alguna razón. No porque yo sea especial. Lo que sucede es que en mí convergieron dos circunstancias que, en combinación, terminan de derribar la idea, impuesta por el reduccionismo científico, de que el reino de lo material es lo único que existe, y la conciencia y el espíritu —los tuyos y los míos— no son el centro y el gran misterio del universo.

Pero yo soy la prueba viviente de que es así.

ETERNEA

Mi experiencia cercana a la muerte me ha inspirado en el intento de hacer del mundo un sitio mejor para todos y Eternea es el vehículo para conseguirlo. Eternea es una organización sin ánimo de lucro que he fundado en colaboración con mi amigo y colega John R. Audette. Representa un esfuerzo apasionado por servir al bien común y tratar de construir el mejor de los futuros posibles para la Tierra y sus habitantes.

La misión de Eternea es impulsar programas científicos, educativos y de aplicación práctica sobre experiencias espiritualmente transformadoras y fomentar el estudio de la física de la conciencia y la relación entre ésta y la realidad (es decir, entre la materia y la energía). Es un esfuerzo concertado, no sólo para aplicar los conocimientos obtenidos a través de las experiencias cercanas a la muerte, sino también para ejercer como biblioteca de experiencias espirituales.

Si quieres avanzar en tu despertar espiritual o compartir tu historia sobre alguna experiencia que te haya transformado desde el punto de vista espiritual (o si lloras

la pérdida de un ser querido o tú o algún familiar afrontáis una enfermedad terminal), visita [www. Eternea.org](http://www.Eternea.org).

Además, Eternea quiere servir como fuente de información útil para aquellos científicos, académicos, teólogos y sacerdotes que tengan interés por este campo de estudio.

EBEN ALEXANDER, doctor en Medicina
Lynchburg, Virginia
10 de julio de 2012

AGRADECIMIENTOS

Quisiera expresar un agradecimiento muy especial a mi querida familia por haber sobrellevado la peor parte de esta experiencia, mientras yo estaba en coma. A Holley, mi esposa durante treinta y un años, y a nuestros maravillosos hijos, Eben IV y Bond, cuya ayuda fue tan importante para traerme de regreso y para ayudarme a comprender lo que me había sucedido. Otros amigos y familiares con los que he contraído una deuda de gratitud especialmente grande son mis queridos padres, Betty y Eben Alexander Jr., y mis hermanas Jean, Betsy y Phyllis, que se comprometieron (junto con Holley, Bond y Eben IV) a sostenerme la mano las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana mientras estuviese en coma, para garantizar que nunca dejaba de sentir el contacto con su amor. Betsy y Phyllis se turnaron para acompañarme de noche durante el tiempo que duró mi psicosis de la UCI (sin que las dejara conciliar el sueño) y también durante los primeros y complicados días, tras mi traslado a la UCI periférica de Neurología. Peggy Daly (hermana de Holley) y Sylvia White (su amiga durante más de treinta

años) también participaron en la constante vigilia en mi habitación de la UCI. No podría haber regresado a este mundo sin el esfuerzo y el cariño de cada una de ellas.

A Dayton y Jack Slye, que tuvieron que pasar sin su madre, Phyllis, mientras ella estaba a mi lado. Holley, Eben IV, mi madre y Phyllis han contribuido también con su trabajo de edición y sus críticas a la creación de este libro.

A mi familia biológica, verdadero regalo del Cielo, y especialmente a mi fallecida hermana, también llamada Betsy, a la que no pude conocer en este mundo.

Al extraordinario equipo médico del hospital general de Lynchburg y en particular a los doctores Scott Wade, Robert Brennan, Laura Potter, Michael Milam, Charlie Joseph, Sarah y Tim Hellewell, entre otros.

Al personal y las enfermeras del HGL, todos ellos maravillosos: Rhae Newbill, Lisa Flowers, Dana Andrews, Martha Vesterlund, Deanna Tomlin, Valerie Walters, Janice Sonowski, Molly Mannis, Diane Newman, Joanne Robinson, Janet Phillips, Christina Costello, Larry Bowen, Robin Price, Amanda Decoursey, Brooke Reynolds y Erica Stalkner. Estaba en coma, así que sólo conozco vuestros nombres por mi familia, así que si estuvisteis allí y os he omitido, espero que podáis

perdonarme.

A Michael Sullivan y a Susan Reintjes, que desempeñaron un papel crucial en mi regreso.

A John Audette, Raymond Moody, Bill Guggenheim y Ken Ring, pioneros de la comunidad de las experiencias cercanas a la muerte, que han ejercido sobre mí una influencia incommensurable (complementada, en el caso de Bill, por una excelente colaboración en el área editorial).

A los demás líderes intelectuales del movimiento «conciencia Virginia», incluidos los doctores Bruce Greyson, Ed Kelly, Emily Williams Kelly, Jim Tucker, Ross Dunseath y Bob Van de Castle.

A mi agente literaria, Gail Ross (otro regalo del Cielo) y a sus maravillosos colaboradores en la agencia Ross Yoon, como Howard Yoon y otros.

A Ptolemy Tompkins por sus eruditas contribuciones sobre varios milenios de literatura sobre la otra vida y su extraordinaria habilidad editorial y narrativa, que puso al servicio de mi historia al crear este libro, con el resultado de una narración que le hace justicia.

A Priscilla Painton, vicepresidenta y editora ejecutiva de Simon & Schuster, y a Jonathan Karp, vicepresidente ejecutivo y editor, por su extraordinaria visión y por su

deseo de hacer de éste un mundo mejor.

A Marvin y Terre Hamlich, amigos maravillosos cuyo entusiasmo, pasión e interés me ayudó a superar un momento crítico.

A Terri Beavers y Margaretta McIlvaine por aportarme unos cimientos maravillosos de curación y espiritualidad.

A Karen Newell, por compartir conmigo sus exploraciones en los estados de conciencia profunda y enseñarme a «ser el amor que eres», así como a los demás trabajadores de lo milagroso del instituto Monroe de Faber, Virginia. Y en especial a Robert Monroe por buscar la verdad de lo que es y no sólo de lo que debería ser; a Carol Sabick de la Herran y a Karen Malik, por elegirme; a Paul Rademacher y Skip Atwater, por darme la bienvenida en la maravillosa comunidad de las montañas del centro de Virginia. Y también a Kevin Kossi, Patty Avalon, Penny Holmes, Joe y a Nancy *Scooter* McMoneagle, Scott Taylor, Cindy Johnston, Amy Hardie, Loris Adams y a todos mis compañeros en el viaje hacia el Portal del instituto Monroe en febrero de 2011, a sus facilitadores (Charleene Nicely, Rob Sandstrom y Andrea Berger) y a los demás participantes en el Lifeline (y a sus facilitadores, Franceen King y Joe

Gallenberger) en julio de 2011.

A mis buenos amigos y críticos, Jay Gainsboro, Judson Newbern, el doctor Allan Hamilton y Kitch Carter, que leyeron las versiones preliminares del manuscrito y percibieron la frustración que me inspiraba la tarea de sintetizar mi experiencia espiritual con la neurociencia. Los comentarios de Judson y Allan fueron esenciales para ayudarme a comprender el auténtico valor de mi experiencia desde el punto de vista científico-escéptico y Jay hizo la misma labor desde el punto de vista científico-místico.

A mis compañeros de viaje en la exploración de la conciencia y el todo, como Elke Siller Macartney y Jin Macartney.

A mi compañera en las experiencias cercanas a la muerte, Andrea Curewitz, por su excelente asesoramiento editorial, y a Carolyn Tyler, por guiarme de manera entrañable en la búsqueda de entendimiento.

A Blitz y Heidi James, Susan Carrington, Mary Horner, Mimi Sykes y Nancy Clark, cuyo coraje y valor frente a pérdidas incomprensibles me ayudaron a apreciar mi don.

A Janet Sussman, Martha Harbison, Shobhan (Rick) y Danna Faulds, a Sandra Glickman y Sharif Abdullah

compañeros de viaje a los que conocí el 11/11/11, reunidos para compartir una visión optimista sobre el brillante futuro de la conciencia para toda la humanidad.

Aparte de las personas mencionadas, entre las muchas con las que he contraído una deuda de gratitud se encuentran los amigos cuyos actos en aquellos momentos terribles y cuyas palabras y observaciones ayudaron a mi familia y me han guiado a la hora de relatar mi historia: Judy y Dickie Stowers, Susan Carrington, Jackie y el doctor Ron Hill, los Drs. Mac McCrary y George Hurt, Joanna y el doctor Walter Beverly, Catherine y Wesley Robinson, Bill y Patty Wilson, DeWitt y Jeff Kierstead, Toby Beavers, Mike y Linda Milam, Heidi Baldwin, Mary Brockman, Karen y George Lupton, Norm y Paige Darden, Geisel y Kevin Nye, Joe y Betty Mullen, Buster y Lynn Walker, Susan Whitehead, Jeff Horsley, Clara Bell, Courtney y Johnny Alford, Gilson y Dodge Lincoln, Liz Smith, Sophia Cody, Lone Jensen, Suzanne y Steve Johnson, Copey Hanes, Bob y Stephanie Sullivan, Diane y Todd Vie, Colby Proffitt, las familias Taylor, Reams, Tatom, Heppner, Sullivan, Moore y tantísimas otras.

Mi gratitud, especialmente para con Dios, carece de límites.

LISTA DE LECTURAS

Atwater, F. Holmes. *Captain of My Ship, Master of My Soul*. Charlottesville, VA: Hampton Roads, 2001.

Atwater, P. M. H. *Near-Death Experiences: The Res of the Story*. Charlottesville, VA: Hampton Roads, 2011.

Bache, Christopher. *Dark Night, Early Dawn: Steps to a Deeper Ecology of Mind*. Albany, NY: State University of Nueva York Press, 2000.

Buhlman, William. *The Secret of the Soul: Using Out-ofBody Experiences to Understand Our True Nature*. Nueva York: HarperCollins, 2001.

Callanan, Maggie y Patricia Kelley. *Final Gifts: Understanding the Special Awareness, Needs, and Communications of the Dying*. Nueva York: Poseidon Press, 1992.

Carhart-Harris, R. L. *et al.* «Neural correlates of the psychedelic state determined by fMRI studies with psilocybin,» *Proc. Nat. Acad. Of Sciences* 109, n.º 6 (feb. de 2012): 2138-2143.

Carter, Chris. *Science and the Near-Death Experience: How Consciousness Survives Death*

Rochester, VT: Inner Traditions, 2010.

Chalmers, David J. *The Conscious Mind: In Search of a Fundamental Theory*. Oxford: Oxford University Press, 1996.

Churchland, Paul M. *The Engine of Reason, the Seat of the Soul*. Cambridge, MA: MIT Press, 1995.

Collins, Francis S. *The Language of God: A Scientist Presents Evidence for Belief*. Nueva York: Simon & Schuster, 2006.

Conway, John y Simon Kochen. «The free will theorem». *Foundations of Physics (Springer Netherlands)* 36, n.º 10 (2006): 1441-1473.

—, «The strong free will theorem». *Notices of the AMS* 56, n.º 2 (2009): 226-232.

Dalái Lama (su santidad el Dalái Lama). *El universo en un solo átomo: convergencia de la ciencia y la espiritualidad*. Nueva York: Broadway Books, 2005.

Davies, Paul. *The Mind of God: The Scientific Basis for a Rational World*. Nueva York: Simon & Schuster, 1992.

D'Souza, Dinesh. *Life After Death: The Evidence*. Washington, DC: Regnery, Inc., 2009.

Dupré, Louis y James A. Wiseman. *Light from Light: An Anthology of Christian Mysticism*. Mahwah, NJ:

Paulist Press, 2001.

Eadie, Betty J. *Embraced by the Light*. Placerville, CA: Gold Leaf Press, 1992.

Edelman, Gerald M. y Giulio Tononi. *A Universe of Consciousness*. Nueva York: Basic Books, 2000.

Fox, Matthew y Rupert Sheldrake. *The Physics of Angels: Exploring the Realm Where Science and Spirit Meet*. Nueva York: HarperCollins, 1996.

Fredrickson, Barbara. *Positivity*. Nueva York: Crown, 2009.

Guggenheim, Bill y Judy Guggenheim. *Hello from Heaven!* Nueva York, NY: Bantam Books, 1995.

Hagerty, Barbara Bradley. *Fingerprints of God*. Nueva York: Riverhead Hardcover, 2009.

Haggard, P. y M. Eimer. «On the relation between brain potentials and conscious awareness». *Experimental Brain Research* 126 (1999): 128-33.

Hamilton, Allan J. *The Scalpel and the Soul*. Nueva York: Penguin Group, 2008.

Hofstadter, Douglas R. Gödel, Escher, Bach: *An Eternal Golden Braid*. Nueva York: Basic Books, 1979.

Holden, Janice Miner, Bruce Greyson y Debbie James, eds. *The Handbook of Near-Death Experiences. Thirty Years of Investigation*. Santa Barbara, CA:

Praeger, 2009.

Houshmand, Zara, Robert B. Livingston y B. Alan Wallace, eds. *Consciousness at the Crossroads: Conversations with the Dalai Lama on Brain Science and Buddhism*. Ithaca, NY: Snow Lion, 1999.

Jahn, Robert G. y Brenda J. Dunne. *Margins of Reality: The Role of Consciousness in the Physical World*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1987.

Jampolsky, Gerald G. *Love Is Letting Go of Fear*. Berkeley, CA: Celestial Arts, 2004.

Jensen, Lone. *Gifts of Grace: A Gathering of Personal Encounters with the Virgin Mary*. Nueva York: HarperCollins, 1995.

Johnson, Timothy. *Finding God in the Questions: A Personal Journey*. Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 2004.

Kauffman, Stuart A. *At Home in the Universe: The Search for the Laws of Self-Organization and Complexity*. Nueva York: Oxford University Press, 1995.

Kelly, Edward F., Emily Williams Kelly, Adam Crabtree, Alan Gauld, Michael Grosso y Bruce Greyson. *Irreducible Mind: Toward a Psychology for the 21st Century*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2007.

Koch, C. y K. Hepp. «Quantum mechanics and higher

brain functions: Lessons from quantum computation and neurobiology». *Nature* 440 (2006): 611-612.

Kübler-Ross, Elisabeth. *On Life after Death*. Berkeley, CA: Ten Speed Press, 1991.

LaBerge, Stephen y Howard Rheingold. *Exploring the World of Lucid Dreaming*. Nueva York: Ballantine Books, 1990.

Lau, H. C., R. D. Rogers, P. Haggard y R. E. Passingham. «Attention to intention». *Science* 303 (2004): 1208-1210.

Laureys, S. «The neural correlate of (un)awareness: Lessons from the vegetative state». «Trends in Cognitive Science», en *Cognitive Science* 9 (2005): 556-559.

Libet, B, C. A. Gleason, E. W. Wright y D. K. Pearl. «Time of conscious intention to act in relation to onset of cerebral activity (readiness potential): The unconscious initiation of a freely voluntary act». *Brain* 106 (1983): 623-642.

Libet, Benjamin. *Mind Time: The Temporal Factor in Consciousness*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2004.

Llinás, Rodolfo R. *I of the Vortex: From Neurons to Self*. Cambridge, MA: MIT Press, 2001.

Lockwood, Michael. *Mind, Brain & the Quantum*:

The Compound 'T'. Oxford: Basil Blackwell, 1989.

Long, Jeffrey y Paul Perry. *Evidence of the Afterlife: The Science of Near-Death Experiences*. Nueva York: HarperCollins, 2010.

McMoneagle, Joseph. *Mind Trek: Exploring Consciousness, Time, and Space Through Remote Viewing*. Charlottesville, VA: Hampton Roads, 1993.

—, *Remote Viewing Secrets: A Handbook*. Charlottesville, VA: Hampton Roads, 2000.

Mendoza, Marilyn A. *We Do Not Die Alone: «Jesus Is Coming to Get Me in a White Pickup Truck»*. Duluth, GA: I CAN, 2008.

Monroe, Robert A. *Far Journeys*. Nueva York: Doubleday, 1985.

—, *Journeys Out of the Body*. Nueva York: Doubleday, 1971.

—, *Ultimate Journey*. Nueva York: Doubleday, 1994.

Moody, Raymond A., Jr. *Life After Life: The Investigation of a Phenomenon-Survival of Bodily Death*. Nueva York: HarperCollins, 2001.

Moody, Raymond, Jr. y Paul Perry. *Glimpses of Eternity: Sharing a Loved One's Passage from this Life to the Next*. Nueva York: Guideposts, 2010.

Moorjani, Anita. *Dying to Be Me: My Journey from*

Cancer, to Near Death, to True Healing. Carlsbad, CA: Hay House, Inc., 2012.

Morinis, E. Alan. *Everyday Holiness: The Jewish Spiritual Path of Mussar*. Boston: Shambhala, 2007.

Mountcastle, Vernon. «An Organizing Principle for Cerebral Functions: The Unit Model and the Distributed System». En *The Mindful Brain*, editado por Gerald M. Edelman y Vernon Mountcastle, pp. 7-50. Cambridge, MA: MIT Press, 1978.

Murphy, Nancey, Robert J. Russell y R. Stoeger, eds *Physics and Cosmology-Scientific Perspectives on the Problem of Natural Evil*. Notre Dame, IN: Vatican Observatory and Center for Theology and the Natural Sciences, 2007.

Neihardt, John G. *Black Elk Speaks: Being the Life Story of a Holy Man of the Oglala Sioux* Albany: State University of Nueva York Press, 2008.

Nelson, Kevin. *The Spiritual Doorway in the Brain. A Neurologist's Search for the God Experience*. Nueva York: Penguin, 2011.

Nord, Warren A. *Ten Essays on Good and Evil*. Chapel Hill: University of North Carolina Program in Humanities and Human Values, 2010.

Pagels, Elaine. *The Gnostic Gospels*. Nueva York:

Vintage Books, 1979.

Peake, Anthony. *The Out-of-Body Experience: The History and Science of Astral Travel*. Londres: Watkins, 2011.

Penrose, Roger. *Los ciclos del tiempo: una extraordinaria nueva visión del universo*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 2010.

—, *La nueva mente del emperador*. Oxford: Oxford University Press, 1989.

—, *El camino a la realidad: una guía completa a las leyes del universo*. Nueva York: Vintage Books, 2007.

—, *Sombras de la mente*. Oxford: Oxford University Press, 1994.

Penrose, Roger, Malcolm Longair, Abner Shimony, Nancy Cartwright y Stephen Hawking *Lo grande, lo pequeño y la mente humana*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997.

Piper, Don y Cecil Murphey. *90 Minutes in Heaven: A True Story of Life and Death*. Grand Rapids, MI: Revell, 2004.

Reintjes, Susan. *Third Eye Open-Unmasking Your True Awareness*. Carrboro, NC: Third Eye Press, 2003.

Ring, Kenneth y Sharon Cooper. *Mindsight: Near-Death and Out-of-Body Experiences in the Blind* Palo

Alto, CA: William James Center for Consciousness Studies at the Institute of Transpersonal Psychology, 1999.

Ring, Kenneth y Evelyn Elsaesser Valarino. *Lessons from the Light: What We Can Learn from the Near-Death Experience*. Nueva York: Insight Books, 1998.

Rosenblum, Bruce y Fred Kuttner. *Quantum Enigma: Physics Encounters Consciousness*. Nueva York: Oxford University Press, 2006.

Schroeder, Gerald L. *The Hidden Face of God: How Science Reveals the Ultimate Truth*. Nueva York: Simon & Schuster, 2001.

Schwartz, Robert. *Your Soul's Plan: Discovering the Real Meaning of the Life You Planned Before You Were Born*. Berkeley, CA: Frog Books, 2007.

Smolin, Lee. *The Trouble with Physics*. Nueva York: Houghton Mifflin, 2006.

Stevenson, Ian. *Children Who Remember Previous Lives: A Question of Reincarnation*. Ed. Rev. Jefferson, NC: McFarland, 2001.

Sussman, Janet Iris. *The Reality of Time*. Fairfield, IA: Time Portal, 2005.

—, *Timeshift: The Experience of Dimensional Change*. Fairfield, IA: Time Portal, 1996.

Swanson, Claude. *Life Force, the Scientific Basis:*

Volume Two of the Synchronized Universe. Tucson, AZ: Poseidia Press, 2010.

—, *The Synchronized Universe: New Science of the Paranormal*. Tucson, AZ: Poseidia Press, 2003.

Talbot, Michael. *The Holographic Universe*. Nueva York: HarperCollins, 1991.

Tart, Charles T. *The End of Materialism: How Evidence of the Paranormal Is Bringing Science and Spirit Together*. Oakland, CA: New Harbinger, 2009.

Taylor, Jill Bolte. *My Stroke of Insight: A Brain Scientist's Personal Journey*. Nueva York: Penguin, 2006.

Tipler, Frank J. *The Physics of Immortality*. Nueva York: Doubleday, 1996.

Tompkins, Ptolemy. *The Modern Book of the Dead: A Revolutionary Perspective on Death, the Soul, and What Really Happens in the Life to Come*. Nueva York: Atria Books, 2012.

Tononi, G. «An information integration theory of consciousness». *BMC Neuroscience* 5 (2004): 42-72.

Tucker, J. B. *Life Before Life: A Scientific Investigation of Children's Memories of Previous Lives*. Nueva York: St. Martin's, 2005.

Tyrrell, G. N. M. *Man the Maker: A Study of Man's*

Mental Evolution. Nueva York: Dutton, 1952.

Van Lommel, Pim. *Consciousness Beyond Life: The Science of Near-Death Experience*. Nueva York: HarperCollins, 2010.

Waggoner, Robert. *Lucid Dreaming: Portal to the Inner Self*. Needham, MA: Moment Point Press, 2008.

Wegner, D. M. *The Illusion of Conscious Will*. Cambridge, MA: MIT Press, 2002.

Weiss, Brian L. *Many Lives, Many Masters*. Nueva York: Fireside, 1988.

Whiteman, J. H. M. *The Mystical Life: An Outline of its Nature and Teachings from the Evidence of Direct Experience*. London: Faber & Faber, 1961.

—, *Old & New Evidence on the Meaning of Life: The Mystical World-View and Inner Contest. Vol. 1, An Introduction to Scientific Mysticism*. Buckinghamshire: Colin Smythe, 1986.

Wigner, Eugene. «The Unreasonable Effectiveness of Mathematics in the Natural Sciences». *Communications in Pure and Applied Mathematics* 13, n.º 1 (1960).

Wilber, Ken, ed. *Quantum Questions*. Boston: Shambhala, 1984.

Williamson, Marianne. *A Return to Love: Reflections on the Principles of a Course in Miracles*. Nueva York:

HarperCollins, 1992.

Ziewe, Jurgén. *Multidimensional Man*. Self-published, 2008.

Zukav, Gary. *The Dancing Wu Li Masters: An Overview of the New Physics*. Nueva York: William Morrow, 1979.

Apéndice A

DECLARACIÓN DEL DOCTOR SCOTT WADE

En mi condición de especialista en enfermedades infecciosas, me pidieron que examinase al doctor Eben Alexander cuando ingresó en el hospital el 10 de noviembre de 2008 y se descubrió que estaba aquejado de meningitis bacteriana. El estado del doctor Alexander se había agravado rápidamente, con síntomas similares a los de la gripe, dolor de espalda y jaquecas. Se le trasladó de inmediato al servicio de Urgencias, donde se le practicó una tomografía computerizada (CT) de la cabeza y a continuación una punción lumbar. El examen del fluido espinal sugería una meningitis gram negativa. Al instante se le sometió a un tratamiento antibiótico específico y se le conectó a un respirador debido a su condición crítica, coma incluido. En menos de veinticuatro horas se confirmó que las bacterias gram negativas del fluido espinal eran *E.coli*.

La meningitis por *E. coli* es mucho más rara en adultos

que en niños (con una incidencia anual inferior a un caso cada diez millones de habitantes en Estados Unidos), sobre todo en ausencia de traumatismos encefálicos u otras afecciones médicas, como la diabetes. El doctor Alexander estaba en muy buena condición física en el momento del diagnóstico y no se pudo identificar ninguna causa subyacente para la meningitis.

La tasa de mortalidad de la meningitis gram negativa en niños y adultos oscila entre un 40 y un 80 por ciento, respectivamente. El doctor Alexander se presentó en el hospital con ataques y un estado mental muy alterado, dos factores de riesgo que pueden acarrear complicaciones neurológicas o la muerte (mortalidad por encima del 90 por ciento). A pesar de la administración rápida de un tratamiento antibiótico agresivo y específico para la meningitis por *E.coli* y de los cuidados constantes que se le administraron en la UCI, permaneció en coma durante seis días, mientras las esperanzas de una recuperación rápida se iban difuminando (mortalidad por encima del 97 por ciento). Entonces, al séptimo día, sucedió algo milagroso: abrió los ojos, totalmente despierto, y pudimos retirarle el respirador. El hecho de que se recuperara tan plenamente de su enfermedad tras haber pasado casi una semana en coma es realmente notable.

SCOTT WADE, doctor en Medicina

Apéndice B

HIPÓTESIS NEUROCIENTÍFICAS QUE BARAJÉ PARA EXPLICAR MI EXPERIENCIA

En el proceso de revisar mis recuerdos con otros neurocirujanos y científicos, consideré varias hipótesis que podían explicarlos. Para resumir, ninguna de ellas bastaba para explicar la interactividad rica en detalles, sólida e intrincada de las experiencias del Portal y el Núcleo (la «ultrarrealidad»). Fueron las siguientes:

1. Un primitivo programa creado por el tallo cerebral con el fin de aliviar el dolor terminal y el sufrimiento («argumento evolutivo»). ¿Un vestigio de las estrategias de «muerte fingida» que utilizan los animales inferiores?). Esto no explicaría la naturaleza sólida y pródiga en interactividad de los recuerdos.

2. Una recopilación distorsionada de recuerdos procedentes de las regiones profundas del sistema límbico (por ejemplo, la amígdala lateral), que, gracias a la

protección de otras zonas cerebrales, se encuentran relativamente a salvo de la inflamación meningítica (suele afectar a las regiones superficiales). Esto no explicaría la naturaleza sólida y pródiga en interactividad de los recuerdos.

3. Un bloqueo endógeno del glutamato con excitotoxicidad, lo que produce un efecto similar al del anestésico alucinatorio de la ketamina (que a veces se ha utilizado para explicar las ECM en general). En la primera parte de mi carrera como neurocirujano en la Facultad de Medicina de Harvard, tuve la oportunidad de ver en varias ocasiones los efectos de la ketamina utilizada como anestésico. Los estados alucinatorios que inducían eran caóticos y desagradables y no tenían la menor similitud con lo que yo experimenté durante el coma.

4. Un fenómeno conocido como «basurero DMT» (o N,N-dimetiltriptamina) de la glándula pineal o cualquier otra región del cerebro. El DMT, un agonista natural de la serotonina (concretamente en los receptores 5-HT_{1A}, 5-HT_{2A} y 5-HT_{2C}) provoca vívidas alucinaciones y estados oníricos. Yo estoy familiarizado personalmente con los estados alucinatorios relacionados con los agonistas y antagonistas de la serotonina (esto es, el LSD y la mescalina) desde mi adolescencia en los años setenta.

No he tenido experiencia personal con el DMT aunque he visto pacientes sometidos a su influencia. Pero el detallado ultrarrealismo de mi experiencia requeriría que las funciones auditivas y visuales del neocórtex estuviesen prácticamente intactas para generar sensaciones audiovisuales tan sofisticadas. El coma prolongado debido a la meningitis bacteriana había dañado gravemente mi neocórtex, que es donde la serotonina del rafe del tallo cerebral (o el DMT, un agonista de la serotonina) harían efecto sobre las experiencias sensitivas. La corteza de mi cerebro estaba desactivada, así que el DMT no tendría sitio donde trabajar. La hipótesis del DMT no se sostiene por el extremo realismo de la experiencia audiovisual y por la falta de una corteza funcional sobre la que operar.

5. La preservación aislada de ciertas regiones corticales podría haber explicado parte de mi experiencia, pero esto resulta sumamente improbable debido a la gravedad de mi meningitis y a la resistencia a la terapia que mostró durante toda la semana: una tasa de glóbulos blancos periféricos (GB) superior a 27.000 por milímetro cúbico, 31 por ciento de bandas con granulaciones tóxicas, pleocitosis superior a 4300 por milímetro cúbico, glucosa en LCR inferior a 1,0 mg/dl, proteína en LCR 1340

mg/dl, implicación meníngea difusa con anomalías cerebrales asociadas (como se reveló en el escáner CT) y exámenes neurológicos que mostraban alteraciones graves en las funciones corticales y disfunción de la motilidad extraocular, indicios todos ellos de daños en el tallo cerebral.

6. En un intento por explicar el extremado realismo de la experiencia me planteé la siguiente hipótesis: ¿era posible que las redes de neuronas inhibitorias hubiesen sido afectadas de manera predominante, lo que hiciese posibles unos niveles inusualmente elevados de actividad en las redes neuronales excitatorias, lo que a su vez generase el aparente «ultrarrealismo» de mi experiencia? Podría suceder que la meningitis afectase mayoritariamente a la parte superficial de la corteza y dejase zonas más profundas de funcionalidad parcial. La unidad de computación del neocórtex es la «columna funcional» formada por seis capas, cada una de las cuales tiene un diámetro lateral de entre 0,2 y 0,3 mm. Las columnas adyacentes tienen un grado significativo de interconexión como respuesta a las señales de control modulatorias, que se originan en su mayor parte en las regiones subcorticales (el tálamo, los ganglios basales y el tallo cerebral). Un componente de las columnas

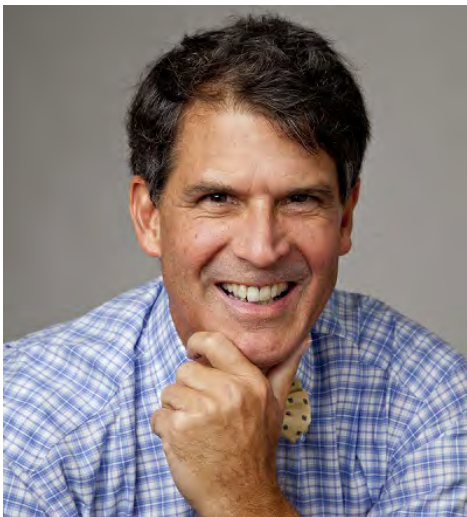
funcionales se encuentra en la superficie (capas 1 a 3), así que la meningitis desbarata su funcionamiento con sólo dañar las capas superficiales de la corteza. La distribución anatómica de las células inhibitoras y excitatorias dentro de las seis capas no permite sostener esta hipótesis. La meningitis difusa sobre la corteza cerebral anula en la práctica la totalidad del neocórtex debido, precisamente, a esta arquitectura en columnas. No se requiere una destrucción profunda para que se produzca esta anulación. Además, teniendo en cuenta la duración de mi estado de funcionamiento neurológico deficiente (siete días) y la gravedad de la infección, resulta poco probable que las capas más profundas de la corteza siguiesen funcionando.

7. El tálamo, los ganglios basales y el tallo cerebral son estructuras profundas («regiones subcorticales») que, según las hipótesis de algunos colegas, podrían haber contribuido a crear las experiencias relatadas. Pero lo cierto es que ninguna de estas regiones podía haber hecho tal cosa sin que al menos algunas de las zonas del neocórtex siguieran intactas. Todos coinciden en que las estructuras subcorticales, por sí solas, nunca podrían haber elaborado los cálculos neuronales necesarios para confeccionar un tapiz de experiencias interactivas tan

profuso.

8. Un «fenómeno de reinicio», una recopilación de recuerdos extraños y desarticulados procedentes de mi dañado neocórtex, que podría producirse al recobrar la conciencia tras un período prolongado de fallo generalizado del sistema, como el provocado por mi meningitis difusa. Parece muy poco probable, sobre todo teniendo en cuenta la profundidad de los recuerdos.

9. Una generación inusual de recuerdos por medio de una ruta visual arcaica en el mesencéfalo, utilizado de manera predominante por los pájaros y raras veces por los humanos. Se ha demostrado su funcionalidad en humanos que sufren de ceguera cortical debida a daños en la corteza occipital. Pero ni justifica el ultrarrealismo de lo que presencié ni consigue explicar la perfecta concordancia de los aspectos visuales y auditivos de las experiencias.



EBEN ALEXANDER. Nació en diciembre de 1953 (en Charlotte, Carolina del Norte, EE.UU.) es un neurocirujano estadounidense y autor del best seller *Proof of Heaven: A Neurosurgeon's Journey into the Afterlife* (La prueba del cielo: el viaje de un neurocirujano a la vida después de la muerte), en el que describe su experiencia cercana a la muerte en 2008, y afirma que la ciencia puede y va a determinar que el cielo realmente existe.

Notas

[1] El 70 por ciento es «energía oscura», la misteriosa fuerza descubierta por los astrónomos a mediados de los noventa, junto con pruebas irrefutables, basadas en el estudio de las supernovas de tipo Ia, de que el universo ha estado creciendo durante los últimos cinco mil millones de años, y de que la expansión del espacio en su conjunto está acelerándose. Otro 26 por ciento es «materia oscura», la anómala gravedad «en exceso» descubierta durante las últimas décadas en la rotación de galaxias y grupos de galaxias. Más tarde o más temprano se encontrarán explicaciones, pero los misterios no cesarán nunca. <<